CUADERNOS
HISPANOAMERICANOS



MADRID
FEBRERO 1962

146

CUADERNOS HISPANOAMERICANOS

Revista mensual de Cultura Hispánica

Depósito legal: M. 3.875-1958

FUNDADOR
PEDRO LAIN ENTRALGO

DIRECTOR
LUIS ROSALES

SUBDIRECTOR
JOSE MARIA SOUVIRON

SECRETARIO
FERNANDO MURILLO RUBIERA

146

DIRECCION, ADMINISTRACION
Y SECRETARIA

Avda. de los Reyes Católicos
Instituto de Cultura Hispánica
Teléfono 2440600
MADRID

CUADERNOS HISPANOAMERICANOS solicita especialmente sus colaboraciones y no mantiene correspondencia sobre trabajos que se le envían espontáneamente. Su contenido puede reproducirse en su totalidad o en fragmentos, siempre que se indique la procedencia. La Dirección de la Revista no se identifica con las opiniones que los autores expresen en sus trabajos respectivos.

RELACION DE CORRESPONSALES DEL EXTRANJERO

Eisa Argentina, S. A. Araoz, 864. *Buenos Aires* (Argentina).—Gisbert & Cía. Librería La Universitaria. Casilla, 195. *La Paz* (Bolivia).—Don Fernando Chinaglia. Rúa Teodoro Da Silva, 907. *Río de Janeiro*, Grajaú (Brasil).—Unión Comercial del Caribe. Carrera 43, núm. 36-30. *Barranquilla* (Colombia).—Librería Hispania. Carrera 7.ª, núm. 19-49. *Bogotá* (Colombia).—D. Carlos Climent. Unión Distribuidora de Ediciones. Calle 14, núm. 3-33. *Cali* (Colombia).—Don Pedro J. Duarte. Selecciones. Maracaibo, núm. 47-52. *Medellín* (Colombia). — Librería López. Avda. Central. *San José* (Costa Rica).—Don Oscar A. Madiedo. Presidente Zayas, 407. *La Habana* (Cuba).—Distribuidora General de Publicaciones. Galería Imperio, 255. *Santiago de Chile* (República de Chile).—Instituto Americano del Libro. Escofet Hnos. Arzobispo Nouel, 86. *Ciudad Trujillo* (República Dominicana).—Selecciones. Agencia Publicaciones. Aguirre, 717, entre Bocaya y Francisco García Avilés. *Guayaquil* (Ecuador).—Selecciones. Agencia Publicaciones. Venezuela, 589, y Sucre esq. *Quito* (Ecuador).—Roig Spanish Books. 576, Sixth Avenue. *New York* 11, N. Y. (USA). — Librería Cultural Salvadoreña, S. A. Edificio Veiga. 2.ª Avenida Sur y 6.ª Calle Oriente (frente al Banco Hipotecario). *San Salvador* (República de El Salvador).—Don Manuel Peláez, P. O. Box, 2224. *Manila* (Filipinas).—Librería Internacional Ortodoxa. 7.ª Avenida, 12. D. *Guatemala* (República de Guatemala). — Don Leopoldo de León Ovalle. 4.ª Calle (Calvario), frente a Telecomunicaciones. *Quezaltenasgo* (República de Guatemala). Establecimiento Comercial de don Jesús M. Castañeda. *La Ceiba* (Honduras).—PP. Paulinas. Casa Cural. Apartado número 2. *San Pedro de Sula* (Honduras). Librería La Idea. Apartado Postal 227. *Tegucigalpa* (Honduras).—Librería Font. Apartado 166. *Guadalajara* (México).—Eisa Mexicana, S. A. Justo Sierra, 52. *México, D. F.* (México). — Don Ramiro Ramírez V. Agencia de Publicaciones. *Managua* (Nicaragua). — Don Agustín Tijerino. *Chinandega* (Nicaragua). — Don José Menéndez. Agencia Internacional de Publicaciones. Plaza de Arango, 3. *Panamá* (República de Panamá).—Don Carlos Henning. Librería Universal. 14 de Mayo, 209. *Asunción* (Paraguay).—Don José Muñoz R. Jirón. Ayacucho, 154. *Lima* (Perú). — Don Matías Photo Shop. 200 Fortaleza Sh. P. O. Box, 1.463. *San Juan* (Puerto Rico). — Eisa Uruguaya, S. A. Obligado, 1.314. *Montevideo* (Uruguay).—Distribuidora Continental. Ferrenquín a la Cruz, 175. *Caracas* (Venezuela).—Distribuidora Continental. *Maracaibo* (Venezuela).—Conwa Grossovertrieb GMBH. Danziger Strasse 35a. *Hamburg* 1 (Alemania).—W. E. Saarbach. Ausland-Zeitungshandel. Gercontrasse, 25-29. *Koln* 1, Postfach (Alemania). — Agence et Messageries de la Presse. Rue de Persil, 14 a 22. *Bruselas* (Bélgica). Librairie des Editions Espagnoles. 72, rue de Seine. *París* (Francia).—Librairie Mollat, 15 rue Vital Charles. *Bordeaux* (Francia). — Agencia Internacional de Livraria e Publicaçoes. Rua San Nicolau, 119. *Lisboa* (Portugal). — Stanley, Newsagent Confectioner. 14 Leinster Street (S T H.) *Dublín* (Irlanda)

ADMINISTRACION EN ESPAÑA

Avda. Reyes Católicos (Ciudad Universitaria)

Teléfono 2440600

MADRID

Precio del ejemplar ... ... 20 pesetas
Suscripción anual... ... ... 190 pesetas

IMPRENTA NACIONAL DEL BOLETIN OFICIAL DEL ESTADO - TRAFALGAR, 29 - MADRID-10

INDICE

Páginas

ARTE Y PENSAMIENTO

LO ESPAÑOL EN EL MUNDO

BRÚJULA DE ACTUALIDAD

Sección de Notas:

Sección Bibliográfica:

Portada y dibujos del dibujante español: Muniesa.



ARTE Y PENSAMIENTO

NOTAS SOBRE LAS INSCRIPCIONES LATINAS EN ESPAÑA

POR

JOHN SPARROW

Recogen estas notas las impresiones de un breve viaje a España en busca de inscripciones latinas posmedievales por Valladolid, Salamanca, Avila, Segovia, Madrid, El Escorial, Toledo, Granada, Córdoba y Sevilla.

Lo que más sorprende al investigador es el pequeño número de monumentos que hay, las pocas inscripciones y, en especial, la escasa proporción de inscripciones en latín. España es en este aspecto (como en otros) un desierto con excepcionales oasis. Los oasis epigráficos —aunque no demasiado fértiles— son las catedrales y monasterios; las iglesias ordinarias están normalmente desnudas, según parece, de inscripciones sepulcrales, salvo algunas losas en el pavimento. Las lápidas murales, planas o adornadas con un busto u otra escultura, una efigie reclinada, un grupo alegórico, una figura algo semejante, tan familiares en Inglaterra e Italia, son bastante raras en España, si los lugares enumerados arriba son los más representativos.

Clérigos importantes y otras personas son, a veces, recordados por efigies reclinadas en una hornacina o exentas en las capillas laterales de las catedrales. En las ciudades visitadas hay monumentos de estos tipos que datan del siglo XIV hasta mediados del XVI; pocos o ninguno posterior al XVII. Algunos son famosos, por ejemplo, el monumento a Don Juan, hijo de Fernando e Isabel († en 1497), en Santo Tomás de Avila; el de El Tostado, en la Catedral de Avila; el de San Vicente, en la Iglesia de San Vicente, de Avila, y las tumbas de los Reyes Católicos en la Catedral de Granada. Cada una merecería detallada descripción en una monografía de las características artísticas de los monumentos sepulcrales españoles. Pero únicamente las mencionadas en último lugar ofrecen algún interés para el estudioso de inscripciones latinas.

Las inscripciones, parece ser, desempeñaban una parte muy pequeña en el trazado de un monumento de esta especie: normalmente se hacían en español en caracteres góticos, y se limitaban a *Aquí yaze* con una enumeración de las dignidades y virtudes del difunto (por ejemplo, el epitafio latino del obispo Maldonado, † 1581, en la catedral de Segovia, apéndice 1). La costumbre de inscribir el epitafio alrededor de los cuatro lados de la base de un monumento exento

o en una banda similar bajo la efigie reclinada, en el caso de un enterramiento mural, excluyen cualquier intento de esos adornos que pueden dar belleza a la forma y añadir realce al contenido de inscripciones de tipo más sofisticado.

Las tumbas de los Reyes Católicos —Fernando († 1516) e Isabel († 1504) y de Felipe I († 1506) y Juana († 1555)—, en la capilla real de Granada, constituyen una excepción. Estos magníficos monumentos fueron erigidos por Carlos I a sus padres y abuelos. Las inscripciones figuran en una placa de mármol al pie de las efigies (véanse los apéndices 2 y 3).

Los cuerpos de Fernando e Isabel fueron trasladados en 1521 a la capilla real desde el monasterio de San Francisco (actualmente parador de San Francisco), según recuerda una moderna inscripción en el lugar de su primitivo enterramiento. No sé si el epitafio de su tumba actual es una repetición de la inscripción que debió haber señalado su tumba en San Francisco. Tanto en sus buenas letras romanas como en su texto sencillo y solemne es superior a la inscripción paralela, que tanto en la forma (de menor relieve) como en el contenido (con su infantil juego de palabras sobre un tema familiar: *amputavit juvenem dum putavit senem)* tiene un sabor más del siglo XVII que del XVI.

Probablemente se deben también a Carlos I los monumentos a Alfonso X y a su madre, la reina Beatriz, uno frente a otro, en los muros norte y sur de la capilla real de la catedral de Sevilla, evidentemente erigidos en la primera mitad del siglo XVI. Constan ambos de una figura orante en hornacina sobre basamento clásico, con una cartela de mármol blanco y rojo que porta una inscripción en letras capitales (apéndices 4 y 5). Tampoco su latín es muy distinguido, pero denota una preocupación por la forma y un esfuerzo por el estilo.

Con el transcurso del siglo XVI se abandonaron las tumbas murales, y uno parece adivinar las formas clásicas, imponiéndose tanto en los mismos monumentos como en los textos inscritos en ellos. Es peligroso generalizar sobre tales pruebas aisladas y todavía más peligroso indagar sobre las causas; pero quizá se pueda aventurar el juicio de que las inscripciones de los monumentos de cualquier estilo se hacen más sencillas en su redacción y más claras en su contenido. Y podría sospecharse que se ha recurrido no sólo a escultores italianos para tallar los monumentos (1), sino también a

(1) Mr. John Harvey me señala que el famoso monumento a don Juan, en Santo Tomás de Avila, fué esculpido en 1512 por el florentino Domenico de Alessandro Fancelli, que vino por barco, acompañando a la tumba desde Génova, y allí la colocó.

eruditos y hombres de letras italianos para las inscripciones. Sin duda estas últimas inscripciones se corresponden mejor con el severo estilo clásico de arquitectura que floreció bajo Felipe II, con Herrera. Las dos inscripciones latinas que conmemoran la colocación de la primera piedra de la capilla de El Escorial, en 1563, y la celebración de los primeros cultos en 1586, están perfectamente de acuerdo en la simplicidad de su contenido y la dignidad de su forma con su emplazamiento arquitectónico; la inscripción conmemorativa de la ampliación por Felipe II de los tribunales de Justicia de Granada (1587, apéndice 6) no desmerecería de un edificio similar en Italia, y el monumento al cronógrafo de Felipe II, Ambrosio Morales, en el claustro de San Hipólito, de Córdoba, pertenece en todos los aspectos —incluyendo su epitafio clásico (apéndice 7)— al renacimiento italiano.

Los epitafios en verso son escasos: una notable excepción es la inscripción con toques elegíacos, esculpida por propio deseo y durante su vida, en la tumba de un canónigo de Salamanca que falleció en 1577 (apéndice 8).

La iglesia de San Jerónimo, de Granada, encierra la tumba del Gran Capitán, Gonzalo Fernández de Córdoba, que falleció en 1515. En lo alto de su fachada occidental está fijada una placa clásica sujeta por sus armas y con estas palabras:

GONSALVO FERDINANDO DA CORDVBA
MAGNO HISPANORVM DVCI
GALLORVM AC TVCARVM TERRORI

Dentro de la iglesia, en una losa ante el altar mayor, con mayúsculas de poco relieve, está el digno epitafio recogido en el apéndice 9 B. Los únicos otros monumentos de esta amplia iglesia son tres losas de los siglos XVI y XVII, todas con inscripciones en español.

Ninguna de las tumbas de los soberanos del Panteón Real, de El Escorial, lleva inscripción alguna, con excepción del nombre del ocupante (las tumbas de los otros miembros de la familia real llevan epitafios más largos, muchos en español y ninguno notable). La inscripción que figura a la entrada de este magnífico mausoleo recuerda, en lengua digna del lugar, que su construcción fué comenzada por Felipe III y terminada por su sucesor en 1654 (apéndice 10). Francisco de Santos, en su *Descripción breve de El Escorial* (Madrid, 1657), relata la historia de cómo fué compuesta esta inscripción.

Si el gusto y la autoridad de Felipe II impulsaron el desarrollo en España de esta rama menor del arte —como hizo en otras más importantes—, el ímpetu consiguiente no le sobrevivió mucho, según parece, y sospecho que sería muy difícil comparar esta elegante inscripción del Panteón con otros ejemplos españoles de los siglos XVII y XVIII.

El florecimiento clásico que comenzó en el siglo XVI desapareció mucho antes del transcurso de cien años.

Lo dicho antes se refiere únicamente a los monumentos de forma más o menos majestuosa, y éstos son poco frecuentes en España, y evidentemente se erigían por sistema sólo en memoria de personas de importancia. Los otros, si eran enterrados en las iglesias, se contentaban, por lo general, con una simple losa. Estas lápidas con inscripciones abundan, pero mucho menos que en Inglaterra o Italia. La mayoría de las iglesias que visité contienen pocas o ninguna; en las catedrales parecen ser privilegio casi exclusivo de canónigos y otros dignatarios: observé una docena, aproximadamente, en la catedral nueva de Salamanca y algunas más en la catedral vieja; varias en la catedral de Avila y un número mayor en la catedral de Segovia y su claustro y en el monasterio de El Parral. En la catedral de Toledo, un gran muro cercano a la sacristía está cubierto con lápidas que datan de los siglos XVII al XX, dedicadas (la mayoría en latín) a la memoria de dignatarios catedralicios; en Sevilla, una capilla lateral de la catedral contiene unas cincuenta losas en memoria de los canónigos, y algunas docenas semejantes están distribuídas sobre el inmenso pavimento de la Mezquita de Córdoba. Las iglesias más pequeñas carecen casi por completo de losas (lo mismo que de monumentos más ampulosos); pero San Vicente, de Avila, es una asombrosa excepción de la regla; su suelo está casi cubierto de lápidas de todos los períodos, desde los siglos XVI al XIX.

¿Cómo son estas losas conmemorativas? Usualmente, muy sencillas, en piedra de la localidad o tosco mármol negro; a menudo con un escudo de armas en su cabecera o al pie. Por regla general, los escudos y la inscripción están tallados con increíble tosquedad, como hechos por un artesano del lugar. Las letras son a veces góticas, a veces mayúsculas, tan mal esculpidas y tan llenas de grotescos *compendia,* que apenas son más legibles que las rebuscadas góticas, y talladas con tan poco relieve, que a menudo están medio borradas o casi desaparecidas. Un erudito acostumbrado a las producciones del renacimiento italiano o incluso inglés, no puede estudiarlas sin desagrado.

El idioma de estos epitafios inscritos sobre estas piedras es tan a menudo español como latín, y el texto, por lo normal, convencional en extremo: *aquí yaze, hic Pacet* y demás.

Estos hechos —el aspecto general, las mal talladas inscripciones, la escritura tosca, el texto sencillo— permanecen invariables a través de los siglos, de modo que el investigador debe observarlas cuidadosamente para averiguar si pertenecen al siglo XVI, al XVII o al XVIII.

Estas insuficientes pruebas de que disponía sugieren, sin embargo, que la calidad y el tallado de las letras mejoran según se va hacia el sur: ninguna de las iglesias al sur de Madrid tienen unas losas tan toscas como San Vicente, de Avila.

Tan corriente es el tipo, que ninguna excepción sorprende, por lo general, al observador. En la catedral de Avila hay una losa fechada en 1606, que sobresale tan claramente de entre las restantes por la calidad de su piedra y la forma y ejecución de la inscripción, que instintivamente se piensa en un artesano italiano; y en el monasterio de El Parral, de Segovia, hay dos losas fechadas en 1574 y 1595, que cubren las tumbas del marqués de Villena, descendiente del fundador del monasterio, y de su esposa, que (aunque no se distingue el texto de los epitafios) están grabadas en mayúsculas, finamente diseñadas y esculpidas, que igualmente sugieren una mano italiana.

Los textos de los epitafios de estas losas están tan uniformemente redactados como inscritos; solamente dos o tres de los muchos que inspeccioné parecen merecer un recuerdo (apéndices 11 - 13). El más sorprendente de ellos es el de don Luis Fernández Portocarrero, cardenal arzobispo de Toledo (apéndice 12), cuya simplicidad impresiona aún más, tras de leer la relación de Macaulay sobre este estadista en su ensayo sobre la guerra de Sucesión española. Murió en 1709 y fué enterrado en la catedral de Toledo bajo una lápida en la que figura esta única inscripción en mayúsculas, de bronce, de tres o cuatro pulgadas, incrustadas en la piedra:

HIC IACET
PULVIS
CINIS
ET NIHIL

John Sparrow
OXFORD
(Gran Bretaña)

APENDICES

1

Hic iacet
Ludovicus Tello Maldonado
Episcopus Segobiensis
vir integerrimus religione pietate
et litteris insignis
Obiit 11 junii Anno 1581 aetatis suae 63.

2

Mahometice secte postratores
et heretice pervicacie extinctores
Ferdinandus Aragonum et Helisabetha Catelle
vir et uxor unanimes
Catholici appellati
marmoreo clauduntur hoc tumulo

3

Vita defunctos: Fama superstites
tegit hoc sepulchrum
Philippum et nomine et Austriaco genere Hispan. Reg. 1
quem cum falcata mors invenisset virtutibus maturum
amputavit Juvenem dum putavit senem
Obiit anno Domini 1506 aetatis suae 28
et Joannam eius Coniugem
quam omnia Castellae Legionis et Aragonae Regia stemmata collustrarunt
Obiit anno 1555 etatis suae 76
Quid plura?
ex eorum consortio mundo illuxit
Serenissimus Imperator Carolus V
qui Parentibus suis hoc erexit Monumentum

4

Filius sapiens laetificans patrem iacet hic prope patrem
A l p h o n s u s X
Castellae et Legionis Rex Romanorum electus Imperator
multiplici praesertim astronomiae scientia
et iuris Hispani latis legibus prudentia
Sapientis cognomen iure meritus
et exteros liberalis in suos clemens
in prosperis temperans in adversis constans
magna Baeticae parte Mauris adempta
magnos triumphos adeptus
Hispali semper sibi fida bello fessus
quievit in pace
Anno Domini MCCXXXIIII Regni XXXI Aetatis
LXIIII

5

DOM

serenissima

Sueviae Princeps Castellanae et Legionis Regina

BEATRIX

sed parente augusto sapiente filio

et B. Ferdinando coniuge

beatior

faecunda regia prole regiis virtutibus

faecundior

regem saeculorum immortalem

mortalis hic expectat

vixit annos XXXVI divixit anno domini MCCXXXV

6

Vt rerum quae hic geruntur magnitudini

non omnino impar esset tribunalis maiestas

Philippi II regis Catholici providentia

regiam litibus iudicandis amplificandam

et hoc digno cultu exornandam censuit

anno MDLXXXVII

Fernando Niño de Guevara praeside

7

M Ambrosio Morali Antoni F

quem

mobilium ignorum cinctis saeculis altrix Corduba

praestantissimorum civium ordini honeste natum adcensent

Complutum et discentem et docentem cum admiratione suspexit

nobilitas bonarum artium magistratum ac parentem habuit

a Philippo II Hispanorum Rege

pro meritis lectum chronographum

et ad sanctorum literatumque Hispanos perlustrandos thesauros legatum

antiquitatum inlustratorem universus reveretur alumnum suum

ac coelitum quorum gesta progavit

dignum praedicant coelibus

Natum hilari denatum moesto

natale solum excepit sinu

Anno MDXCI

8

Doctor Neyla Numantinus (1) *Canonicus Salmanticensis appropinquante morte sic Divam Mariam precabatur*

O, spes laeta piis, afflictis dulce levamen,
praesidium moestis inclyta Virgo reis:
Tu mihi profugium, Tu fidum semper asylum,
ad Te confugio, Tu mihi Diva fave:
hoc peto nunc supplex ut cum me vita relinquet,
suscipias animam tempus in omne meam:
at tu terra parens retinebis corporis huius
membra mihi summo restituenda die.

Hos versus a se ipso compositos ipse vivens hic posuerat
Obiit die XXVI Maii MDLXXVII et iacet sub hoc altari

9

Consalvo Ferdinando da (sic) Corduba
magno Hispanorum duci
Gallorum ac Turcarum terrori

9 B

Gonzali Fernandez de Cordova
qui propria virtute magni ducis nomen proprium sibi fecit
ossa perpetuae tanden (sic) luci restituenda
huic interea loculo credita sunt
Gloria minime consepulta

10

DOM

Locus sacer mortalitatis exuviis
Catholicorum Regum
a Restauratore vitae
Cuius arae maximae Austriaca
adhuc pietate subiacent
optatam diem expectantium

---

(1) Mr. JOHN HARVEY (con quien estoy en deuda por varias sugerencias y correcciones del texto de este artículo) sugiere que este epitafio indica que Neyla provenía de Soria, ciudad distante pocas millas de Salamanca, cuyo nombre clásico era Numancia.

quam posthumam sedem sibi et suis
Carolus Caesarum maximus in votis habuit
Philippus II regum prudentissimus elegit
Philippus III vere pius inchoavit
Philippus IV clementia constantia religione maximus
auxit ornavit absolvit
Anno Domini MDCLIIII

11

DOMS
cinere umbra opprobrio nihilo
maior ac uilior
ego
et iam non ego
Marcellus de Castrillo
Canonicus Hispalensis
Obiit die 29 Aug Ann 1676
aetatis suae 49

12

Quid mihi est
ut honores mei sculpantur in silice
si solum mihi superest sepulcrum?
Rogate ergo pro me
Cajetano Carrascal
indigno presbitero ac inmerito tesaurario
et canonico huius almae ecclesiae
Obiit pridie Idus Septembris MDCCCI

13

Ad sacerdotum pedes
patrui fratrisque mei
humi paro hospitium
abiectae putredini cadaveris mei
indignus sacerdos
Doctor Didacus Bermudez
Seraphici tertii Ordinis paenitentiae
inutilis servus ac frater

Mementote et orate pro animabus
in Purgatorio flagitantibus

LA «DOGMATICA» DE MICHAEL SCHMAUS

POR

IGNACIO ESCRIBANO ALBERCA

En los países románicos —Francia, Italia, España—, al hacer el teólogo balance de las ideas religiosas de su pueblo, en esta toma de posición imprescindible para toda creación teológica auténtica, la primera perplejidad se la reserva el hecho de no disponer, por lo que hace a los siglos XVIII y XIX, de un eslabón con el pasado teológico —vacío tremendo el de los siglos laicos—, con lo que para el entronque con una generación teológica digna de tal nombre se ve obligado nuestro teólogo a retomar el diálogo con escuelas y precedentes metodológicos que yacen a más de tres siglos de distancia. Muy otro es el cuadro que se le ofrece al teólogo alemán católico. No prejuzguemos, por lo pronto, que el escenario teológico abierto al alemán sea más afortunado que el nuestro. Está simplemente el hecho de que hasta él llega directamente la tradición viva de un pensamiento religioso perennemente actualizado en el relevo ininterrumpido de las generaciones, con la cual, quiera o no, tiene que contar. Tiene dicha tradición una doble faz, y encontrada. Acaso es la carga que cae sobre sus hombros demasiado grave. Puede ser que esta tradición teológica se llegue hasta su mesa de trabajo con demasiadas solicitudes e incluso amargores. Quizá es víctima entonces nuestro teólogo del especial abatimiento que en la experiencia religiosa suele a ratos infiltrarse, y en nuestro caso ideal —¿sólo ideal?— se acrezca en él el ánimo de detestar del pasado religioso de su pueblo para venir a posarse, ave de inmigración al cabo, en módulos teológicos más suaves. En todo caso tiene que hacer una elección: o hacer teología sobretemporal, con lo que de antemano renuncia al pasado —y al presente— de su pueblo, o dar la arremetida contra el muro. La metáfora es exacta: la pesada losa hegeliana ha gravitado durante casi dos siglos sobre la conciencia religiosa alemana sin dejar huelgo ni respiro. Gentes que no eran estrictamente del oficio —escritores, como Reinhold Schneider— se han visto precisadas a darse razón del pasado religioso de su pueblo. En verdad que el librito de R. Schneider —*Die Heimkehr des deutschen Geistes,* Heidelberg, 1946— es una réplica a la tradición teológica hegeliana que en nada desmerece junto a los tratados escritos por los hombres de la universidad. Pero no es el encomio del difunto Reinhold

Schneider lo que aquí pretendemos, sino destacar el hecho de que por todas partes se ha sentido la necesidad de arremeter contra el muro. Con el *Apocalipsis del alma alemana,* del gran Urs von Balthasar, se pusieron de manifiesto muchas de estas cosas, y ni que decir tiene la serie de méritos que el gran teólogo ha contraído ante los alemanes por haberles ayudado a cuadrar en su perspectiva histórica la pesada mole de una tradición que, si en el sentido de lo que las cosas son como biografía de un pueblo, etc., no estaba desprovista de gloria, por lo que a la vida católica respecta, era por demás incómoda.

Con estas reflexiones no queremos ni tan siquiera dejar insinuado que el pensamiento teológico de Michael Schamaus se caracterice predominantemente por una continua toma de posiciones frente a lo que hemos llamado la losa hegeliana. No es polémica la traza de este teólogo. Polémica abierta contra el idealismo ha entablado Karl Adam en sus obras cristológicas. También, aunque en un tono apaciguado, a tenor con la línea que desde sus comienzos se ha trazado a sí mismo, Romano Guardini. (No olvidemos, por lo demás, que tanto Adam como Guardini pertenecen a la generación teológica anterior a Schmaus.) Polémica despiadada ha entablado contra la tradición idealista el protestante Karl Barth. Pero en Barth el interés polémico estaba más que justificado; sobre que el *malheur* de la teología pretérita se había abatido sobre su propia casa —el protestantismo de las universidades es, hasta Karl Barth, casi en bloque, idealista y liberal—, Barth se ha propuesto, titánicamente y basándose en propios descubrimientos teológicos, desviar las aguas de su normal cauce. Valga, repito, la advertencia. Schmaus no es el primero, ni con mucho, en levantarse contra el idealismo. Se ha ahorrado en muchos de sus capítulos la enojosa tarea, ya quizá a trechos ventilada por los que le han precedido en el magisterio católico. Pero creemos que no son superfluas estas consideraciones, toda vez que la dogmática de Schmaus vendrá a ensamblarse en una tradición auténticamente alemana y católica, que en parte muy notable se define por su repulsa de la creación religiosa secularizante, vagamente humanista, y liberal por su condición adogmática, del protestantismo alemán.

Quizá nos sea necesario, en orden a precisar estos extremos, hacer memoria, rápidamente y en bosquejo, del desenvolvimiento teológico en Alemania. Aun a trueque de asumir todos los riesgos que simplificaciones de este tipo forzosamente implican.

Durante el período de la Ilustración europea, Alemania, súbitamente incorporada al coloquio con los pueblos —la postración en que la hundieron las guerras religiosas fué grande, y no menos portentoso

es ahora el resurgimiento a un diálogo entre pariguales—, desarrolla un conjunto de fuerzas —filosóficas, literarias, religiosas— por virtud de las cuales queda colocada a la cabeza del movimiento europeo. No olvidemos algo que ya pertenece al repertorio usual de los textos de historia: la Ilustración se inicia en Inglaterra; en Francia se populariza —¡ojo!, que es Francia el lugar donde comienzan a redactarse en grande los ensayos sobre el vario *esprit* de lo tal y de lo cual, con lo que adelanta el sistema de condensación predilecto a los ilustradores protestantes; esencia, quintaesencia, *esprit* del Cristianismo, como fórmula, vienen de ahí—, para, finalmente, consolidar sus posiciones en Alemania, por obra del carácter de ultimidad que a todo cuanto toca sabe infundirle el espíritu germano. Con el Romanticismo, Alemania vive su época clásica, esto es, normativa, aunque sólo lo fuera, desde nuestra actual perspectiva, a los ojos de quienes enseñan en las escuelas a los niños a mirar el pasado de su pueblo, que ya es bastante. Si en el romanticismo literario el magisterio de los Wieland causa baja por la fulminante aparición de los hervorosos hombres del *Sturm und Drang* —Herder, Goethe, Schiller—, por lo que hace al pensamiento especulativo, lejos de declararse una ruptura con el pasado ilustrado se continúan tenazmente las líneas trazadas por la *Aufklaerung*. Es tan grande el volumen del movimiento ilustrador, y su repercusión en el desarrollo posterior tan notable, que hasta hoy mismo a los historiadores alemanes les resulta demasiado fuerte la tentación de hacer coincidir los inicios de la Edad Moderna con la Ilustración, que no con el Renacimiento o la Reforma, aun tratándose de historiadores protestantes. Del ilustrador Kant al romántico Hegel —es un punto que me interesa resaltar— hay menos camino de lo que suelen imaginarse historiógrafos amigos de resaltar los saltos y matices aportados por los relevos generacionales. Vale esto, sobre todo, en el campo de las ideas religiosas. También aquí, perdónese la leve petulancia, puesta la teología a hacer historia, tiene la teología sus razones, que en otros sitios se desconocen. En el terreno de las ideas religiosas, Kant y Hegel, ambos de la mano y en provisora alianza con el protestantismo luterano, constituyen un fenómeno conjunto, no ligeramente declinable y, mucho menos, preterible o a ignorar. Hay una frase tremendamente delatora y que tanto más alcance tiene en su significado cuanto que carece de autor conocido. Se ha venido diciendo en círculos universitarios —vaya usted a saber con cuántos grados de buena fe, por lo que hace especialmente a los medios de la teología liberal—, y por lo ladinamente tolerante y comprensiva no deja de descubrir toda una mentalidad: «No saben los católicos lo que tienen en Santo Tomás, ni nosotros lo que tenemos

en Hegel.» Demasiado modesta es la frase, de tener por autor a un teólogo liberal; ellos sí que han sabido, desde el primer instante, a qué atenerse respecto a Hegel. Hegel ha sido declinado en todas las posibles versiones: una vez ha sido el Hegel integral, panlogista y a caballo por la historia en las famosas tríadas, como en el caso del Baur de Tubinga; otras veces, mitigado, desposeído de su virulencia evolucionista, como en Pfleiderer; otras, cual marco a un pensamiento religioso desavenido con las religiones positivas y a la búsqueda de un futuro ideal religioso, como en Rudolf Eucken. Silenciamos a los llamados hegelianos de la izquierda—Strauss y Feuerbach—porque a la verdad que aquí la declinación corre por cauces gramaticales que al propio Hegel, ufano por el apoyo que su doctrina, en su opinión, había prestado al Cristianismo, le hubieran servido de grave humillación. Por lo pronto, hasta Troeltsch y Harnack la tradición hegeliana, que, como insisto, va a la par con los principios del idealismo kantiano, constituye un agente furiosamente activo sobre la conciencia alemana. No es Harnack idealista especulativo, que procede de la escuela histórica creada por Ritschl en Gotinga; pero por lo que hace al manejo de la historia, su método está calcado en los esquemas del idealismo que le precede. En Rudolf Bultmann, caso aparte, pero nada más que aparentemente, hay más hegelianismo liberal—y hasta gruesa filosofía popular de la Ilustración, por lo que hace a su enjuiciamiento de las intervenciones sobrenaturales de Dios en la historia, como ha destacado el propio Jaspers—de lo que podía presumirse en quien se confiesa discípulo de Heidegger y ha pretendido manifiestamente hacer una construcción teológica en todo opuesta a los viejos métodos idealistas.

La teología protestante, aliada a estas poderosas fuerzas, alcanzó en Alemania una enorme expansión. A excepción de los centros católicos del Rhin y Baviera—y en Wuerttemberg, la facultad católica de Tubinga, excepción notable que más adelante nos ocupará—, por todo el amplio ámbito alemán se adueña de las cátedras una teología más o menos teñida del idealismo liberal. Es dicha teología, en su hora, eminentemente actual. Se ofrece en ella un pensamiento religioso anchamente secularizado, y por obra precisamente de esta característica vienen a resultar los escritos de los prohombres idealistas piezas en alto grado populares. El procedimiento típico de la teología liberal, consistente en la reducción del dogma cristiano a una personal visión de la «esencia del Cristianismo», les vale para que sus ideas alcancen una difusión insospechada. ¿Quién podría hacer hoy un catálogo completo de las ediciones que la tristemente celebrada—también, en su día, entre nosotros—*Esencia del Cristianismo*, de Adolf Harnack,[1]

ha experimentado no sólo en Alemania, sino en todos los países del mundo?

Por volver a lo nuestro, ¿no advertimos que el teólogo alemán católico tiene que cargar, mal que le pese, con los problemas planteados por estas generaciones teológicas? Por fortuna para él —también para Schmaus, llegado a la teología católica cuando ésta disponía del «contraveneno»—, frente por frente del idealismo liberal se había establecido un pensamiento católico que, si en un principio tuvo más bien carácter de reto audaz y a la ventura de Dios, bien pronto consolidó sus posiciones, pudiéndose admirar en él, desde nuestra perspectiva, un perfil contorneado y, lo que es más importante, autónomamente católico, pese a sus inicios polémicos y de construcción «anti». Me refiero a la tradición de la escuela católica de Tubinga. Prodigiosamente temprana y bien apercibida de la gravedad de la coyuntura, dicha escuela, con Johann Adam Moehler a la cabeza, elaboró una teoría que, respecto a la tradición de los siglos XVI y XVII, significaba un adelanto y venía a cubrir solícitamente los flancos que el pensamiento moderno pretendía dejar desmellados en el dogma católico. Queda, por tanto, delimitado el campo del teólogo alemán actual, gozosamente ensoberbecido con sus *Tuebinger* por un doble punto de miras, hacia la izquierda y hacia la derecha. Por un lado, el pensamiento religioso secularizado del protestantismo liberal, siempre amenazante; por otro, el bloque reconfortante, católico, nutrido a los pechos de los de Tubinga. A poco que hayamos tomado contacto con la teología católica alemana, nos sorprenderá el reiterante repiqueteo de estos nombres, declamados y aireados con regusto en las cátedras de todas las disciplinas. Son principalmente los nombres de Hirscher, Drey, Moehler. Moehler, sobre todo. En el viejo refectorio del Georgianum, de Munich, se conserva un óleo con su vera efigie. Una visita a aquel centro de estudios puede depararnos una cita con la figura del gran teólogo. Moehler le ha ahorrado al catolicismo alemán muchos quebraderos de cabeza. En sus encendidos ojos, avivados por la fiebre —cuando Moehler posó, a requerimiento de los reyes de Baviera, ya escupía sangre y estaba muy cercano su fin—, hay lumbres que seducen. En aquellos ojos podría leerse una página muy honda de la historia del cristianismo moderno. Pero advertimos que nuestro viejo Eugenio d'Ors vedaba este tipo de «crítica de asunto»...

Vamos a preguntarnos cuál es concretamente el problema de método que, desde estos presupuestos históricos, se ha visto precisada a resolver la teología católica en Alemania.

«La Ilustración es el proceso de la Razón contra la Historia.» Pocas frases que hayan gozado de tanta fortuna como ésta del badense

Windelband. Acierta el juicio a la Ilustración en lo definitivo. A la teología, preocupada por entenderse a sí misma, y en sus ramificaciones y complicaciones históricas, le suministra dicho juicio una clave valiosísima. Y es que, simplemente, un movimiento dirigido a desmontar el significado de la historia, por fuerza tenía que tropezarse con el Cristianismo, que es hecho histórico. En efecto, aquel proceso de deshistorización de la religión, iniciado por los deístas ingleses —los cinco puntos de la religión natural del adelantado Herbert de Cherbury (1581-1648)—, desarrollado en sus escritos populares por los prohombres franceses —Montesquieu, Voltaire, Rousseau— y peraltado a máxima expresión ético-metafísica en los escritos de Emmanuel Kant, viene en derechura a concluir con el Cristianismo, religión histórica. Los creadores de este movimiento, certeros en la apreciación del instrumento que manejan, se atrevieron a hacer profecías que, si hoy nos hacen sonreír levemente, en su día conmovieron a Europa. Montesquieu había vaticinado (*Cartas persas*, 1721) el fin del Cristianismo para antes de quinientos años. Federico el Grande, más precipitado, comunica a su amigo Voltaire: «Usted tendrá tiempo aún de componerle el epitafio.» Hecho es incontestable que desde el momento en que el axioma de Kant: «La historia sirve de ilustración, que no de demostración», obtiene el reconocimiento de las fuerzas filosóficas del tiempo, el Cristianismo se encuentra ante una grave amenaza, de la que tiene que hacerse consciente la teología. Es la Razón llamada, según estos pensadores, a juzgar sobre la Historia, que no a extraer de ella significados normativos para la vida. Es, por tanto, la Razón quien tiene que dictar un juicio sobre el Cristianismo, ya que el Cristianismo se halla en la azarosa contingencia de ser una verdad de hecho, histórica. A los teólogos seducidos por la brillantez de las fuerzas racionalistas se les brinda la única posibilidad de ventilar airosamente su *métier* —el negocio crítico dicen algunos de ellos—, en cuanto que se les es dado exprimir, por los medios de la razón natural, un sentido valedero a las verdades históricas del Cristianismo. Es cuando surgen, en el ala kantiana primero, y más tarde en dependencia directa de Hegel, los intentos de valorar el Cristianismo como expresión de una verdad racional, natural, acompasable a las leyes interiores de la razón. A dichos trabajos hemos hecho referencia arriba. Metodológicamente se cualifican por haber tomado en serio los prejuicios ahistóricos de la Ilustración y por haberse esforzado, en consecuencia, con ello, y en una serie de trabajos que llevan por nombre bien «esencia», o bien «construcción», o «filosofía» del Cristianismo; por ofrecer los aspectos racionales del dogma cristiano, pero de modo —aquí está el *punctum saliens*— que las realquitaradas y quintaesen-

ciadas verdades logradas al encuentro con el dogma *valen ya de por sí*, con independencia del hecho que fueron aprehendidas. Surge de este modo una teología que ya no es tal, sino filosofía; y una imagen del cristianismo tan vagamente cristiana, que se hace indeclinable el choque de las comunidades protestantes con sus teólogos, encandilados con lo nuevo. A F. C. Baur, teólogo hegeliano —el rival de Moehler—, se le apoda en los medios pietistas de Wuerttemberg el «Heidenbaur», con lo que se coloca al prestigioso discípulo de Hegel en una zona de ambigüedad semántica, donde puede optar por verse aludido, por igual, como «labrador de los eriales» o «pagano Baur»... Nos ha conservado la sabrosa noticia el protestante Kattenbusch, conocido en nuestros textos católicos de teología por el favor con que trató la perícope de San Mateo relativa al primado de Pedro.

Insistimos nuevamente en que si el ilustrador Kant, que en su *Filosofía de la religión,* aconseja benévolamente, a cada paso, se desista en los centros de formación teológica del estudio de la historia —la vulpeja, valga la alusión menos cordial, puesta a trazar los planos del gallinero, no lo hubiera hecho menos astutamente—, se muestra totalmente desprovisto de capacidad para captar el sentido normativo de las instituciones históricas, en el caso de Hegel, llegado paradójicamente a la filosofía para deshacer los desmanes de que la historia había sido víctima a manos de los ilustrados, no esperamos una definitiva valoración de lo histórico. Se descubrió su ánimo ahistórico en aquella frase con que cierra sus lecciones sobre la *Filosofía de la Historia Universal*: «Haced de Jesús, en exégesis, en crítica, en historia, lo que queráis...; lo único que interesa es saber a qué atenernos respecto a la Idea o la Verdad en sí.» Con lo que Hegel quiere decir: una vez que a Cristo y a su obra le hemos arrancado su sentido valedero —que para Hegel es el personalismo romántico de la libertad—, nos desinteresamos de su real y concreta traza histórica. Nuestra filosofía vale, aunque la religión, pendiente del Cristo real, perezca. Con ello se instala Hegel por reafirmarnos una vez más en convicciones ya aquí sentadas, en la tradición que va del dicho de Kant arriba mencionado al principio de Fichte, de que «sólo lo metafísico puede hacernos felices, que no lo histórico», y con ello corona Hegel el ataque inicial de los ilustradores, que, por boca de Lessing, había dicho: «Contingentes verdades de la historia no pueden llegar nunca a suministrar las premisas para una conclusión de verdades necesarias de la razón.» De Hegel a Herbert de Cherbury —que de Hegel a Kant ya está claro— hay menos trecho de lo que parece. Por algo Troeltsch, último idealista, dedicó tanta atención a los moralistas y deístas ingleses.

El *quid pro quo* del principio idealista reside en que únicamente toma la historia como base para una elaboración ideológica que, en cuanto tal, a la postre, nada tiene que ver con la historia real de la que se partió. Vale ya de por sí este copo de ideas arrancadas a la historia. Dicha súmula se acompasa a la perfección con las leyes de la razón. La «esencia», de lo que sea, no necesita ya apoyarse en la historia para valer. Se autonomizan las ideas así logradas, respecto al *humus* histórico del que fueron extraídas. Sirvió, cierto, la historia en calidad de andamiaje para la construcción, pero una vez lograda ésta, la historia deja de interesar —se torna innecesaria, superflua, como los despegados palos del andamio al ser rematada la obra arquitectónica—. La metáfora del andamiaje es bastante exacta. Fué George Wehrung, un historiador protestante bastante apesadumbrado con lo hegeliano, quien la puso en marcha. Entiende este eminente metodólogo, en confirmación de lo sugerido con su metáfora, que el método histórico idealista está viciado de un radical ocasionalismo, que Wehrung comprende, al igual que Kierkegaard, en su análisis del esteticismo idealista y romántico, como un descomprometido juego con la realidad, horro de sentido acerca del valor sustantivo de las cosas.

Veamos ahora cuál es el resultado de la encuesta histórica confeccionada al tenor del método idealista. Cierto es que, por un lado, se salva «la religión», toda vez que se ha extraído a la historia un código de verdades religiosas, aunque en demasía tenues y sutiles —esto ya es otro capítulo, pero conviene tenerlo en cuenta aquí— e incapaces de constituir el soporte real de una existencia personal religiosa. Pero, en contrapartida, se ha perdido el contacto con el Cristianismo real. El andamiaje, como decíamos arriba, se ha tornado superfluo. Es el drama del idealismo religioso. Lessing en tanto toleraba el Cristianismo positivo en cuanto que en él se le traslucía una pedagogía de los hombres, sabiamente dispuesta por un lejanísimo Dios, hacia un principio más alto de religiosidad, que poco o nada tenía ya que ver con las pedagógicas andaderas iniciales. De Kant es conocido que sólo toleraba el Cristianismo por cuanto en él se le transparecía un *provisorium* hacia la religión de la razón. Respecto a Hegel, animado de un espíritu cristiano más fuerte, en todo caso, que sus predecesores de la ilustración, sabida es la partición a que se vió abocado por consecuencia a su sistema: a la distinción entre una religión de la *representación*, únicamente salvable en cuanto que apuntaba hacia lo razonable, la Idea, y una religiosidad —véase que religión y religiosidad no son sinónimos— de la Idea, tenida como la auténtica forma de inteligencia de lo religioso. Pero esta religiosidad de los cultos ya no era Cristianismo, sino filosofía. Cuando Troeltsch, a quien tantas veces hemos

aludido, pide traslado de la facultad teológica de Heidelberg, para instalarse en la de filosofía de Berlín, el tránsito a la filosofía del último varón esforzado del idealismo es algo más que formal. El drama, repetimos, del idealismo teológico.

Nos hemos detenido, quizá con exceso, en la exposición del principio idealista. Pero era necesario y saludable partir de estas consideraciones para poder enjuiciar condignamente el esfuerzo reflexivo realizado por los de Tubinga. Moehler ha visto claro que en el idealismo está en marcha el eterno rival del Cristianismo, la Gnosis. De sobra conocía Moehler, procedente del campo de la filología clásica, y muy pronto, a requerimiento de sus amigos, familiarizado con la literatura patrística, la virulencia del principio gnóstico. Aquello que en la alborada del Cristianismo se presentó como una superior sabiduría de lo divino, y que en algún instante estuvo a punto de anegar en su corriente al Cristianismo real y ortodoxo —muy pronto se dieron cuenta los padres de que, superada la Gnosis, había sorteado la joven Iglesia, así se dijo, un peligro tan grave como las mismas persecuciones políticas a que el Imperio romano le sometiera—, se le trasparece a nuestro teólogo de Tubinga como reencarnado en el idealismo. Ya que la época, no excesivamente remilgada por lo que hacía a las disputas científicas, lo toleraba; Johann Adam Moehler ha comparado nada menos que con Marción a algunos de los personajes vivos del presente idealista liberal —a dos superintendentes luteranos, afamados e ilustres, que yo recuerde ahora, de la «Simbólica»—. Para Moehler está claro que si la antigua gnosis, por parafrasear ahora el dicho de Windelband, es el proceso de la alegoría contra la historia, en el proceso de la razón, entablado ahora por el idealismo liberal, la historia y con ella el Cristianismo, van a sufrir un grave quebranto.

No es hora aquí de detenernos en la enumeración de los logros del de Tubinga frente al idealismo liberal. Brevemente recordemos que tanto su reelaboración del concepto de tradición —eje del pensar católico de Tubinga— como su construcción eclesiológica y cristológica, están en función de la nueva inteligencia de lo histórico por él propugnada. Para Moehler es algo más que evidente que en la fundamentación histórica se halla la demostración básica de la verdad del Cristianismo. En su libro sobre San Atanasio ha llegado Moehler a la convicción de que en Cristo ha aparecido el comienzo en la plenitud —Anfang in der Fuelle—, al que no hay por qué agregar, superrogatoriamente, razones y congruencias filosóficas —lo que el liberal añade a Cristo es algo más que pura congruencia—, en orden a encontrar en él un asidero firme para la vida. Le resulta asimismo manifiesto que el principio herético no es otro que el de la desavenencia con la historia real

y la figura viva del Cristianismo, de suerte que, tras esa quiebra, opina Moehler, se pasa a todo tipo de elucubraciones, que son la herejía real. «Al herético le está permitido, si es que quiere obrar en consecuencia con su principio, concebir el Cristianismo como un puro pensamiento, como un concepto sin vida, y reemprender con él todas las operaciones intelectuales que la razón realiza sobre cualquier objeto que se le propone. Del mismo modo que aquí aparece el Cristianismo del hereje como un concepto muerto, así también el Cristianismo de la herejía no ofrece sino... un puro pensamiento» *(La Unidad en la Iglesia,* ed. «Vierneisel», p. 345). En el primado de lo interior, característico de los reformadores protestantes —tradición interior, inspiración interior, iglesia invisible, etc.— se encuentra en opinión de Moehler la base lógica para el desarrollo posterior del *malheur* idealista.

No es de admirar que cuando las recientes generaciones teológicas alemanas se hicieron a la obra —conscientes de la gravedad de que su tarea se revestía en un ambiente todavía predominantemente liberal: ¡hay que leer el discurso de Spranger sobre metodología histórica en la Academia Prusiana de las Ciencias y percatarse del trato de condescendiente y humillante benevolencia que allí se da, en el 1929, todavía al católico Dempf!— se precipitaran sobre el magisterio y los consolidados logros de la escuela católica de Tubinga. Lo que Adam y Guardini, por coger como ejemplo a dos de las figuras más representativas de la generación teológica anterior a Schmaus, han aprendido de los de Tubinga es la veneración por la historia. Ya sabemos qué significa dicho atenimiento a la historia: es la convicción, por retomar la metáfora de más arriba, de que en la inteligencia del hecho de Cristo no puede hablarse adecuadamente de que existan andamios para las ideas, sino que el andamio —la historia concreta— es consustancial soporte de la idea, inseparable de la misma. Teología católica auténtica es para estos hombres aquella en la cual la elaboración especulativa de los hechos del dogma se opera estrictamente ceñida a la historia, de la cual toman en todo momento las tesis teológicas su validez. ¿Existe una «esencia» del Cristianismo? Veamos cómo se reproduce en este ejemplo tan calificado la cuestión de método. A esta pregunta, los católicos procedentes del clima espiritual de Tubinga no dan una respuesta unívoca, sino que se ven forzados a reanudar la antigua reyerta de Moehler frente a los liberales. Responden con una distinción. Existe una esencia del Cristianismo, esto es, una serie de asertos en que la razón especulativa, sobre la base de la fe, descubre un mundo de conexiones; pero siempre que dicha construcción no sea sino el forzoso desenvolvimiento de lo que Cristo es. No existe, por el contrario, esencia del Cristianismo si nos empe-

ñamos en entender por ello, al ejemplo de los hegelianos, un sistema de elucubraciones por obra del cual el hecho de Cristo llega a cobrar una tan alta expresión de validez racional, que el mismo Cristo desaparece tras las gasas de lo racional para ceder su puesto a la religión universal de la razón y dejar de ser el fundador de la religión cristiana, que, como tal, no tolera verse subsumida en calidad de especie bajo el género religión. Adam y Guardini, como es notorio, han escrito sendas exposiciones de la esencia del Cristianismo —el libro de Adam, más concretamente, lleva el nombre de *Esencia del catolicismo,* título por el cual no sólo responde Adam a la detractora exposición del mismo tema hecha por el protestante Friedrich Heiler, sino que le sirve para connotar aún una proximidad mayor a los viejos de Tubinga, para quienes, intolerantes respecto a una gradación de las confesiones cristianas, la religión era *el* Catolicismo. Trabajo tuvieron los teólogos mencionados —Adam y Guardini— en deshacer ante sus propias gentes el posible equívoco, una vez admitida —la explicación del dogma en cátedras abiertas a todas las facultades así lo aconsejaba— la terminología común. La esencia del Cristianismo, dice Guardini retadoramente y quitándole toda base al malentendido, es Jesucristo. Abundante en la misma idea, aunque insistiendo más aún en el momento eclesiológico, Adam formula: Jesucristo en su Iglesia. No es otro el enfoque de la *Esencia del Cristianismo,* del profesor Schmaus, que con tanto favor ha sido recibida, hace años ya, en España. A Soehngen, colega de Schmaus en la Universidad de Munich —y que en su haber teológico no cuenta con una exposición de este estilo—, cabe la gloria de haber elaborado muy finamente los aspectos metodológicos de esta distinción. (A título de información me complazco en dejar aquí constancia de que los rusos —Vladimiro Soloviev y sus discípulos, los hermanos Trubetschkoy y Vladimiro Ern— llegaron por sus propios puños a una elaboración clara, semejante a la de los católicos alemanes, de estas sutiles cuestiones de método, a brazo partido con el liberalismo alemán, al que cordialmente odiaban. Sin ánimo de llevarme todas las aguas al molino de Tubinga, tengo asimismo que hacer valer que Vladimiro Soloviev —un filósofo cristiano, por lo demás, de corte muy distinto a los alemanes a que ahora aludo— había leído profusamente a Moehler.)

Quizá el público español, seducido de antiguo por los prestigios sistemáticos que se suele atribuir a lo germano, al abrir los fornidos tomos de la *Dogmática,* de Schmaus, espere de antemano una metafísica teológica de alto rango. No será Schmaus quizá el alimento más adecuado para calmar tales apetencias. Es que de la polémica entablada con el idealismo liberal ha sacado Schmaus consecuencias que,

más allá del inmediato alcance polémico y ocasional, le valen para entender cuál debe ser el tratamiento condigno de las verdades de la fe en toda teología que pretenda ostentar con decoro el título de cristiana y eclesiástica. «La teología dogmática no habla sobre Dios como pudiera hacerlo la ciencia de la religión y la metafísica. Dichas ciencias ofrecen los conocimientos sobre Dios logrados por los esfuerzos de la razón humana. Hacen afirmaciones, como Pascal se expresa, sobre el «Dios de los filósofos». La dogmática, por el contrario, hace el intento de exponer la manifestación que de sí mismo ha hecho el Dios Vivo, que ha aparecido en la faz de Cristo (2 Cor., 4, 6), la palabra divina personal vertida en la humana naturaleza, y que en la predicación de Cristo fué percibida. Por ello nos conduce la dogmática esencialmente más allá de todas las evidencias que la razón humana, por medio de su natural conocer, pudiera ofrecernos» (tratado de Dios Trino). Si en este lugar pudiera parecer que Schmaus sienta únicamente las premisas de toda teología cristiana, en cuanto que ésta se opone al vulgar racionalismo filosófico, en otros sitios podemos percibir un tono más incisivo, que por igual alcanza a las excesivas euforias de la teología especulativa, en cuanto que ésta se opone crasamente a la teología positiva. «A la teología especulativa no le está permitido dejarse arrastrar locamente por la dinámica de los conceptos y adentrarse a nuevos conocimientos a base de amontonar conclusiones sobre conclusiones, al estilo del pensar lógico y metafísico» (introducción al libro primero). Como en algunos lugares dice, prefiere hacer, puesto a desentrañar las verdades de la fe, antes que una metafísica, algo que, si cabe, se parezca más a una narración histórica. Por esto es por lo que su *Dogmática* ofrece a ratos ese bizarro aspecto, casi de libro en agraz e inacabado, donde textos de la Escritura, citas de Padres y decisiones conciliares se suceden ininterrumpidamente, cual si la reflexión teológica hubiera sido sustituída por una pasión objetivista, perdidamente expresionista, empeñada en hacer que sean las «cosas» quienes hablen por *sí* mismas. No es que Schmaus desconozca el carácter de universal validez que a los asertos de la fe les corresponde, una vez demostrada su procedencia divina, sino que entiende que la validez de tales asertos tiene que presentarse en todo tiempo vinculada al documento —el histórico-escriturario; o el de tradición, que es la historia perennizada; o el de magisterio, que es la historia cristiana definida— al que ha sido extraída, en el que su procedencia divina se fundamenta. «Hay naturalmente en el Cristianismo —dice en los capítulos preliminares de su *Von den letzten Dingen*— verdades eternas, inmutables, de universal validez. Pero no son verdades de evidencia racional. Tienen validez porque el Cristo histórico es su garante,

que no porque la razón humana tenga evidencia de ellas.» Manifiestamente, Schmaus se ha colocado del lado de los de Tubinga, que por boca de su actual representante, Ruprecht Geiselmann —sucesor de Adam en la cátedra de dogmática de aquella Universidad—, han formulado: «La teología cristiana es por esencia la teología del *nihil nisi traditum*. La gnosis del Cristianismo —toma Geiselmann el término en su sentido positivo y patrístico, como construcción sistemática de las verdades de la fe— viene luego, pero en segundo término» (Geiselmann R., *Lebendiger Glaube aus geheiligter Ueberlieferung*, Maguncia, 1942, pág. 14).

Desde estos presupuestos puede ser valorado, en lo que pesa, el intento de Schmaus por irse ciñendo cada vez más estrechamente a una vía metodológica, que él ha popularizado con el nombre de *heilsgeschichtlich*, o de la historia de la salvación. El *ordo salutis* tiene un centro, que es Cristo, y Schmaus solicita decididamente que toda teología haga el esfuerzo por tornarse cristocéntrica. No se da Schmaus por satisfecho con el hecho de que exista una corriente «especializada» en cristocentrismo. Schmaus no hubiera tenido ningún reparo, como se manifiesta en uno de sus prólogos, en hacer que la cristología preceda a todos los demás tratados. Hojeando el resto de sus tratados vemos cómo, en efecto, su visión cristológica lo fecunda todo. A este propósito, es sumamente interesante el cotejo de sus tesis sobre la gracia. En verdad que Schmaus ha sabido arrancarle a la gracia tonos cristológicos a que no se nos había acostumbrado todavía. Fidelidad al hecho de Cristo equivale, para Schmaus, a un ceñimiento estrecho a la historia de la salvación. «La dogmática —nos insiste en el prólogo a la cristología— está ligada al Cristo histórico, a un *factum historicum*, que no a un vaporoso y platónico reino de las ideas. Al ceñirse al testimonio de Cristo emitido por las Escrituras y por los Padres, se ata la dogmática a Cristo.» Valoración fiel de los textos escriturarios, en una vigilancia constante sobre la marcha de la investigación exegética; estricta atenencia a los escritos patrísticos, sobre los que Schmaus ha hecho una prolongada escolaridad, que lo torna temible como director de tesis sobre temas de patrología; incorporación de la *lex orandi* a la dogmática —hoy se ha podido hacer ya un libro sobre *El sentido teológico de la liturgia*, pero no olvidemos que durante dos decenios ha sido el de Schmaus el único texto en que los investigadores de la liturgia han podido ver complacidos cómo sus esfuerzos especializados y personales eran recogidos en la gran casa común que es la exposición dogmática—: he aquí el despliegue de fuerzas realizado por el eminente teólogo por mejor servir al hecho histórico de Cristo.

Desde orientación semejante, el encuentro definitivo de Schmaus con la teología de los franciscanos era un acontecimiento pronosticable a plazo fijo. En efecto, desde que Schmaus asumió la herencia de la biblioteca privada de Grabmann, incorporada a su Seminario de la Universidad de Munich con el nombre de «Grabmann-Institut», la dirección impulsada a aquello que él asumió —más que como legado material, que en sí bien valioso era, como herencia espiritual— ha tenido predominantemente como norte de orientación lo franciscano. Difícilmente podrán olvidar sus discípulos el seminario celebrado en el «Grabmann-Institut» durante el curso de 1953-1954, sobre los textos del franciscano Mateo de Aquasparta, relativos a la Encarnación. De estos esfuerzos metodológicos dan fe hoy, además de los comunicados que el «Grabmann-Institut» edita periódicamente, multitud de tesis doctorales realizadas bajo esta inspiración. De los cuatrocientos microfilms sobre teólogos medievales que Schmaus ha recogido en estos últimos años para el «Grabmann-Institut», buena parte de ellos pertenecen a teólogos franciscanos.

Nos engañamos si en la constante alusión a la historia de la salvación, con que Schmaus pretende insinuarnos lo que le es más caro en el método teológico, nos empeñáramos en no ver otra cosa que una piadosa y devota reiteración de la historia santa con fines «edificantes» y desprovista de alcance metodológico. Muy por el contrario, creemos que con la elaboración de dicho método, Schmaus aporta un elemento que contribuye notablemente a esclarecer las intenciones de los viejos de Tubinga, y que a través de ellos logra engarzarse en un ramal teológico —San Agustín, San Buenaventura...— que goza de gran prestigio y veneración en el seno de la Iglesia. Que, sobre ello, este método resulte constructivo para la piedad, no es sino natural.

Un método que quiera asumir las consecuencias de todo lo que anda implicado en el *ordo salutis* está ya resueltamente de cara hacia los aspectos antropológicos que el *propter salutem nostram* de la Revelación plantea. Indeclinablemente, el *ordo salutis* tiene una proyección dinámica hacia el hombre. No es necesario tener que someter la historia santa a un especial tratamiento —al estilo de lo que se hace en química para provocar una determinada reacción—, en orden a arrancarle a la Revelación sus matices antropológicos, esto es, lo que ésta comunica al hombre para que el individuo sepa entenderse a sí mismo delante de Dios. A Schmaus, orientado hacia la historia, le salió de la mesa de trabajo un libro que podía ponerse directamente en las manos del cura de almas, toda vez que la plasticidad que el enunciado de su dogmática alcanza la tornaba apta para su inmediata aplicación pastoral.

Al cura de almas, llamado por su condición a verter el dogma sobre el oyente de su predicación dominical—que, quiérase o no, no es otro que el «hombre de la calle»—, se le atribuye de antemano, y muy alegremente, una formidable capacidad hermenéutica para hacer de traductor entre el profesor de la Universidad y su feligrés. Pero esta presunción no es sino vana, pues, aparte de otras consideraciones, la dura tarea pastoral somete al cura de almas a un horario tiránico, del que no siempre es hacedero sustraer una pausa para llevar a cabo tan espinosa y delicada función de trasiego. Fué ésta una de las primeras preocupaciones de Schmaus. En un artículo suyo de 1937, año de la aparición del primer tomo de su *Dogmática,* insiste sobre la extrañeza en que el cura de almas de nuestros días se encuentra respecto a los textos de teología que manejó en las aulas, con el inevitable corolario de que su predicación ande muy distante de poder satisfacer las exigencias que presenta el pueblo fiel, despertado en aquella hora en Alemania, tras la obra del movimiento litúrgico, a una espiritualidad deseosa de nutrirse en las fuentes vivas de la Revelación. Fué cuando Schmaus lanzó su programa de «reducción del camino que va de la ciencia a la vida». Con la aparición de su *Dogmática* pretendía resolver muchas de esas dificultades. Hoy bien puede afirmarse que aquel ambicioso ideal se ha visto en gran parte colmado, pues que el volumen de las tiradas de su *Dogmática,* aparte del sesgo «schmausiano» que en la predicación del clero joven se advierte, hacen concluir que sus fornidos tomos han encontrado una acogida favorable en las estanterías del clero parroquial.

Los contenidos antropológicos del dogma, por lo demás, no pueden ser cumplidamente desentrañados si no se hace de ellos una lectura desde nuestra situación histórica. Schmaus ha tenido la fortuna de encontrarse inmerso en una generación teológica muy despierta, que por todos los medios a su alcance había tratado de hacerse consciente de los problemas religiosos de su hora. Cuando Schmaus se pone a escribir, se ha reelaborado ya desde un ángulo ortodoxo el formidable cúmulo de sugerencias que la creación filosófica de entreguerras presentaba. Dije antes que Karl Adam y Guardini—a éstos podrían sumarse otros nombres significativos—habían formado la generación teológica que precedió a Schmaus. Conviene que lo tengamos presente también aquí. La fenomenología, la filosofía de la religión de Max Schler, el existencialismo, fenómenos que habían acaparado la sensibilidad del hombre culto, por obra de los varios esfuerzos aislados habían sido ya iluminados desde el pensar católico, y, en lo que estas posiciones tenían de extremoso, se las había categorizado y reducido a una dimensión desde la cual era hacedero un diálogo sin sobresaltos.

A Schmaus le cabe la gloria de ser el primero en darle entrada a estas nuevas ideas y sugerencias dentro del marco de una dogmática, pudiéramos decir oficial, ya que la suya estaba llamada a servir de texto en la Universidad. Detractores también ha tenido Schmaus. Pero dice mucho a favor del buen sentido y fino tacto de este teólogo el hecho de que nadie haya podido llamar la atención sobre posibles incorrecciones deslizadas en el constante diálogo que el dogmático sostiene en su obra con las fuerzas vivas del pensar contemporáneo. Con ello, insistimos, Schmaus realizaba anticipadamente, y a favor del cura de almas, la apetecida versión de las verdades de la fe al lenguaje de nuestro tiempo. La creación de un lenguaje capaz de soslayar, por un lado, indeficiencias de exactitud respecto al concepto original, y evitara, por otro, el tono pedante de las versiones «directas» del latín —el *Gelehrtendeutsch,* sobre el que gusta de humorizar Schmaus—, es otro de los méritos de esta labor. A sus traductores españoles, por lo que a esto hace, se les ha asignado una tarea nada fácil.

Con este ensayo de llevar el dogma a la calle se encontraba Schmaus de lleno dentro de la polémica suscitada, precisamente por los días en que su *Dogmática* hace aparición en el mercado, en torno a la llamada teología kerygmática. Hubo en aquella discusión, mantenida en torno al programa lanzado por los profesores jesuítas de Innsbruck, un tono desasosegado que no se rimaba con la gravedad del tema sugerido. Se creyó en un principio que el programa de una teología para la predicación pretendía reducir toda teología a una serie de enunciados piadosos y desprovistos de jugo científico. La opinión, por tanto, de que la teología kerygmática había sido programatizada —que a más no se había llegado— con miras a desplazar a la teología tradicional, no era sino una consecuencia inmediata de tan deficiente interpretación. Los más comprensivos, pero no menos equivocados, entendían que dicha teología vendría a ocupar, sin mayores animosidades, un lugar junto a la teología tradicional, con lo cual se realizaría, pensaban, una ideal coexistencia entre kerygmática, por un lado, y teología, fuerza era llamarla así, tradicional y científica, por otro. Frente a tan flojo planteamiento de la cuestión y para alejar cualquier malentendido, Schmaus levantó su voz en el pórtico mismo de su segundo tomo y dejó sentado que la idea de una kerygmática acientífica hecha con fines piadosos era tan monstruosa como la convicción de que pueda haber propiamente una teología científica desentendida de los aspectos existenciales y humanos que la Revelación, por haberse realizado *propter salutem nostram,* en todo instante connota. Schmaus podía presentarse, por lo demás, a cubierto frente a cualquier equívoco, ya que su obra, para la confección de la cual, como él mismo hace

constar, había recibido especiales sugerencias de su maestro Grabmann, estaba transida del pensar tradicional, aprendido en largos años de contacto con el gran investigador de la teología medieval, y respaldada por multitud de investigaciones monográficas —el lector de su *Dogmática* hallará continuas referencias a ellas en las notas bibliográficas adicionadas a cada apartado— sobre San Agustín, los maestros de las universidades medievales, etc. Precisamente es nota destacante, y quizá hasta paradójica, el hecho de que entre la abundante producción de Schmaus anterior a su *Dogmática* no se encuentre ningún trabajo que directamente se ocupe de temas modernos. Schmaus ha visto claro, y sobre ello se manifiesta sin rodeos, que una teología kerygmática entendida tanto en su sentido exclusivista como en el de una coexistencia pacífica con lo tradicional, presenta en todo caso el peligro de «hundirse rápidamente en las corrientes irracionales de la vida y en los inseguros abismos de la religiosidad personal». Su kerygmática será siempre teología, y ello quiere decir que se compromete por igual a solventar su tarea dentro del rigor científico requerido y a dar desde ella respuesta a las exigencias del hombre de nuestros días. Schmaus es consciente del grave contrasentido de que el hombre moderno tenga que ir a calmar sus apetencias —precisamente las teológicas— a otra cosa que no sea la teología.

Es justamente por la necesidad de satisfacer esta segunda exigencia —que de la solventación de la primera ya hemos hablado largamente en nuestro artículo— por lo que la *Dogmática* del maestro de Munich ha sido pródiga en referencias a la espiritualidad de los hombres religiosos de nuestros días. Se extiende a lo largo de la obra de Schmaus una mirada muy vigilante, que deja registradas en sus más varias modulaciones las nostalgias de lo divino, del hombre contemporáneo, y en toda ocasión sabe seguirle sus guías a la línea en que la experiencia de Dios de que los textos santos dan testimonio, se actualiza y cobra sentido de acuciante ejemplaridad a través de los documentos cristianos de nuestra hora. En la controversia en torno a Bultmann y su programa teológico, teólogos católicos —Geiselmann, Fries— han apuntado que si en algo puede el famoso «dialéctico» haber brindado una lección a toda teología, es en el hecho de haber sabido destacar condignamente las dimensiones humanas por las que el entronque y enlace —*anknuepfung* es el término de Bultmann— con lo divino viene a tener lugar. Sin temor a resultar excesivamente encomiásticos, creemos que buena parte de ese trabajo, por lo que hace a la teología católica, ha sido adelantado ya por Schmaus.

De lo dicho se desprende sobradamente que no es la *Dogmática* de Schmaus de aquellas que irremisiblemente nos remiten a otros tra-

tados —los llamados de ascética y mística— en busca de una satisfacción intimista y piadosa. Constituiría un capítulo de por sí el estudio de lo que Schmaus ha constribuído con ello a la unificación de la teología, tarea en la que se han conjugado muchos y valiosos esfuerzos, y desde los campos más preteridamente «especializados» y recluídos del pensar católico. Valgan a título nada más que de alusión los nombres de Tillmann, Egenter y Haering, para la moral; de Arnold, para la pastoral; de Moersdorf, para el derecho canónico; de Pascher y Jungmann, para la liturgia. El colosal esfuerzo que en nuestros días está realizando Karl Rahner por unificar la teología sólo podía aventurarse en un clima ya muy preparado y trabajado.

Ocupa también en el *opus* de Schmaus lugar preferente la controversia frente a la moderna interpretación mítica de la religión. Huelga añadir que las razones de Schmaus tienen en cuenta por igual la teoría mística del profesor —sea éste Walter F. Otto, o Kerényi, o C. G. Jung— y la moderna sensibilidad esteticista, en la que también participa el hombre de la calle, ya que se halla ésta documentada en la creación literaria de muchos de nuestros poetas. (En España, a título de referencia, realizó un ensayo en este sentido el llorado Alvarez de Mirada sobre la poesía de García Lorca.) Son nuevamente sus posiciones, rabiosamente históricas, las que permiten a Schmaus dar cuenta del fenómeno de un modo valedero. Al teólogo, que le fué lícito, en nombre de la real concreción del hecho divino histórico, polemizar contra el platonismo religioso, le es también, por la misma razón, hacedero, desplazar el mundo de las impresiones y visiones míticas hacia esa zona de descrédito en que las realidades se tornan vagas y quiméricas, impotentes ante la real pujanza de la Historia. *Geschichtsmacchtigkeit* —pujanza de lo histórico— es un término sobre el que se precia Schmaus de haberle dado carta de naturaleza en la terminología de las ciencias del espíritu. La valoración de lo histórico, clave, entendemos, de este teólogo, se reproduce de nuevo aquí, en una polémica de gran alcance y frente a un enemigo que de ningún modo podía ser subestimado. Schmaus, en la Historia, tiene una llave con la que abre y cierra muchas puertas.

Ignacio Escribano Alberca
Seminario Conciliar
Albacete

POEMA PARA UN NUEVO LIBRO

POR

JOSE CORREDOR MATHEOS

(Selección del libro del mismo título próximo a aparecer y que obtuvo el Premio Boscán de este año.)

I

Todo está bien ahora.
Supongo que estoy vivo,
bien despierto, que pienso,
que este grito es mi grito.

Hoy he aprendido algo
revelador y triste.
No os lo diré: a vosotros
lo que yo sé no os sirve.

Con mi pluma debajo
del corazón os digo
que todo está muy bien.
(Ya no sonrío.)

Hacedme sitio.
No voy a hacer preguntas.
Busco lo que he encontrado:
esta verdad oscura.

II

Dinos ahora, amigo,
cuando ya están perdidas
las vanas esperanzas,
por qué todo es tan fácil.

Por qué la soledad
son sólo las raíces;
que los frutos son otros,
y acaso estén maduros.

Dinos, amigo, siempre,
la verdad nuestra, a secas.
Háblanos sin rodeos.
Estamos aguardando
saberlo cuanto antes.

Dínoslo sin sonrisas,
sin voz, o como sea.
Mucho más fácil. Habla,
ahora que estamos todos
en torno de la mesa,
junto a vasos de vino
y el pan en las entrañas.
Con palabras sencillas
para que entiendan todos.

III

La realidad, al fin,
me ha consolado.
Nos engañaba el tiempo.

Paz para el hombre
y su victoria:
para esta su hambre
inmensa.

Hemos vivido,
sin saberlo,
con esta fuente abierta
en las entrañas.

Con la tierra en la mano,
no sentimos
más compañía
que la de la muerte.

IV

La mirada se empaña.
No pienso en lo que fué
ni en lo que es.

Oigo el mañana,
cantando, en mis oídos.

Lo que ha de ser
está doliendo ya.

Crecen las hojas.
La mañana se aclara.

Lo que estaba perdido
nunca estuvo perdido.

V

El ciprés se ha dormido,
en esta larga vela.

Vuelto hacia sus entrañas,
más callado que un muerto,
nada dice.

Bajo el ciprés,
la tierra está despierta.
Aguarda la sorpresa
prometida.

VI

Con esta paz,
¿se olvida lo que importa?

Hoy me desasosiega
este silencio.

Todo, a su modo, grita.

Pero reina un silencio
soberano,
una paz más solemne
que la muerte.

Mi hermano tiene hambre.
Pero en este silencio
todo calla.

VII

Voy a marcharme
lejos.

Algo
ya ha madurado.

Voy a marcharme
lejos:
donde se cumplan
todas las promesas.

VIII

Ahora, ya junio,
los pulmones llenos,
vuelvo del monte
a sorprender la vida.

Con este dolor mío,
que no tiene razones,
me voy haciendo un hoyo
debajo de mi casa.

Vuelvo —ya os digo—
a sorprender ahora
lo que vive,
que no sabe que vuelvo,
que respiro.

IX

Hoy sí quiero vivir:
ser el que soy.
Y, sin embargo, acaso
por este afán de todo,
puedo morir ahora.

Escuchadme un instante:
abandonad la sombra,
salgamos a la calle;
todo está bien, lo juro.

Hay algo más, que nunca
alcanzaré a deciros.

Palabras todavía
sin un cuerpo en su alma.

Hoy, sin embargo, vivo.
Quiero ser el que soy.
Hoy sí quiero vivir:
hacedme sitio.

José Corredor Matheos
Cerdeña, 321, pral. 1.ª
BARCELONA, 13

EL TRAJE NEGRO DEL DIABLO

POR

JAIME PERALTA PERALTA

Rapidísimamente, con ansias, el viejo ocultó las monedas en su bolsillo. Eran algunas, sólo algunas, apenas las necesarias para calmar un hambre que lo devoraba desde hacía días. No vió la cara del bienhechor que depositara como al paso los menguados céntimos ni supo quién era. Por lo demás, qué le importaba. En sus encías secas, rugosas, unos leves hilillos de saliva se estaban produciendo, como de regusto anticipado por el fuerte trozo de pan que en pocos instantes más, hecho masa deliciosa entre sus dientes roñosos, comería. Acaso también alcanzara la fortuna para un pedazo de queso y un vaso de vino. Acarició las piezas de la dádiva en el fondo de la faltriquera con deleite. Una, dos, tres, cuatro, cinco, seis. Jamás pensó que hubiesen sido tantas. ¡Y ese tintineo! A ver... ¡Qué extraño tintineo!

Las extrajo con lentitud, con miedo, con un súbito pavor que lo inundó desde la cabeza hasta los pies. En su vida de mendigo, dura, había olvidado lo que era el terror, o no se cuidaba demasiado si lo sentía. Pero ahora sí, ahora le cogía de sorpresa, y gotas gordas de sudor cayeron al suelo, increíbles. Subió la mano izquierda conteniendo en el puño el tesoro. Miró con parsimonia, casi de reojo, los redondos metales. Era de noche. La luz del farol llegaba débil, adormilada en la modorra de la nocturna pesadez veraniega. ¡Las monedas eran rojas, como cobre brillante, como sangre que se hubiera amoldado entre sus dedos trémulos!

No lanzó un grito, pues su espanto no llegó a límites extremos. ¡Adiós pan, queso y vino! Una jugada del diablo, sin duda, que en algún recodo de esa calleja sucia y oscura estaría soltando la tremenda carcajada. Meditó largo, sentado en el vano de esa puerta que nunca se abría y que lo cobijaba en invierno y en estío de los rigores del tiempo. Sabía que el diablo era curioso y que, en consecuencia, habría de volver para gozar más de cerca de su fechoría. No recordó ya el gorgoreo insistente y a ratos amenazador de sus pobres tripas, que en ocasiones se convertía en verdaderos alaridos. El maldito tendría que estar allí pronto, de vuelta, porque ese comienzo indicaba de su parte un deseo de relación que algún sentido ocultaba. ¡Después de

miles de años de experiencia no habría, de seguro, llegado a entresijos tales de chochez que se entretuviera en engañar con dinero falso a un anónimo miserable! Aunque, por cierto, cualquier cosa era posible esperar.

En el ambiente quieto de esa hora no parecía haber transeúntes. Ni un paso se oía sobre la acera, ni en la de enfrente, ni por los aledaños. El viejo no estaba sorprendido por este silencio, por cuanto sabía que su barrio era un barrio tranquilo, donde la gente se recogía temprano, aun en estas noches de canícula. Era cómoda esa época; se podía dormitar a pleno aire y también dormir, muchísimo mejor que encerrado en una habitación. Sobre todo que la suya, cerca de la plaza de la Cruz Verde, olía pesadamente a maderas añejas y lo ahogaba en su pequeñez. Además, se sentía menos sólo allí, en la perspectiva callejera que en su covacha lejana.

Pensó en el diablo de nuevo. Sí, era verdad. Tenía la absoluta certeza de que nadie más que él podía ser el autor de ese hecho tan singular. Se había guardado las monedas; las sacó de pronto de su bolsillo otra vez, repentinamente ilusionado de un cambio. Nada; eran las mismas, con el mismo resplandor rojizo, con su igual inutilidad para servirle de algo en el alivio de su presente miseria. Hizo un gesto de fastidio. En realidad, esto era una tontería, indigna de un ser como el demonio, de quien habría aguardado, en todo caso, una conducta más acorde con su fama.

Pero ahí estaba, ya muy cerca. En medio de su cerebro se le puso la idea de que no era otro que él. Venía caminando sin prisa, como un hombre preocupado, con la cabeza gacha, sin alarde de espectacularidad alguna. El corazón del anciano latió con premura, consciente de que en un instante más estaría en posesión de una experiencia que no pocos desearían, aunque, por supuesto, insistan siempre en negarlo con horror.

El encuentro fué simple, de dos personas corrientes y comunes. El consabido pretexto de un fósforo para encender el cigarrillo inició la conversación. Familiarmente, sin invitación previa, el forastero se sentó junto a su nuevo amigo. Con gentileza ofreció un cigarrillo al viejo, que en esos momentos no habría dudado en entregarle su alma por ese placer que ahora se le daba, sin tener que darla, a su vez, en cambio.

—Son los últimos que me quedan—le dijo el diablo con una sonrisa triste.

Su interlocutor le miró casi con simpatía y vió con pena que los surcos profundos hacían más acuchilladas sus mejillas, mientras las bolsas de los ojos sostenían unas pupilas semiapagadas. La cara tenía

rasgos nobles, recuerdo de una perdida belleza, en la actualidad en plena decadencia. Si no hubiera sido por una cierta prestancia aristocrática que aún surgía como un hálito, no habría tenido más remedio que confundirlo con Pedro, el carbonero de la esquina, a quien se parecía en gran manera.

—¿No te han servido para nada, verdad? —preguntó el viejo al ver que éste hacía un ademán para devolverle las monedas rojizas—. Lo siento, lo siento mucho; si te las di fué porque quería ayudarte. Créemelo, quería ayudarte; no lo hice para reirme de ti.

—¿No podrías transformarlas en dinero del país o, al menos, de algún país extranjero? —sugirió el otro con un resto de esperanza—. En ninguna parte me darán nada por esto. Además, ese brillo color sangre que tienen, ¡qué desagradables las hace! ¿No te parece?

—Cierto —contestó con benevolencia el diablo—. Cierto, pero te he de decir algo que no vas a creer, pero que te podría jurar (si es que esto me fuera posible hacerlo). Mi potencia es limitadísima y, aunque en este minuto quisiera poner todos mis sentidos en manejos mágicos, no obtendría de ellas sino a lo sumo un cambio de coloración.

—Vaya, vaya... —El viejo se sentía decepcionado, y de improviso le subió desde el fondo de la garganta una congoja tal, que estuvo a punto de echarse a llorar, a llorar fuerte y desgarradamente como lo hiciera en sus ya olvidados años de niño—. No; no puede ser —acertó a exclamar con incredulidad.

El diablo hizo una mueca que iba a convertirse, a no dudarlo, en una de esas carcajadas escalofriantes que ha sabido hacer resonar a través de los siglos. Pero optó por reprimirse. ¿A cuenta de qué estaba autorizado para proceder en tal forma? Por el contrario, con una especie de mimo consolador, tomó una de las manos del hombre y la retuvo entre las suyas unos segundos.

—¡Llora! —le dijo con amargura—. ¡Llora por ti y también por mí, que buena falta me hace! Ambos somos unos míseros, dos escorias que se han unido para compadecerse mutuamente. ¿No te imaginabas así al diablo, aunque lo meditaras con toda seriedad, no es así? Pues esto es ahora; lo que tú tienes a tu lado, ese deshecho de ser, no es otra cosa que él mismo y ningún otro. ¿Podrías haber sospechado jamás tamaña inconsecuencia? No; de ninguna manera, y bastantes años he tratado de ocultar mi propia vergüenza con el objeto de evitar acabar siendo el hazmerreír de las gentes. Aquí me tienes, ya un poco incapaz de espantar a un gato.

A medida que el demonio se iba explayando en sus confidencias, el viejo encontraba en sus palabras asombro tras asombro, que terminaron por anonadarlo. Sentía que una angustia tremenda se apoderaba

de él, a duras penas soportable. La calle, las casas, las luces, la cara melancólica que se acercaba a la suya en coloquio íntimo, el aliento cálido de una boca que hablaba y hablaba, se fueron confundiendo y empezaron a girar, a girar, hasta que todo junto se metió en su mente, como un remolino, y no supo más de sí. Le despertó el rasante palmetazo de unos dedos penetrantes como látigos, cuyos huesos golpearon sus rodillas tensas, hiriéndolas, hiriéndolas tanto, que al volver otra vez a la realidad lo hizo con un tenue grito dolorido.

—¡Qué poco soportas, eh!—intentó bromear el diablo.

—Disculpa, es el hambre. Me siento débil. No como desde ayer —respondió el anciano, mientras insistía en esbozar una sonrisa de excusa. Agregó—: Y no me negarás que la impresión no deja de ser intensa, ¿no crees?

El antiguo ángel se levantó y, con gracia, ayudó a incorporarse a su acompañante.

—Vamos a comer a algún sitio. Yo también tengo hambre—le propuso—. Dame una de las monedas. Entiendo que todavía acertaré con una pizca de mi poder.

El viejo se la dió, y así fueron andando, cogidos del brazo como dos amigos. Pronto estuvieron instalados en la mesa de un restaurante. Comieron hasta hartarse, hasta que los innumerables hoyos de las hambres atrasadas quedaron tapados. El diablo pagó después con principesca esplendidez, sin que hubiese ningún problema. Ambos se quedaron un rato allí, sin hablar, sorbiendo el coñac, satisfechos, un poco amodorrados con la abundante y buena comida y con el vino, que había sido ingerido por los dos sin regateos.

Al salir, el diablo tomó de nuevo el brazo del viejo, ya con familiaridad. Durante la cena había hablado mucho. Había explicado a su contertulio su actual y lamentable estado y las causas que existían para que se hubiera convertido en un pordiosero. En efecto—le confesó—, en el principio de los tiempos, el espíritu del mal era un ser con una potencialidad tal, que la tierra entera le pertenecía. Los hombres eran pocos, dominables. El se sentía en esa época como el empresario de un teatro de títeres que con sus hilos los movía a su sabor, y aún los dejaba a veces andar por su cuenta, si es que algunos podían hacerlo. Siempre lo encontraban a él, en todo caso, pero eso no importaba. Nada le costaba entonces, al demonio, ir entregando a cada una de esas contadas marionetas el gramo de perversidad suficiente para que durante su vida pudiese desempeñar de modo conveniente el papel que le había sido señalado. No obstante, ¡ay!, los siglos pasaron, y pasaron, y pasaron, y el mundo, luego de una florida adolescencia, llegó a la madurez. Más tarde, casi sin transición, empezó a hacerse viejo. Y los

hombres aumentaron de manera vertiginosa. Desde las tribus desnudas y errantes, temerosas hasta de su sombra, que en las edades primigenias poblaban los bosques y se acercaban a pescar a los ríos y a los esteros, hasta la multitudinaria humanidad presente, el mundo se había ido llenando de estos seres de tal manera, que el símil de las estrellas del cielo y de las arenas del mar resultaba un poco pasado de moda. A pesar de las guerras y de los odios que él había suscitado ex profeso, no disminuía esta descomunal oleada de carne inteligente, sino todo lo contrario. De repente, y cuando se disponía a decretar una matanza sin precedentes de muchos humanos, sintió que sus esencias malignas estaban de tal modo empobrecidas, que nada podía hacer. Paulatinamente, a decir verdad, el crecimiento de los hombres las había ido succionando como el limón al que se exprime sin misericordia todo su jugo. Miles y miles de hombres nacían cada día; miles y miles chupaban como infinitas y horribles sanguijuelas su pequeña cantidad de bellaquería, y él ya estaba exhausto, como una ubre vacía, como un cuero sin vino. Era impotente el diablo para detener esta desmesurada proliferación y era impotente asimismo para impedir que sus virtudes maléficas siguiesen saliendo de sí, para en definitiva reducirlo a una nuez vana. Mientras la tierra había absorbido toda la maldad, el pobre demonio apenas se podía sostener ahora sobre su magro esqueleto.

—¡Te lo aseguro, ya no doy más! ¡No puedo dar más! Aunque me lo exijan, me es imposible—susurró al oído del viejo con voz tétrica.

Habían llegado a una plazuela solitaria. Protegidos por la oscuridad que les daban dos copudos olmos, se sentaron. El diablo se había echado a llorar, súbitamente aniquilado.

—¡Amigo, ya no doy más! —le repitió entre lágrimas—. Ayúdame tú ahora; sólo tú, el más miserable de los seres, puede ayudarme. Nadie más. Sólo tú, únicamente tú.

—Te ayudaré en lo que sea preciso, pero ¿cómo? —exclamó el viejo, ya acostumbrado a lo maravilloso—. ¿Cómo?

—¡Tu traje! ¡Sólo tu traje, y me salvarás!

—¿Esto? ¿Estás seguro?

—Sí; ese traje de pana, raído y sucio, eso será para mí la gloria. Con él me convertiré en un mendigo cualquiera, uno que puede acomodarse por la noche en un rincón de la calle del Pez o bajo el puente de Vallecas; dejaré de ser el demonio, aquel pobre ser que se está esforzando a cada instante para entregar la médula de algo que ya no posee. ¡Sálvame, te lo ruego!

El mendigo le miró con pesar. Lentamente, como si estuviera desarrollando un rito sagrado, comenzó a sacarse el traje. Lo entregó al demonio.

Por su parte, con rapidez, el diablo había arrancado el suyo, ese solemne traje de tela negra riquísima, que todavía guardaba su esplendente calidad. Hicieron el cambio en unos instantes, como dos ladrones, furtivamente.

El maldito se irguió entonces inconmensurable, como una encina gigante, por sobre el ínfimo humano que allá abajo aún no terminaba de acomodar sus nuevas ropas.

—¡Ahora serás tú el que sufras, amigo! —rió—. ¡Ya te preguntaré cómo te va en tu insólito empleo!

Y sin más, se marchó.

Jaime Peralta Peralta

EL ARBOL DE LAS MIL RAMAS

POR

REYES CARBONELL

Releyendo las reseñas que escribí para la revista «Estudios» (1), he tropezado con una que a la luz de mis más recientes preocupaciones literarias creo necesita aclaración y adición. Me refiero a una reseña sobre una traducción de las poesías de Unamuno (2). Decía allí:

«La versión de poesías de un idioma a otro es tarea que ha sido calificada de imposible. Verter en verso una poesía a un idioma distinto sin que pierda la mayor parte de su belleza y sugerencia poéticas es trabajo ímprobo y siempre de dudosos resultados. Cuando un poeta de talla intenta una traducción, lo que realiza realmente es una recreación de la poesía original, y, generalmente, lo que se nos presenta es una nueva obra artística con muy pocos puntos de contacto, con la primitiva y casi siempre inferior. Esto último si el poeta traducido es grande, porque si es un poeta mediocre y el traductor posee una superior sensibilidad artística puede muy bien crear una obra mejor que el original, pero, desde luego, siempre distinta. Dice Clement Wood: «Poetry can not be translated; it can only be recreated in the new language... The emotion-arousing quality in words can not be stated otherwise even in the same language, much less in another one» (3). Lo mismo es cierto si nos referimos al valor poético de las palabras, sonido, a su aptitud sugestiva. Una palabra que en español pueda ser poética, tal vez en inglés o en otro idioma sea vulgar, y el traductor tenga que valerse de algún remoto equivalente.

Las traducciones de poesía deben ir acompañadas del original; el porqué de esta necesidad es obvio. Eleanor Turnbull nos presenta los originales españoles de Unamuno y sus traducciones al inglés. Con su práctica en estos quehaceres y su delicada sensibilidad poética consigue unas traducciones que se acercan al ideal. Las traducciones de Turnbull son casi literales, y a pesar de ello ha sabido trasladar al inglés el encanto poético de la obra de Unamuno. La poesía de Unamuno se presta por su sencillez a que una sensibilidad poética,

(1) «Estudios», Revista de Cultura Hispánica, Duquesne University, Pittsburgh, Pennsylvania.

(2) Reseña acerca de la obra *Poems by Miguel de Unamuno translated by Eleanor L. Turnbull, The Johns Hopkins Press, Baltimore,* 1952.

(3) CLEMENT WOOD: *Rhyming Dictionary*, pág. 101.

entrenada en esta ardua faena de la traducción, pueda llevar a cabo una labor estimable.

Sin embargo, hallamos algunos versos en los que la traductora no se ha atrevido o no ha querido traducir el verdadero espíritu del verso de Unamuno y, como consecuencia, ha destruído la imagen poética robando belleza a la poesía. Veamos, por ejemplo:

Turbias van mis ideas	*My ideas are confused*

(«Para después de mi muerte, pág. 6, lín. 6.)

Tras las encinas que el celaje esmaltan	*Back of the trees that embellish the cloudscape*

(«Salamanca», pág. 14, lín. 2.)

Las miradas mirándose	*Seeing only themselves*

(«En una ciudad extranjera», pág. 118, lín. 21.)

La luz se amansa	*The light grows softer*

(«En una ciudad extranjera», pág. 118, lín. 26.)

etcétera; o ha introducido detalles explicativos contrarios a la belleza poética:

Levántanse cual torres clamorosas	*Like strong towers «with loud clanging bells»*
mis pensamientos en robusta fábrica	*may my thoughts of stout fabric arise and*

(«Salamanca», pág. 18, líns. 13 y 14.)

etcétera, o también comprobamos algunos errores de traducción:

¿Qué os importa el sentido de las cosas si su música oís «y entre los labios os brotan las palabras» como flores limpias de fruto?	*What matters to you the meaning of things if you hear their music, «if on my lips the words blossom for you» like the spring flowers bearing no fruit?*

(«Sin sentido», pág. 146, líns. 9 y 12.)

poco a poco «se había hecho» de noche	*Little by little night «was closing in»*

(«Renacer durmiendo en el campo», pág. 194, lín. 7.)

etcétera.»

Todo eso decía yo entonces, y hoy podría añadir mucho más a ese comentario de las traducciones de Eleanor Turnbull, pero baste con agregar, con hacer hincapié en que si todo eso sucede con una poesía como la de Unamuno, que a pesar de su profundidad y bondad es una poesía dura, de muy limitados recursos expresivos, ¿qué no ocurrirá con una poesía más rica si intentamos su traducción? Muy pronto ejemplificaré las enormes dificultades que en tal caso obstruyen el quehacer ímprobo del traductor. Es cosa de cajón todo esto; pero si intento poner de relieve o abultar las dificultades que tal tarea lleva aparejadas es porque las traducciones muchas veces son necesarias por la maldición babélica que separa nuestros espíritus, y tal vez mis comentarios, el análisis de esas dificultades, contribuya a que esas traducciones sean más cuidadosas, se afinen más, intenten captar algo de la sutilidad expresiva del verso original. El lenguaje es limitado y el poeta se ha de valer para expresar lo más fielmente su pensamiento, su sentimiento, su inspiración de todos los medios expresivos a su alcance, de toda una gama de sonidos, colores, etc., moldurando el verso, dándole plasticidad expresivo-comunicativa de manera que insinúe, sugiera, contagie, lance emanaciones sensoriales e intelectuales que perfumen el ambiente receptor del lector y no le dejen escape posible. De ahí la dificultosa tarea del poeta y la imposible del traductor. Es una imposibilidad de matiz. Veamos, por ejemplo, el verso de Antonio Machado estudiado por mí en *Algunas notas estilísticas sobre la poesía de Antonio Machado* (4):

Voy caminando por la calle vieja (5).

y su traducción al inglés:

Along the old street I am walking (6)

Recuérdese lo que yo decía en dicho ensayo:

Voy caminando por la calle vieja

La acentuación de este verso es:

' — —' — — —' —' — .

---

(4) REYES CARBONELL: *Algunas notas estilísticas sobre la poesía de Antonio Machado*, ensayo que aparecerá próximamente en «Papeles de Son Armadáns». Palma de Mallorca (España).

(5) ANTONIO MACHADO: *Obras completas*. Segunda edición. Editorial Losada. Buenos Aires, 1946; pág. 74.

(6) ELEANOR TURNBULL: *Ten Centuries of Spanish Poetry, Grove Press*. New York, 1955; pág. 411.

El verso comienza con un acento —apropiado, como dije en otro lugar (7), a los versos que indican movimiento—, después siguen dos sílabas inacentuadas (el acento secundario en la segunda sílaba casi no existe por la posición de la palabra en el verso), y luego viene un acento en la cuarta y sílaba inacentuada, con ligerísima pausa después, ya que el verso es bimembre (5 + 6); luego tenemos dos sílabas inacentuadas, más la pausa que he mencionado antes y después acentuada-no acentuada-acentuada-no acentuada:

Vóy caminándo por la cálle viéja.

Sí; esa acentuación sugiere el caminar lento, cansado, descorazonado, de cansancio y amargura interior. Aún más, a ello se une un sonido consonántico, único en el verso, la «j» de *vieja,* que da al mismo, al final, un ligero matiz de sollozo, de congoja. Además, esa «j» se encuentra preludiada por un sonido pariente, también velar, en sordina, aliteración disfrazada, la «k» de *caminando* y *calle.* También el acento en cuarta sílaba cae sobre una sílaba mixta, una «a» entre dos nasales (nan), lo cual hace que la sílaba sea más larga y con la resonancia de la nasal «n»; todo lo cual cuadra maravillosamente a ese andar lento, cansado, que he mencionado más arriba.

Si ahora repetimos la traducción inglesa:

Along the old street I am walking,

vemos como todos esos matices que dan tanta sugerencia al verso de Machado han desaparecido por completo, y aunque la idea es la misma, la comparación de ambos versos es casi cómica; es decir, la traducción inglesa nos produce, al compararla, una impresión de jocosidad.

Ezra Pound dice: «Incompetence will show in the use of too many

---

(7) Me refiero a un estudio mío sobre García Lorca de próxima publicación, en el cual digo: «Los versos que expresan movimiento empiezan casi siempre con sílaba acentuada, o comienza con acentuada el trozo del verso en que se inicia dicho movimiento. Esto es fácilmente comprensible: ese acento matiza perfectamente el arranque inicial, el impulso que origina todo movimiento. García Lorca hace uso de esta matización en casi todos los versos que indican movimiento:

Mueve la luna sus brazos.
Huye luna, luna, luna.
Cae donde el mar bate y canta.
Frunce su rumor el mar.

words» (8); lo que nos lleva nuevamente al verso de Unamuno traducido por Turnbull:

Levántanse cual torres clamorosas

Levántanse cual	*torres*	*clamorosas*	.
	1	2	

Like	*strong*	*towers*	*with*	*loud*	*clanging*	*bells*.
	1	2	3	4	5	6

No; no podemos admitir *eso* como una traducción adecuada. (Y ya dije que Unamuno no es un poeta difícil de traducir). Poesía es condensación, no expansión, diseminación. Otra vez Ezra Pound: «I begin with poetry because it is the most concentrated form of verbal expression. Basil Bunting, fumbling about with a German-Italian dictionary, found that this idea of poetry as concentration is as old almost as the German language. «Dichten» is the German verb corresponding to the noun «Dichtung» meaning poetry, and the lexicographer has rendered it by the Italian verb meaning «to condense» (9).

Por tanto, así tenemos una primera norma que todo traductor debe seguir:

NO SE DEBE DESTRUIR LA CONDENSACIÓN DE LA POESÍA ORIGINAL.

Ahora veamos otro ejemplo de traducción; esta vez el traslado se hace entre dos vehículos de expresión afines, con muchos puntos de contacto (vocabulario, sintaxis, etc.): español e italiano. Y la traducción es de un poeta y crítico literario eminente. Me refiero a la traducción del verso de Dante

ch'ogne lingua deven tremando muta,

hecha por Dámaso Alonso:

que toda lengua tiembla y queda muda (10).

De ese verso de Dante dice Dámaso Alonso: «Unas veces se nos va el gusto tras el verso primero, tan claro, con sus dos adjetivos que se reparten los acentos (de 4.ª y 8.ª sílaba). *Otras, seguimos esas once sílaba ch'ogne lingua deven tremando muta, de un avanzar tan ligado como trémulo...*» (11). El mismo Alonso califica su traducción de «modestísima traducción —ancilla ostiaria—, que no pretende sino ser

(8) EZRA POUND: *A B C of Reading*. New Directions. New York, 1960; pág. 63.
(9) EZRA POUND: *Op. cit.*, pág. 36.
(10) DÁMASO ALONSO: *Poesía española*. Editorial Gredos. Madrid, 1952; pág. 41.

suficientemente fiel y volver en castellano el contenido del italiano, verso a verso» (12).

Aquí la dificultad ya no es una de *condensación*, sino de *melopoeia:* la traducción ha perdido ese «avanzar tan ligado como trémulo»; la musicalidad del verso italiano se ha esfumado. Y eso que, como he anotado más arriba, el español es una lengua latina como el italiano, y la mayoría de los vocablos en ambos idiomas son casi idénticos por ser sus antepasados los mismos. Si comparamos las dos palabras finales del verso, que son las que más influyen en la musicalidad del mismo, en ambos idiomas:

tremando muta
temblando muda,

vemos que las diferencias son mínimas, aunque las hay, e importantes, para matizar el verso, como veremos. Claro está que en la traducción de Alonso ese conjunto melódico que forman las dos palabras (tremando muta) no existe, y ello priva al verso de gran parte de su musicalidad, de su «avanzar trémulo»; pero aunque el traductor hubiese respetado ese conjunto de textura musical, tampoco se habría conseguido en la traducción esa matización de un modo perfecto. Veamos por qué:

tremando muta	italiano
temblando muda	español
e a o u a	vocales en ambos idiomas
— ´ — ´ —	ritmo en ambos idiomas.

Las vocales y el ritmo son idénticos en ambas lenguas, luego la diferencia reside en las consonantes:

tr - m - nd - m - t	italiano
t - mbl - nd - m - d	español,

o sea las variantes en la parte española son:

t	en	vez	de	*tr*
mbl	—	—	—	*m*
d	—	—	—	*t.*

(Desde luego que *temblando muda* se acerca bastante al original italiano, y de haber querido o podido el traductor respetar el conjunto,

(11) Dámaso Alonso: *Op. cit.*, pág. 42.
(12) Dámaso Alonso: *Op. cit.*, pág. 41.

el verso español habría ganado mucho). Variantes mínimas, pero, no obstante, importantes. En

tremando muta

tenemos primero la combinación de la oclusiva dental sorda «t» con la vibrante «r» de vibración temblorosa, *trémula,* que tan magníficamente matiza a todo el verso. Ese matiz falta en la palabra española *temblando,* y en cambio sobra el sonido blando de la combinación «bl» contraproducente a la matización trémula del verso. Ahora, en la última palabra: italiano *muta,* español *muda,* la diferencia entre «t» y «d» actúa de dos formas: 1.º, la «t» italiana sorda es más explosiva que la sonora «d» española, ligera distinción que ayuda con un sonido más cortante a la susodicha matización, y 2.º, en el conjunto italiano hay una permutación: t - m m - t, mientras que no tan obvia en el español: t - m m - d ; lo que hace más musical al grupo italiano, ya que la permutación es más marcada, más clara.

Y aquí una segunda norma:

TODO TRADUCTOR DEBE INTENTAR EN LO POSIBLE EL CONSERVAR LA «MELOPOEIA» DEL VERSO ORIGINAL.

Claro que esto será más factible entre idiomas afines.

Permítaseme que ejemplifique aún más esa necesidad, puesto que en los nuevos ejemplos que siguen comprobaremos hasta qué punto esa melodía plástica matiza muchas veces un verso.

Veamos ahora algunos versos de García Lorca y su traducción al inglés. De antemano puedo afirmar que el resultado, es decir, la traducción distará mucho del original. Poetas como Lorca, que usa imágenes muy originales y sacadas la mayor parte de las veces, intuídas en la entraña de su pueblo, un pueblo muy particular, como el español es; poetas en los que juega un gran papel la musicalidad plástica (13) son muy difíciles de traducir, son verdaderos quebraderos de cabeza, pesadilla del traductor. No obstante, en los ejemplos que vamos a ver comprobaremos alguna instancia de traducción feliz dentro de lo que cabe:

The sea has puckered up its rumour,
all pale as death the olives grow.
The shrill flutes of shadows sing.
So does the smooth gong of the snow (14).

(13) Véase mi estudio «Musicalidad plástica en la poesía de Federico García Lorca».

(14) ROY CAMPBELL: *Federico García Lorca.* Yale University Press. New Haven, 1959; pág. 55.

Frunce su rumor el mar.
Los olivos palidecen.
Cantan las flautas de umbría
y el liso gong de la nieve (15).

Véanse los comentarios que a estos cuatro versos dedico en mi estudio *Musicalidad plástica en la poesía de Federico García Lorca* (16) y se verificará que a pesar de que la traducción de Roy Campbell es apreciable, dista mucho de las sutilidades de matiz que aparecen en los versos de Lorca. Esto se confirma aún más en

Y una corta brisa, ecuestre,
salta los montes de plomo (17).

And a sharp breeze, like a horse
leaps over the mountains of lead (18).

La sugerencia plástica de esos versos es enorme y su traducción a otro idioma presenta por ello dificultades casi insuperables. La traducción de C. M. Bowra es relativamente feliz, puesto que contiene algo de la plasticidad y sugerencia tejidas en los versos de Lorca. Para darnos una idea cabal de todo ello, permítaseme que copie a continuación, y para evitar al lector la busca no siempre grata de una referencia, aunque ésta esté en el mismo volumen, lo que dije sobre esos versos en mi estudio mencionado más arriba:

«La imagen rítmica de estos versos,

´ — ´ — ´ — ´ —
´ — — ´ — — ´ — ,

sugiere magníficamente el movimiento de esa brisa que se menciona en el primer verso. El primer verso (su imagen rítmica) nos sugiere la preparación del salto con zancadas iguales, y de repente, en el segundo verso, se produce el salto y después otro salto y otro y otro, como un eco que rebote de cumbre en cumbre. Sí, esas imágenes rítmicas son de una sugerencia plástica, cinética, de alto valor representativo. Imaginémonos a un atleta, un saltador...

Y una corta brisa, ecuestre,
´ — ´ — ´ — ´ —

---

(15) Federico García Lorca: *Obras completas.* Aguilar. Madrid, 1960; página 355.
(16) Reyes Carbonell: *Musicalidad plástica en la poesía de Federico García Lorca,* trabajo que será publicado en «Revista Nacional de Cultura». Caracas (Venezuela).
(17) Federico García Lorca: *Op. cit.,* pág. 374.
(18) C. M. Bowra: *The Creative Experiment.* Grove Press. New York, 1948; pág. 213.

que va en su carrera, elástica, igual, aproximándose al obstáculo, y de repente, llega a él; sus músculos se distienden y se produce el salto, y después, si hay más obstáculos, otro y otro salto...

salta los montes de plomo.
' — — ' — — ' —

Esta impresión viene acentuada por la preparación del primer verso, con sus acentos equidistantes y casi juntos (una sola sílaba inacentuada entre ellos), de otra forma la impresión, la sugerencia, no sería tan marcada. Observemos también que en el segundo verso los saltos (acentos) están asimismo equidistantes, pero con dos sílabas inacentuadas entre ellos, coadyuvando así a esa impresión de saltos repetidos: hay una pausa bien marcada entre cada pistoletazo, entre cada esfuerzo, entre cada salto.»

Como fácilmente se ve, la traducción inglesa no imparte esos sutiles matices que hemos visto analizados más arriba, aunque, como dije anteriormente, la traducción de Sir C. M. Bowra es francamente aceptable.

He escogido ahora otros versos de Lorca, de los cuales vamos a ver tres traducciones al inglés:

No quiero que le tapen la cara con pañuelos
para que se acostumbre con la muerte que lleva.
Vete, Ignacio. No sientas el caliente bramido.
Duerme, vuela, reposa: ¡También se muere el mar! (19).

I *I do not want them to cover his face with handkerchief*
that he may become used to the death he carries.
Go, Ignacio. Do not heed the hot bellow.
Sleep, fly, rest. Even the sea dies (20).

(Ilsa Barea.)

II *I would not have them hide his face with cloth*
to wean him to the death in which he lies.
Ignacio, go! Though bellowing bulls may froth-
Sleep, fly, and rest. Even the ocean dies! (21).

(Roy Campbell.)

(19) Federico García Lorca: *Op. cit.*, pág. 472.
(20) Arturo Barea: *Lorca the poet and his people.* Harcourt, Brace and Co. New York, 1949; pág. 112.
(21) Roy Campbell: *Op. cit.*, pág. 102.

III *I don't want anybody to cover his face with handkerchiefs*
that he may get used to the death he carries.
Go Ignacio; do not feel the hot bellowing.
Sleep, fly, rest: even the sea dies (22).

(Phoebe Pool.)

Tres traducciones un tanto distintas y bastante aceptables, aunque ninguna puede impartir la impresión de suave confortamiento y consolación que Lorca imprimió en sus versos. Cabe ahora preguntar, ¿cuál de esas tres versiones es mejor? ¿Cuál retrata más fielmente la tristeza inyectada en los versos originales? Lo único que yo diré aquí es que, para mí, la que menos atracción tiene es precisamente la que está hecha por un poeta: Roy Campbell. Y de las otras dos, yo me inclinaría por la de Phoebe Pool, sobre todo por el verso tercero. De todas formas ninguna posee la musicalidad cautivante de los versos de Lorca. Véase nuevamente mi estudio mencionado más arriba, mi análisis del heptasílabo «También se muere el mar», su ritmo, su aliteración disfrazada, y se comprenderá lo que quiere decir (23).

Es una lástima, y permítaseme esta pequeña digresión, que estudiosos de literatura, y sobre todo aquí, en América, profesores de inglés, estudiantes, presten tan poca atención a las lenguas extranjeras. Es un deber el señalar esta deficiencia: sin un conocimiento, aunque sólo sea de lector, de algunas lenguas extranjeras, no se puede entender bien la literatura de un país. Ezra Pound singulariza esto cuando dice en su «A B C of Reading»: «Without the foregoing MINIMUM of poetry in other languages you simply will not know 'where English poetry comes'» (24).

Como hemos visto, uno de los aspectos más difíciles de trasplantar a otra lengua es la *musicalidad plástica:* hay versos como los de Arnaut Daniel, citados por Ezra Pound (25), que son casi intraducibles:

L'aura amara
Fals bruoills brancutz
Clarzir
Quel doutz espeissa ab fuoills.
Els letz
Becs
Dels auzels ramencz
Ten balps e mutz

etc.

(22) PHOEBE POOL: *Poems of Death.* Frederick Muller, LTD. London, 1945; pág. VII.
(23) REYES CARBONELL: *Op. cit.*
(24) EZRA POUND: *Op. cit.*, pág. 57.
(25) EZRA POUND: *Op. cit.*, pág. 53.

o como los de Rafael Alberti:

Galopa, caballo cuatralbo,
jinete del pueblo,
al sol y a la luna (26).

etc.

o como el poema de Brentano «Wiegenlied»:

«Wiegenlied»

Singet leise, leise, leise.
Singt ein flüsternd Wiegenlied,
Von dem Monde lernt die Weise,
Der so still am Himmel zieht.

Singt ein Lied so süss gelinde,
Wie die Quellen auf den Kieseln,
Wie die Bienen um die Linde
Summen, murmeln, flüstern, rieseln.

del cual dice Wolfgang Kayser: «El poema se basa de tal forma en la sonoridad y en el ritmo que una traducción del significado de las palabras no conseguirá conservar nada de su esencia» (27). O como Mallarmé en cualquiera de sus versos:

Le flot de foudres et d'hivers (28).
The main of thunders and of winters (29).

(Roger Fry.)

etcétera, etc.

En el primer ejemplo (Arnaut Daniel) el poeta, como dice Ezra Pound, «made the birds sing IN HIS WORDS» (30), y no es que se hable de ellos, sino que el sonido, ritmo, etc., nos da la impresión de su cantar.

En el segundo (Rafael Alberti) se nos presenta un ritmo (y otros matices también) plástico-cinético-auditivo que sugiere magistralmente el galopar del caballo.

En el tercero (Brentano), analizado profundamente por Kayser en las páginas 397-400 de su obra *Interpretación y análisis de la obra lite-*

---

(26) RAFAEL ALBERTI: *Galope.* The Atlantic, pág. 124. Vol. 207, núm. 1.
(27) WOLFGANG KAYSER: *Interpretación y análisis de la obra literaria.* Editorial Gredos. Madrid, 1958; pág. 396.
(28) STÉPHANE MALLARMÉ: *Poems, translated by Roger Fry.* New Directions. New York, 1951; pág. 46.
(29) Idem, pág. 46.
(30) EZRA POUND: *Op. cit.*, pág. 53.

raria (31), sobresalen el sonido y el ritmo con características esenciales de canción, lo que hace al poema absolutamente intraducible. A lo dicho por Wolfgang Kayser allí, añadiré un pequeño comentario sobre el último verso que ejemplifique aún más esa imposibilidad de su traducción:

Linde
Summen, murmeln, flüstern, rieseln.

Examinemos primero el ritmo:

' — /
' — / ' — / ' — / ' — .

Vemos que después de un ritmo lento en el primer verso del poema se continúa con un ritmo más rápido, y en el último verso se retorna al ritmo lento del principio y con pausas detrás de cada dos sílabas: es un ritmo que avanza a impulsos perezosos, susurrante en tonos distintos (a cuya diferenciación contribuyen las consonantes y vocales); es la lentitud continuada del zumbido estival de las abejas (Bienen) que se mencionan en el verso anterior. Pero lo más importante en la matización del último verso es el sonido:

Summen, murmeln, flüstern, rieseln.

Vemos que está plagado de resonancias: «emes», «erres», «eses», «enes». Además, cada ímpetu, cada palabra, comienza con un sonido de sugerencia apropiada y distinta, toda una escala matizante: silbante «s», nasal «m», fricativa «f» y vibrante «r», que unidas a las otras consonantes y a las vocales, breves en los primeros acentos y larga en el último, son sonidos tan propios a esa expresión de zumbido o susurro de cambiante tono.

En el cuarto ejemplo (Mallarmé) coadyuva el ritmo a la impresión de manantial que fluye, y la sucesión equidistante de consonantes fricativas (f-f-v) también imparte el mismo efecto. Todo lo cual no aparece en la traducción de Roger Fry.

Otra dificultad en la traducción de poesías reside en las imágenes. Como he dicho en otra parte (32), cada pueblo tiene una herencia literaria que en muchos aspectos difiere de la de otros pueblos, y las imágenes y comparaciones que en la poesía de un pueblo determinado

---

(31) WOLFGANG KAYSER: *Op. cit.*
(32) REYES CARBONELL: *Contribución al estudio estilístico del «Llanto», de Federico García Lorca.*

resulten bellísimas y sugerentes tal vez no lo sean en otro idioma. Y aquí viene también el valor evocativo de las palabras que, como dije al principio de este ensayo, no en todos los idiomas tiene la misma fuerza poética. El traductor HA DE BUSCAR UN SINÓNIMO O EQUIVALENTE DE LA PALABRA, IMAGEN O COMPARACIÓN QUE SE APROXIME AL ORIGINAL EN CUANTO A FUERZA SUGESTIVA, DE MATIZ, EVOCADORA.

RESUMEN

De todo lo dicho se desprenden varias conclusiones:

1.ª Necesidad de un conocimiento, aunque no sea profundo, de las principales lenguas extranjeras y clásicas.
2.ª Toda traducción de poesía, y ésta es una tendencia que afortunadamente va en incremento, debe ir acompañada del original: de este modo, por muy someros que sean los conocimientos que el lector posea de la lengua original, siempre podrá, con la ayuda de la traducción, gustar en algún grado las bellezas intraducibles de la poesía en cuestión.
3.ª El traductor ha de poseer intuición poética.
4.ª Debe tener, por supuesto, un conocimiento profundo de la lengua y literatura que traduce.
5.ª Ha de procurar no destruir la condensación poética.
6.ª Ha de conservar, en lo que cabe, la melodía, la plasticidad rítmica y sonora del original.
7.ª Ha de utilizar imágenes y vocabulario que impartan las mismas o aproximadas sugerencias, matices, etc., que se presentan en la poesía que traduce.

Tal vez haya otras condiciones que una reflexión más detenida nos llevaría a formular, y quizá todo eso sea mucho pedir y no siempre factible; por ello es necesario hacer hincapié en la segunda conclusión: es *absolutamente preciso* que toda traducción de poesía vaya acompañada del original.

En el presente trabajo he puesto un mayor énfasis, de acuerdo con el plan general del libro (33), en la *melopoeia*, es decir, en el sonido y ritmo como elemento sugerente y representativo en adición a su función melódica.

(33) Este artículo formará parte de un libro titulado *Espíritu de llama, estudios sobre poesía hispánica moderna.*

He dicho que toda traducción es inadecuada, pero desgraciadamente hemos de valernos de ellas y hemos, por lo tanto, de procurar hacer un trabajo lo más acertado posible.

Allé s'en est, et je demeure,
Povre de sens et de savoir.

(François Villon.)

Reyes Carbonell
Catedrático de Lengua y Literatura Española
en la Duquesne University
PITTSBURGH, 19 Penna. U. S. A.

HOMENAJE A JUAN RAMON JIMENEZ

POR

JAIME TELLO

I

¿Cómo era, Dios mío, cómo era?
¿Era una leve mano sobre el día,
o una mirada de melancolía,
o el torvo interrogar de la Quimera?

¿Era una piel de lirio? ¿La postrera
melena de una ola que moría
a los pies de la playa, al mediodía,
de su propia victoria prisionera?

¿Era una voz pendiente de algún hilo
o el falso augurio de la primavera
a mitad de diciembre o el pistilo

frustrado de una blanca flor de cera?
Y me pregunto con el alma en vilo:
«*¿Cómo era, Dios mío, cómo era?*»

II

¡Oh corazón falaz, mente indecisa!
¡Oh vagas sombras del recuerdo vano!
¡Oh remoto perfume del verano!
¡Falso canto del cisne de su risa!

El corazón la busca en la imprecisa
memoria táctil de la ansiosa mano,
y en ella todo es sombras, polvo cano,
fantasmas, y el aroma de la brisa.

Por las colinas ágiles del viento
la sombra de su sombra se desliza
y su voz es apenas un lamento.

Sólo resta un retazo de sonrisa
y en un libro enterrado un pensamiento.
¡Oh corazón falaz, mente indecisa!

III

¿Era como el pasaje de la brisa?
Se pregunta mi alma desolada.
¿Era una pluma al viento, desalada,
o leve espiga al céfiro sumisa?

Inasible, fugaz, sombra huidiza,
esquiva mariposa aprisionada
entre redes de sueño y luz dorada,
ola que entre las rocas se destriza.

A mi memoria ha retornado el leve
recuerdo inaccesible de su risa:
tallo agostado, lágrima de nieve

Es hoy mi corazón. Mas se divisa
a distancia un temblor que al alma mueve:
era como el pasaje de la brisa.

IV

¿Cómo la huida de la primavera?
¿Cómo la lumbre de fugaz favila?
¿Cómo el aroma que el jazmín destila?
¿Cómo el agua en el vaso prisionera?

Era la realidad de la Quimera,
un instante de luz en la pupila,
era un manso correr de agua tranquila
por la tierra sedienta de mi espera.

Sus manos alisaron los cabellos
del viento que azotaba la vidriera
y abrieron del amor los siete sellos.

Es todo cuanto sé. Mas ¿cómo era?
¿Un sol de medianoche, sin destellos...?
¿Como la huida de la primavera?

V

Tan leve, tan voluble, tan ligera
cual un fleco de niebla al aire puro,
cual voluta de humo al viento duro
o una alada semilla volandera.

Errátil como brisa marinera,
vaga su imagen cual recuerdo oscuro:
tan tenaz como sombra sobre el muro
y tan asible su presencia fuera.

Tan leve como un aura de verano,
tan voluble cual fronda de palmera,
y tan ligera cual fugaz vilano...

Fina y aérea su memoria fuera
«cual pluma sobre el dorso de la mano»:
tan leve, tan voluble, tan ligera.

VI

Cual estival vilano... ¡Sí! Imprecisa,
su forma en el espejo de la mente;
fugaz como la linfa de la fuente
y cristalino el eco de su risa.

¿Dónde la mano está?... ¿Dónde la brisa
ha desvelado al alba de repente?...
¿Dónde rescoldo al corazón ardiente
ha prestado su pálida ceniza?...

Favila, fuego fatuo, candileja
que, errátil, por las sombras se desliza;
pasión inútil tras vedada reja.

Su forma entre los dedos se atomiza,
y al aire se deshace en muda queja
cual estival vilano... ¡Sí! Imprecisa.

VII

Como sonrisa que se pierde en risa...
Como luna de espejo destrozada,
como el rubor del cielo en la alborada,
hora crepuscular y fronteriza.

La memoria sus formas idealiza:
la herida es testimonio de la espada;
el cristal de la nieve evaporada
el calor de su mano simboliza.

La pompa de jabón de su memoria
al tenue sol de la nostalgia irisa
toques de luz de fenecida gloria...

El recuerdo sus páginas revisa:
es leyenda trocándose en historia
como sonrisa que se pierde en risa...

VIII

Vana en el aire, igual que una bandera
¡flota ya su silueta en el vacío!
Sus ojos de avellana al cielo mío
¡luz le darán hasta que el cielo muera!

Una era de flores, una era
de amor plantó su amor; y el hielo frío
del desamor, del tedio y del hastío
frustró toda posible primavera.

Melancólicamente el alba asoma
y se puebla de lirios la frontera
del duermevela que la brisa aroma.

Levántase la niebla, y la madera
vuelve a surgir, endurecida poma,
¡vana en el aire, igual que una bandera!

IX

Bandera, sonreír, vilano, alada,
¡primavera de junio envuelta en hielo!
Intemporal minuto del anhelo,
¡parálisis letal de la cascada!

Una voz de nostalgia lacerada
inicia una canción de cruel desvelo
mientras el heno oro de su pelo
soles diseña sobre la almohada...

Mas ¿fué todo verdad o fué mentira?
¿Fué ayer, mañana o nunca? O fué la nada
trocada en dura realidad de ira?

Lo sabrás tú, ¡remota y olvidada
ceniza ya sin nombre entre la pira!
Bandera, sonreír, vilano, alada.

X

¡Primavera de junio, brisa pura!...
Aroma cabalgando por el viento,
viola asordinada de lamento,
¡luz destrozada en la vertiente oscura!

La nieve se deslíe de blancura,
el fuego muere de tan fuego lento,
la muerte en vida grita su portento,
y la columna mengua su estatura...

¿Todo es dormir, dormir, soñar acaso?...
¿Y dónde hallar el tacto de la dura
geometría de su cuerpo en el abrazo?...

Vagas palabras, símbolos, figura
de ficción —rosa en destrozado raso—
¡primavera de junio, brisa pura!

Jaime Tello
Avenida Urdaneta
Apartado 906
CARACAS (VENEZUELA)

DOS CUENTOS

POR

JORGE C. TRULOCK

La persiana pequeña

Tengo una persiana muy bonita en el pequeño cuarto de mi pequeña casa, que está casi en el campo, a las afueras de la ciudad, rodeada de vecinos por todos los lados menos por uno, que da al mediodía. Pero el cuarto de baño da a poniente —malo en el verano—, y para que no entre tanta luz y tanto sol, he puesto una persiana en la ventana. Bueno, la ha encargado mi marido. Es una persiana no muy grande, pero que, de todas formas, tendrá su tamaño. Ya lo creo. Para la barra de la cortina de la ducha hemos necesitado una barra de ciento siete centímetros...

Eres tonto, completamente idiota. Decías que la habías medido bien, y eso que yo te decía que a ver si no la habías medido bien. Todo por no hacerme caso. A mí ya me parecía que iba a ser pequeña, según el tamaño de la barra de la cortina del cuarto de baño. Pero, claro, como eres perfecto y nadie te puede dar un consejo, pues nada, que sí, que está bien, que fíjate la barra qué bien la he medido. Eres tonto, desde luego. A quién se le ocurre, nada más que a un tonto, medir la persiana por dentro. Así no tapa nada. Además, que por dentro..., ni por dentro, porque le falta cuatro dedos a cada lado y un palmo de largo; ni por dentro. Y eso es lo que me da rabia. Todo lo haces bien. Y eso es por no fijarte. ¡Qué la van a cambiar! Eso, una persiana de medidas tan extrañas no la cambian. Dirán que la dejes, a ver si la colocan a alguien; pero, como comprenderás, es imposible. Pero no me lo explico, se necesita ser idiota. Ahora hemos tirado sesenta y cinco pesetas. Y no es por las sesenta y cinco pesetas, que tampoco es mucho; es por la rabia que me da; aunque fuera un duro, es por tirar las cosas de esa manera tan tonta. Anda, que si llego yo a hacer esto, me hubieras puesto buena. Y tampoco se puede agrandar. De largo sí le echarán un remiendo, pero ¿cómo se lo van a echar de ancho? No, ni hablar. Dirán, y tienen razón, que eso no se puede hacer. Ya te digo; lo más, si son amables, que la dejemos, a ver qué pasa. Y si no fuera por la tontería que es, ¡a quién se le ocurre medir la persiana por dentro!

(El trayecto de autobús en que van los dos con la persiana mal medida dura un cuarto de hora hasta el final y cinco minutos hasta la mitad del camino. El segundo tramo es mucho más complicado de circulación que el primero.)

Sesenta y cinco pesetas sin vuelta. No hay remedio alguno para ese dinero. En la cruz de barro, regalo de Lupe, está el teléfono de Basilio, pero sólo para eventualidades. No es posible recuperar el dinero. En la tienda no la cambian, en la tienda no la arreglan. Hay que trabajar para recuperar ese dinero. Tampoco es solución. El dinero, ese dinero, está muerto, es irrecuperable. No se puede trabajar un poco más para hacerse con esas sesenta y cinco pesetas. Aunque fuera por un trabajo justo, un trabajillo de sesenta y cinco pesetas, con ese dinero, ni una peseta más, se podría comprar un kilo de carne, si no de la mejor, de carne al fin y al cabo. Se necesitaría hacer un trabajo tan especial que no fuera trabajo, que viniera porque sí, nunca de limosna, nunca el trabajo imprevisto. El único trabajo, si se pudiera hacer, que acaso se debería intentar, sería el de cambiar lo que ha pasado. Cambiando lo pasado quizá podríamos llegar a un acuerdo. El cambio consiste en: o que no se hubiera comprado la persiana, porque no hiciera falta, o lo que fuera, por ejemplo que esa ventana (¿maldita?) no estuviera orientada a poniente, o el cambio más fácil, que la ventana estuviera a la medida de la persiana.

Pero se acabó; ya no es tiempo de cambiar nada. Sólo se puede pensar en encontrar un trabajo de tal índole, que no supusiese el empleo del dinero conquistado por él una traición a la economía doméstica. Un trabajo tan imposible de realizar como no fuera en sueños; o al tiempo de afeitarse con la maquinilla, o al tiempo de comer, al abrir y cerrar la boca. Esto es, producir sesenta y cinco pesetas de donde se sabe que es imposible sacar.

El engaño no es bueno, y no se puede decir esta tarde he estado dos horas con fulano en un bar ganando dinero, cuando es mentira y ha ocurrido lo contrario, esto es, que ha estado copiando una cosa a máquina y le han pagado sesenta y cinco pesetas, aventurando, claro es, que fuera tan buen mecanógrafo que pudiera escribir tal número de páginas en dos horas como para que produzca ese trabajo sesenta y cinco pesetas.

La fatalidad, nadie más, ella sola, ha conseguido que la persiana, ¡la bonita persiana de la ventana del cuarto a poniente!, sea corta y sea estrecha. Si no, ¿quién podría negar que una cosa así no sería muy fácil de arreglar? Pero la realidad, que a nadie concierne, enemiga del que quiere vivir, se ha encargado de achicar estúpidamente una persiana verde, como todas, que podría haber hecho su avío; no

como ahora, que si se pone la luz y el sol, se colará por todos los lados que ella no tapa.

El jefe de la oficina podría inventar, por una corazonada, que de prontò a un empleado suyo le hacían falta sesenta y cinco pesetas de plus de persiana. Pero que le saliera a él de dentro; porque si tuviera que hacérselo ver el empleado supondría un trabajo, aunque pequeño, en pro de la restitución de la persiana, y ello no sería justo.

Inventar algo que ampliara o achicara persianas a voluntad sería una buena cosa para ganar dinero, sobre todo si el aparato no fuera muy costoso, pero nunca se debería usar para agrandar esta persiana.

Está claro, aquí tenemos el castigo. La posibilidad de reponer lo pasado. Aquí mismo el tiempo se nos convierte en enemigo imbatible. El trabajo no hay más remedio que hacerlo, no hay forma de cumplir un trabajo si no se dedica un tiempo a él de alguna manera.

Cuando llegue el invierno quizá todo haya pasado, todo se habrá olvidado, teniendo en cuenta además que en invierno el sol de poniente es agradable y templa un poco las casas; incluso es conveniente recoger las persianas.

Nicolás y el sueño

El niño Nicolás saltó muy alto cuando la luciérnaga aligeró su sueño definitivamente. La cama, la pequeña cama del niño, quedó abajo mucho más chica de lo que era. Nicolás, desde arriba, desde la altura del salto, vió entre todo el espacio lleno de aire inservible, por entre las grandes rendijas de las puertas del aire, la mancha blanca de las sábanas, casi calientes, del tamaño de una caja de cerillas. Pero Nicolás, después de haber rasgado los aires, después de haber visto la cama como una caja de cerillas grande, empezó a descender, a caer otra vez.

Cuando subía todo era gozo, por el despertar de la luciérnaga, por el salto, por el vuelo de su cuerpo. Cuando empezó a bajar, cuando se dió cuenta desde la temible altura de que la cama era tan pequeña, sintió miedo de no volver a ella, de caer al suelo, de espanzurrarse en él. Pero las cosas están bien pensadas; y Nicolás volvió al calorcito que todavía quedaba en la inmensa caja de cerillas en que él dormía.

La luciérnaga, al ver el salto tan grande, pensó que Nicolás ya estaba despierto, quizá también se asustó algo al ver volar al niño, y se marchó.

Desde arriba, Nicolás vió todo el mundo al revés, y abajo, en la cama, con el recuerdo de su aventura, se volvió a dormir.

Y vió:

Que su padre tenía calva en la cabeza, que él ya conocía, pero mucho más lustrosa de brillo y grande de tamaño de lo que él se imaginaba.

—¿Por qué tienes calva, papá?

—No sé, será por los años.

Nicolás estuvo entonces varios días preguntándose de qué les vendrían a las personas las calvas de las cabezas. A los niños, de las heridas, de las piedras en la cabeza, de los golpes de la cabeza, le contestaron. Las calvas de los mayores nadie sabe de qué vienen; sólo que con los días, con el paso de ellos, la falta de pelo va aumentando, pelo a pelo, día a día. Un pelo por día; un día por cada pelo. Muchos días, muchos pelos. Cuando a alguien le quedan pocos pelos, es que también le quedan pocos días. Por todo esto, cuando alguien tiene mucho pelo en la cabeza, se dice que tiene mucho pelo en la cabeza, y se alegran todos de que haya gente que todavía tenga mucho pelo en la cabeza, porque dicen que es bueno tener mucho pelo en la cabeza, pero en realidad es igual eso del pelo. Al final sólo sirve para tenerse que peinar muchas veces e ir siempre despeinado.

—Yo no quiero peinarme tanto, que luego cuando me ensucio me volvéis a peinar—dijo Nicolás con desconsuelo.

—Los niños buenos tienen que estar siempre algo peinados—dijo la madre del niño.

Nicolás pudo ver que la criada era como un pozo lleno de agua, las paredes, el traje; el agua, el cuerpo, cada vez más ancho, cada vez más denso, según el cuerpo se va hacia abajo, hasta terminar en una fuerte peana plomiza, como las de los soldados de mentira de plomo o de goma, con los que él jugaba a las batallas, no como los débiles militares de papel, los de mucha pintura, muchas medallas y poco duros para la guerra, con los que únicamente se pueden hacer vistosos desfiles.

—Tatachim, tatachim, tatachim, el tambor del generalín.

Nicolás, cuando hace un rato estuvo en la altura, en la nube del techo de la habitación, se bañó en el algodón húmedo de la blancura, y aquello sí que era baño agradable y no el que se veía allá abajo, y que todas las mañanas lo sufría por mandato de su madre. Desde la nube veía el blanco del baño, la espalda de la madre rompiendo un lateral de blancura de la bañera, con la cabeza colgando dentro de ella, como si fuera a ahogarse en el agua caliente del termo de la cocina, preparada para que Nicolás, el de las alturas, dejara

su diaria porquería de niño bastante chochino. En el agua también estaba su cuerpo blanco, un poco estropeado a la vista por el movimiento del agua, por el humeante vaho.

—Con el vaho en los cristales se pueden dibujar cosas bonitas y escribir si se sabe—dijo el niño.

—Sí, hijo, ya lo sé; todo el mundo lo sabe, pero ahora a bañarte. No me entretengas tanto.

Nicolás vió todo tan ridículo, bañándose él, que estaba en la altura, invisible desde el parapeto de la nube, que, ja, ja, ja, se rió muy fuerte, con riesgo de que le descubrieran su escondite.

—Niño, no seas tonto, no te rías de esa manera, que no te voy a querer nada. Vamos, este niño está dormido todavía.

Las baldosas del cuarto de baño, con sus colores azul, blanco, violeta, verde, es un arco iris grande, deformado por los pies, de tantas pisadas, de tanto que se lava la gente mayor, que nunca sabe qué hacer, nada más que estar todo el día lavándose, para después ensuciarse con mayor facilidad y volverse a bañar o a lavar rápidamente, para estar limpios y luego poder estar otra vez sucios, y también poderse lavar otra vez.

El agua que sale del cubo que medio tapa el cuerpo de la criada, del que desde arriba sólo se ven las espaldas y las corbas de las pantorrillas, limpia por un instante el colorido de las losas del suelo, la huella de las pisadas de los zapatos de goma para el agua del padre, que tiene un dibujo de líneas, redondeles en forma de calabacín cortado al través. La criada se estira ligera para llegar a los rincones difíciles, y entonces, a más de la espalda y las corbas, entra en la vista de Nicolás la parte de atrás de la falda de la mujer, el batón de la fregona.

—El batón ese es el que me pongo yo para parecerme a los moros.

A Nicolás, en lo alto, con tanta delicia de novedad, con el calorcito del arropo de la nube, se le van cerrando los ojos de nuevo, se le va durmiendo el sueño, y por los aires va sumergiéndose poco a poco hasta llegar al lecho del lago de las noches, a la cama del dormitar.

Nicolás ya se ha dormido, y lejanos los camiones, los coches, las motos, las bicicletas, las piernas de todos los que marchan por las carreteras y las calles del mundo. El niño ya nada ve de esto. Sus ojos se han cerrado, los ojos del sueño también están quietos, nada buscan. ¿Es por la mañana o es por la noche? ¿Hay luz o hay tinieblas?

—Lo de duérmete, niño hermoso, que viene el coco, ya no se lo decimos a Nicolás, porque es un niño mayor que sueña en cosas importantes y todo.

Al niño se le ha pasado la hora del despertar y ya no despertará hasta que llegue otra vez la luciérnaga, que llegará o no llegará. Lo hizo ya una vez y su trabajo cumplió. Ahora tendrá que venir o la criada o la madre con el desayuno, con la comida, con la merienda o con la cena.

—Niño, Nicolás, despierta, anda, que ya es tarde y se te va a juntar el desayuno con la comida.

El niño despertó y les contó a la madre y a la criada todo lo que había visto.

—Sí que ha sido bonito todo eso que has visto.

—Así, cualquiera duerme todo lo que hay que dormir.

Había visto a la luciérnaga.

—Las luciérnagas se componen de tres partes: cuerpo, extremidades y luz. La luz de las luciérnagas...—dijo la madre.

—Los extremos, para andar; el cuerpo, para que haya algo que llevar con los brazos y las patitas, y la luz, para mirar—dijo el niño.

La nube salió a relucir en el cuento del niño a las mujeres.

—Una nube como un piano de grande, como el piano de la abuela Francisca.

—¿El que tiene en la casa de la ciudad o en la del campo?

—El que está en el campo, el que no suena.

Las mujeres le trajeron el desayuno: el cordero asado con patatitas al horno, la compota de miel y nísperos, la leche de vaca endulzada con embriones de pinsapos. El mejor desayuno como premio al mejor sueño.

—Cómete todo, guapo. Aprisa, anda, no se te vaya a juntar con la comida.

Jorge C. Trulock
Hotel 363
Poblado Dirigido de Fuencarral
MADRID-20

RESPUESTA OBLIGADA A UNOS ARTICULOS SOBRE EL PROCESO INQUISITORIAL DE BALTANAS

POR

V. BELTRAN DE HEREDIA, O. P.

Van ya dos artículos largos, el primero de 28 páginas y el segundo de 20, que dedica el padre Huerga en esta Revista (núms. 120 y 138) a impugnar mis dos notas breves publicadas en *La ciencia tomista,* la primera de once páginas y la segunda de cinco, referentes a Baltanás. Por lo visto, le interesa el tema, no permitiendo que los demás opinen sobre él sin quedar sometidos a su férula. Lo menos que se nos puede conceder es que se nos oiga para responder a las acusaciones y parar los pies al fiscal en nombre de un mínimum de libertad de opinar en materias sometidas a las discusiones de los hombres.

El origen de la polémica lo ha expuesto H. en el segundo de sus artículos (pág. 254), y a ello tenemos que hacer un grave correctivo. Según él, fué un trabajo de Pedro Sainz Rodríguez «y unos articulillos míos». El trabajo de S. R., sí; los artículos de H., de ningún modo. Pues en aquella primera nota, aunque mencionaba un artículo de H., ni me ocupaba de él, ni le ponía el menor reparo. Espontáneamente vino, pues, a terciar en el debate, originándose de ahí la polémica, ya que S. R. no sé que haya escrito una palabra sobre mi refutación acerca de las causas del proceso de Baltanás. De no interponerse H., sin ser llamado por nadie, no hubiera existido, por tanto, esta polémica. Y conviene tenerlo presente, porque de esa deformación sobre el origen vienen después los equívocos, que embrollan la cuestión.

Sin ir más allá, en la nota enunciativa de sus mencionados «articulillos», que puedo asegurar yo nunca leí, incluye la comunicación presentada por él en el II Congreso de Espiritualidad, tenido en Salamanca, por octubre de 1956, «al que asistió B. de H.». No; asistí a parte del Congreso, no a todo, y desde luego no asistí al comunicado de H. Y conste que la ausencia no fué intencionada.

En cuanto al motivo de la polémica, hay entre ambos capital desacuerdo, y quizá esto ha venido a complicar las cosas. Mi primera nota era meramente expositiva de documentos, inéditos en su mayor parte, para completar lo poco que se sabía sobre la vida de Baltanás, en particular sobre el proceso. Y a propósito de ello, al hablar de sus causas específicas y adecuadas, refutaba por inaceptables las señaladas por Sainz Rodríguez, alegando dos razones, cada una de ellas sufi-

ciente de por sí, y ambas convergentes en el mismo resultado, para descartar el parecer de dicho escritor. Las causas fueron la conducta moral de Baltanás en puntos que interesaba corregir al Santo Oficio, según consta por lo que conocemos del proceso, no los escritos del procesado, como aseguraba S. R. Porque de ser así, no podría faltar su mención en el catálogo de 1559, lo cual no se da, a excepción de uno, el *Vita Christi,* que entró en él englobado con los trataditos de San Francisco de Borja por iniciativa de un librero. Y no procede hacer hincapié en ello desorbitando las cosas.

Después de exponer, a lo largo de seis páginas, cuanto contribuyera a afianzar esa tesis, y al margen de la misma, al final de la nota dedicaba diecisiete líneas a expresar mi parecer, «respetando otras apreciaciones», acerca del escaso valor doctrinal de los escritos de Baltanás.

Y en ese modo de pensar no era yo una excepción, «un solitario», puesto que años antes Eugenio Asensio, autor de prestigio reconocido en estas materias, había escrito hablando de Baltanás: «Su talento, nunca de altos quilates, maduró muy despacio. Nunca brilló por su agudeza de espíritu» *(El erasmismo y las corrientes espirituales afines,* en «Revista de filología española», 36, 1952, pág. 50, núm. 3). Y eso que el señor Asensio no manifiesta tener la menor noticia de la condición moral del autor, cuyos pecados atribuye a «santa simplicidad». Conociéndola yo desde hace muchos años, no podía entusiasmarme con sus obras, y al leer algunas de ellas no logré descubrir ni quilates ni agudeza de espíritu que sobrepasasen una relativa mediocridad entre tantos libros en romance de alto valor que circulaban ya por Castilla sobre doctrina de perfección.

Las diecisiete líneas mencionadas en que exponía mi sentir sobre los escritos de Baltanás están, pues, al margen de la discusión y nada tienen que ver como antecedente ni consiguiente con mi tesis sobre los motivos del proceso, que es lo que interesaba puntualizar. Cualquier lector desapasionado puede comprobarlo con un simple vistazo a aquellas páginas. Y tanto es así, que en la nota de respuesta al primer artículo de H., insistiendo sobre ello, escribía yo: «Se trata de precisar el motivo del proceso y fundamento de la sentencia inquisitorial. Este es (para mí) el punto crucial de la discusión.»

Más aún. En la respuesta al primer artículo de H., habiendo él dedicado diez páginas a enaltecer los valores de las obras de Baltanás, yo me limité a hacer una simple mención de las mismas, señalando el desdoro recaído sobre ellas por un proceso que sancionó con sentencia de reclusión perpetua las debilidades morales del autor, fruto de un complejo morboso, reconocido también por Bataillon, que se acen-

tuó en él durante los últimos años. Ese desdoro lo atestigua H. en repetidas ocasiones, y así no hay por qué insistir sobre ello.

Dados estos antecedentes, no salgo de mi asombro al ver en el segundo artículo de H. un enunciado que dice *El salto en el vacío,* al que sigue el comentario: «No, para mí no es cuestión batallona la de las causas que determinaron el procesamiento inquisitorial de Baltanás. Lo que me importaba era ver, desde un ángulo sereno, cómo B. de H. daba el salto en el vacío: Baltanás fué procesado por faltas morales; luego a sus libros les falta calidad. Ahí está el salto en el vacío. Ahí está el fallo de la lógica» (pág. 260).

El parasilogismo lo fabrica íntegramente H., queriendo relacionar y uncir en un apretado silogismo lo que yo digo en la primera nota acerca del proceso y de sus causas, con las diecisiete líneas finales dedicadas a manifestar mi escasa estima personal, «respetando otros pareceres», de las obras de Baltanás. ¿Quién es en este caso el que da el salto en el vacío?

A falta de mejores razones para hacer una impugnación de frente, en su primer artículo tendía H. ante los ojos del lector una cortina de humo y, a pretexto de buscar «las raíces» de mi desafecto a Baltanás y sus obras, que están tan a la vista de todos, señalaba dos puntos, traídos por los cabellos, a que respondí breve pero suficientemente en la nota anterior. Aquella respuesta no le satisface a H., y habrá que insistir sobre ello para ponerlo más claro.

El Colón de la patria de Vitoria. Así titula H. la primera de sus divagaciones, que en la nota anterior califiqué, junto con la segunda, de «impertinentes, inadecuadas y, para colmo, faltas de fundamento». Se trata en este caso de valorar el testimonio aducido por mí de Antonio de Logroño, que decidía en favor de Burgos el pleito referente a la patria de Vitoria. Según H., ese testimonio no aporta sustancialmente nada nuevo para fallar aquella causa, pues estaba ya resuelta. Y enumera en pro de ello la bibliografía que hay sobre el particular. Pero falta en la enumeración una pieza que obra en mi poder y que no mencioné en la primera respuesta ni lo haría ahora, sino ante esa recalcitrancia. De su alcance juzgará el lector.

En 1953, después de dar a conocer el testimonio aludido, recibí un oficio en forma, de la Comisión Permanente del Ayuntamiento de Burgos, con carta particular del alcalde presidente, transmitiéndome su reconocimiento «por haber logrado, tras pacientes y eruditos trabajos, el documento que asienta firmemente la tesis del nacimiento en Burgos del fundador del Derecho internacional».

Supongo que H. no pretenderá disputar interés y competencia a la Comisión sobre este particular.

El segundo «excursus» para dar con «las raíces» de mi desestima de Baltanás lo titula H. en este segundo artículo, *El castillo irreductible*. La argumentación es reveladora. «Baltanás es un militante de las tendencias espirituales cercenadas por Cano y patrocinadas por Carranza —escribía H. en su primer artículo—. Una revalorización de Baltanás afecta, de rechazo o de frente, a despertar simpatía por el desgraciado arzobispo y puede contribuir a oscurecer la gloria contrarreformista de Cano» (pág. 130). Y en el segundo artículo: «Los carrancistas son vistos por B. de H.... a través del prisma de *las reincorporaciones* a la línea o corriente de espiritualidad que paladinea Cano. Pero a Baltanás no se le puede hacer pasar por el aro de las *reincorporaciones*» (pág. 258).

Según eso, la espiritualidad de Baltanás es afín a la de Carranza e incompatible con las tendencias de Cano. Por consiguiente, no puede ser santo de mi devoción, y así se explica también mi desestima de sus escritos.

A lo cual cabe responder: siendo afines Baltanás y Carranza en materia de espiritualidad y simultáneos sus procesos inquisitoriales, resulta muy extraño que, mientras el Catecismo del arzobispo va a parar al Indice y se recogen sus papeles para formular las acusaciones, los libros del religioso andaluz se dejen circular libremente, y ni en la lista de cargos, que se conserva, ni en la sentencia aparezca la menor alusión a esas afinidades doctrinales. Por tanto, existen razones para dudar de semejantes afinidades. Y no habiendo sido molestado Baltanás por su doctrina, tampoco puede hablarse de su «irreductibilidad» ni de mi prevención contra él por un motivo que sólo tiene realidad en la mente de H. Revise, pues, éste su escrutinio sobre las tan ponderadas «raíces» a ver si da con otra versión más auténtica.

Y a propósito de las relaciones entre Cano y Carranza, es sintomático que a estas alturas se siga repitiendo la candidez de convertir la recia personalidad del teólogo salmantino en cabeza de turco de las ambiciones del inquisidor general Valdés.

Se podrían analizar todavía otros puntos en los dos artículos de H. para medir el valor de sus argumentos. Verbigracia, las cinco razones que alega él, después de haber desechado por infundada mi explicación, para probar que los libros de Baltanás tuvieron también su influencia en el proceso. Esas cinco razones, si exceptuamos la primera, fundada en un equívoco, consisten en enumerar las consecuencias derivadas de la condenación y castigo del religioso para su producción literaria. O sea, lo que fué *consecuencia* del proceso se quiere presentar ahora como *causa* del mismo. Así argumenta quien repite media

docena de veces haber encontrado falacias y sofismas en mis razonamientos.

No quiero abusar más de la paciencia del lector con estas triquiñuelas personales, puesto que todos tenemos ocupaciones de mayor enjundia en que entender.

Estoy seguro de que mi contrincante ha de replicar a esta nota, pues habiéndose introducido sin cita en el litigio, no va a permitir que otro quede dueño del campo. Además, tiene empeñada su palabra de rebatir cuanto escriba yo relacionado con el tema. Puede hacerlo si le place, pero que sea equipado con mejores armas para que la polémica no resulte tan estéril como hasta ahora.

Me quedan todavía en cartera varios documentos inéditos sobre el infeliz Baltanás, que a su tiempo, cuando se ofrezca oportunidad, irán saliendo a luz.

V. Beltrán de Heredia, O. P.
Convento de San Esteban
SALAMANCA



LO ESPAÑOL EN EL MUNDO

EL ESTUDIO DE LA LITERATURA EN ESPAÑOL EN LA UNIVERSIDAD NORTEAMERICANA

POR

CARLOS ORLANDO NALLIM

La enseñanza del español en la escuela secundaria

Casi siempre el aprendizaje del español en el plano universitario tiene como base un interés particular del alumno en continuar perfeccionando la lengua cuyos rudimentos conoció en la escuela secundaria. A veces, el interés es de las mismas Universidades, que desean aprovechar los conocimientos que traen los alumnos desde la secundaria y acrecentarlos. El muchacho profano en materia de lenguas extranjeras se deja guiar, en su elección, por los más dispares intereses; de allí que sea de gran importancia conducirlo hacia el estudio de una u otra lengua desde la más temprana juventud.

El niño de los países de habla española tiene su primer contacto con el inglés a través del cine. Muy a menudo empieza con los dibujos animados o con las cintas del *far-west*. Hoy el cine de televisión, aunque «doblado» al español, siempre conserva ambientes y nombres que tienen algo del escenario propio de la lengua inglesa y que se introduce en el mismo hogar. Súmese la enorme cantidad de novelistas fáciles con sus siempre renovadas historias de *cowboys*, bandidos, etc., que llegan a las manos del niño y adolescente y estaremos ante un rico centro de interés que lleva al muchacho hacia el inglés.

A su vez, las figuras del mejicano —charro, indio, campesino— del mestizo sudamericano, del caribe mestizo o mulato, del gaucho, del español torero o aldeano rústico aún resultan exóticas a los ojos del pueblo estadounidense y mucho más a los de sus niños. Las compañías de turismo en su propaganda no dudan en acrecentar el exotismo de estos personajes, en un afán comercial de segunda eficacia no pensada, pero no por ello menos importante, como es la de informar —aunque muchas veces se haga defectuosamente— sobre un mundo de gentes, costumbres y usos distintos e —en este caso interesa— hispanoparlante.

Este interés que se desprende de lo exótico es reemplazado poco a poco por algo más positivo: el saberse vecinos de América Latina, donde prima la lengua española. Cada día se ve más claro en los

Estados Unidos la importancia que en el concierto internacional va adquiriendo Iberoamérica y las previsibles e imprevistas posibilidades referidas a su patrimonio cultural y económico.

Todos estos factores se suman para crear un clima de interés por el estudio del español, que si se inicia en la escuela secundaria no se rige por planes únicos generalizados; la escuela y los consejos escolares de distrito tienen amplia libertad al respecto.

Hoy se da mucha importancia en los Estados Unidos al aprendizaje de un segundo idioma y las personas más autorizadas en el campo de la educación insisten en su necesidad. Una de esas voces es la de James B. Conant (1), quien, en una de sus recomendaciones para mejorar la educación pública secundaria, afirma:

> «The school board should be ready to offer a third and fourth year of a foreign language, no matter how few students enroll. The guidance officers should urge the completion of a four-year sequence of *one* foreign language if the student demonstrates ability in handling foreign languages. On the other hand, students who have real difficulty handling the first year of a language should be advised against continuing with the subject. The main purpose of studying a foreign language is to obtain something approaching a mastery of that language. And by a mastery is surely meant the ability to read the literature published in the language and, in the case of a modern language, to converse with considerable fluency and accuracy with an inhabitant of the country in question.»
>
> («El Consejo Escolar deberá estar libre para ofrecer un tercer y un cuarto año de una lengua extranjera, sin preocuparse de si se inscriben pocos alumnos. Los responsables de la orientación deberán urgir la terminación de un ciclo de cuatro años de *una* lengua extranjera si el alumno demuestra capacidad en el manejo de las lenguas extranjeras. Por otra parte, los estudiantes que tienen poca habilidad durante el primer año en que cursan una lengua deberán ser advertidos para que no continúen. El objeto principal del estudio de una lengua extranjera es obtener algún

(1) El Dr. JAMES BRYANT CONANT ha sido presidente de la Universidad de Harvard entre 1933 y 1953; miembro del Consejo Asesor de la Comisión de Energía Atómica (1947-52) y alto comisionado de los Estados Unidos en Alemania (1953) y luego embajador en este mismo país. Sus estudios sobre los problemas de la escuela secundaria norteamericana los ha hecho con el auspicio de la Carnegie Corporation a través del Educational Testing Service of Princeton.

dominio de esa lengua. Y por dominio se quiere significar la posibilidad de leer la literatura publicada en la lengua, y en el caso de una lengua moderna, conversar con bastante facilidad y precisión con un habitante del país en cuestión») (2).

Esta recomendación se adecua plenamente a las necesidades que sienten los Estados Unidos de dotar a su actual juventud de una herramienta de suma utilidad para su mejor desempeño cuando mañana deba actuar con responsable ciudadanía. A pesar de que el inglés es la lengua mundialmente más extendida, no olvidan que la gran mayoría de la población mundial habla otras lenguas, y que para estar acorde con la magnitud de la responsabilidad que cabe al país del Norte en la actuación internacional todo esfuerzo en pro de la enseñanza de lenguas extranjeras, en las escuelas secundarias y universidades, será beneficioso.

Esta inquietud viene respaldada por el afán de no limitar la enseñanza de una lengua a pocas palabras muy útiles para el turista o viajero deseoso de andar más cómodamente con cierta especie de guía bilingüe que reduce sus objetivos a los saludos, a la conversación de restaurante, a las palabras de rigor de la estación ferroviaria y aeropuerto. Pretende una enseñanza continuada a través de varios años, porque desea que el estudiante logre cierta destreza o dominio de la lengua extranjera que estudia. Por eso la tendencia actual es ofrecer programas de no menos de cuatro años y no dos, como por lo general venía haciéndose. Cuatro años de francés o español significan toda una garantía para el aprendizaje de esas lenguas. Si a este hecho se une la ventaja que los *Colleges* y Universidades pueden aprovechar si ofrecen al alumno la posibilidad de continuar perfeccionándose en el manejo de esa misma lengua o en aprovechar la habilidad del alumno para hacerle interesarse en una segunda lengua extranjera, veremos que el ciclo secundario puede continuarse sin obstáculos en el superior en beneficio del dominio lingüístico que se pretende.

Ese mayor dominio o pretendida maestría significará leer y entender lo que se escribe en un idioma extranjero determinado y poder conversar en él más o menos corrientemente. Lo importante está en que tras la posibilidad de la lectura inteligente y la conversación fácil se sitúa todo un mundo nuevo: la cultura que esa lengua representa; y como el mejor exponente de esa cultura la lengua misma, vehículo y objetivo al mismo tiempo.

---

(2) JAMES B. CONANT: *The American High School Today,* Mc Graw-Hill. New York, 1959.

Por otra parte, es sabido —allí y aquí— que el hablar bien una lengua extranjera significa siempre hablar y conocer bien la materna. Cuanto mayor afán exista en desentrañar los idiotismos y secretos de la lengua que se aprende, mayores —por no decir constantes— son las ocasiones que se presentan de compararlos con los de la propia, es decir, de perfeccionar el manejo de esta última. Más aún, el alumno al que le es fácil aprender una lengua extranjera, casi siempre repite el intento con una u otra más. Los poliglotos nacen a partir de este momento.

Tampoco es un secreto que al niño o al joven le es mucho más sencillo que al adulto iniciarse en el aprendizaje de la lengua extranjera. El estudiante que al ingresar en la Universidad posee una o dos lenguas extrañas a la suya propia se desempeña con muchísima más agilidad, cualquiera sea la carrera que curse. Es innegable que sus esfuerzos en poseer esa o esas lenguas han sido menores que los que deben realizar sus compañeros ya en las aulas universitarias si tratan de emularlo.

Es muy interesante ver, aunque no sea más que brevemente, cómo el español ha llegado a ser la lengua extranjera que tiene más estudiantes en los Estados Unidos y la que, al parecer, despierta mayor interés en la juventud escolar. La enseñanza del español —introducida en el noroeste por razones comerciales— se remonta a 1776, cuando Franklin la incluye en la Philadelphia Academy, luego Universidad de Pennsylvania.

Es notable la relación que existe entre la popularidad en la enseñanza de una lengua moderna extranjera y la significación especial que adquiere el país que la tiene como lengua materna. En nuestro caso, desde la época de la independencia de los Estados Unidos, el francés fué la más popular. Pero cuando a mediados del siglo pasado surge Alemania como nación organizada y de primerísima importancia en la investigación científica, el estudio del alemán adquiere gran auge. Auge que disminuye sensiblemente con la primera guerra mundial. Tanto fué el fastidio, que las leyes no sólo prohibieron la enseñanza del alemán, sino que tenían un acento marcadamente xenófobo. Treinta y dos Estados aprobaron leyes hostiles a la enseñanza de las lenguas extranjeras. En 1923, la Corte Suprema revocó esta legislación, pero en su ánimo el país siguió hostil a este tipo de enseñanza o, por lo menos, no le dió importancia. Las teorías educacionales y los planes de estudio relegaban esta instrucción a un segundo lugar. Esta situación se prolongó por casi dos décadas.

El comienzo de la *Política de Buena Vecindad (Good Neighbord Policy)*, debida a Franklin D. Roosevelt, su desarrollo posterior y la derrota de Francia en 1940, son los hechos que marcan la primacía del

castellano. El italiano (3), impartido con mucho éxito entre 1924 y 1936, también sufrió un duro colapso con la segunda guerra mundial.

En la escuela secundaria se han observado los siguientes guarismos:

Año	Total de alumnos inscritos	PORCENTAJE INSCRITO EN		
		Francés	Alemán	Español
1915	1.328.984	8,8	24,4	2,7
1934	5.620.625	10,9	2,4	6,2
1949	5.394.452	4,7	0,8	8,2
1955	6.582.300	5,6	0,8	7,3

Este cuadro muestra en números muy elocuentes el progreso del español entre las lenguas modernas que se estudian, a la vez que el creciente interés por el aprendizaje de una lengua moderna extranjera (4).

En los últimos años—posteriores a 1955—el índice de alumnos de castellano ha seguido en ascenso. Es curioso observar cómo nuestra lengua ha sobrepasado el número de adherentes al francés. El francés, además de ser una lengua portadora de una cultura de enorme peso en Occidente universalmente reconocido, tiene el atractivo, para quien habla inglés, de ser el antecedente inmediato, por no decir la generosa matriz, de la misma lengua inglesa en lo mucho que ésta tiene de romance.

Así y todo el castellano ha podido más y ha logrado imponerse. En esta imposición no debe buscarse como decisivo el hecho de la existencia de gran número de habitantes de origen mejicano o puertorriqueño. Por el contrario, este elemento, aunque real, es, a veces, hasta negativo. En estos casos el interés inmediato es asimilarlos al inglés. Así, en estos momentos se acrecientan los esfuerzos por parte de los organismos responsables para enseñar el inglés y el sistema de vida estadounidense en el afán de asimilar a estas minorías a la nación.

El problema que crean estas minorías *spanish-speaking* es arduo. Mediante un enorme esfuerzo educacional se trata de darle solución. Personalmente hemos presenciado la realización de este esfuerzo tanto

---

(3) Conviene recordar la numerosa colonia italiana asentada en los Estados Unidos, sobre todo en las ciudades que dan origen a las grandes urbes, a las *little Italy*, como sucede en Nueva York y San Francisco.

(4) Cfr. EMMA M. BIRKMAIER: *Modern Languages*, en «Encyclopedia of Educational Research» (Project of The American Educational Research Association), The Macmillan Company. New York, 1960. El cuadro comparativo ha sido copiado de este artículo.

en el Sur, con la población de origen mejicano, como en el Norte, con la de origen puertorriqueño. La asimilación de estos grupos encuentra obstáculos que rebasan el hecho lingüístico. El obstáculo mayor no hay que buscarlo en la diferencia de lenguas, sino en la pobreza, en el sistema de vida, en la ignorancia, en la falta de aptitudes de afinidad, etcétera. En los Estados Unidos hay aproximadamente 3.500.000 personas de origen mejicano, de las cuales se calcula que 1.500.000 son niños y jóvenes. Texas y California reciben en sus escuelas al 80 por 100 de esta población escolar. Niños o jóvenes que aprenden el inglés en la escuela y el español en su casa, y que a veces son impacto de dificultades dolorosas, como son la segregación y la delincuencia juvenil.

En el Norte ocurre algo similar con el puertorriqueño. El solo hecho de que las escuelas de la ciudad de Nueva York incluyan entre 40.000 y 50.000 niños de ese origen —que significa el 80 por 100 del total de los residentes —dice de la magnitud del problema. Aquí, en la gran ciudad, la delincuencia juvenil tiene campo propicio y *mutatis mutandis* se relaciona con la existencia de los *pachucos* (5), que desde Texas a California originan problemas sociales de magnitud (6).

Personalmente hemos podido observar los problemas que crean las minorías mejicana y puertorriqueña y los esfuerzos que en el campo de la educación se hacen para asimilarlos. No podemos olvidar la sorpresa de los niños, en una escuela primaria de Texas, cuando les interrogamos en castellano. Hasta se les hacía difícil creer que podían contestarnos en la lengua que sólo escuchaban en su casa o en la *Colonia,* pero muy pocas veces en las lecciones y visitas escolares que por lo general reciben en inglés (7). La misma sorpresa notamos en los rostros de los jóvenes puertorriqueños que asisten a escuelas secundarias neoyorquinas deseosos de aprender inglés e instruirse para poder incluirse mejor en la sociedad que los acoge (8).

---

(5) «Pachucos» o «'chucs», se designa así a los jóvenes pandilleros descendientes de mejicanos. Aunque no a todos se les puede llamar antisociales, casi todos tienen problemas con los núcleos sociales en los que les toca vivir. Tienen un sistema especial de vida y hasta una lengua particular, mezcla de español, inglés y argot, que denominan «pachucana».

(6) Cfr. John H. Burma: *Spanish-Speaking Children,* en «The Nation's Children». Vol. 3, publicado para la Golden Anniversary White House Conference on Children and Youth, Columbia University Press. New York, 1960. *Spanish-Speaking Groups in the United States,* Duke University Press. Durham, 1954.

(7) Cuando se trata de niños que desconocen totalmente el inglés se les distribuye en aulas con maestros bilingües, para hacerles menos duro el proceso de adaptación.

(8) Por no convenir al objeto de este trabajo no nos extendemos aquí sobre el problema social originado por las minorías mejicana y puertorriqueña. Remitiremos, simplemente, a la extensa bibliografía —inclusive periodística— que existe al respecto. Pero queremos subrayar su importancia y la consecuente derivación en el campo lingüístico y literario. Los estudios de John H. Burma citados son útiles en tanto que enfoque sociológico-educacional del problema que nos ocupa.

Por tanto, la imposición del español en los años recientes como lengua extranjera más estudiada debe atribuirse a la iniciación de la *Política de Buena Vecindad,* que —repetimos— rebasa los límites del gobierno de Franklin D. Roosevelt para continuarse a partir de él hasta el presente —aunque no hayan faltado dudas y vacilaciones— con firmes proyecciones hacia el futuro. Poco a poco los gobernantes se han ido dando cuenta de que es imposible fundar la buena vecindad en protocolarias declaraciones de amistad y comprensión o en intercambios de embajadores especiales y notas amables.

Al respecto, y por venir de un distinguido profesor norteamericano de literatura iberoamericana, cito las siguientes palabras, que señalan sin ambages el camino seguro de la comprensión:

> «El intercambio comercial entre las Américas es importantísimo, desde luego, pero no basta para formar el fundamento del panamericanismo del porvenir. Tengamos siempre presente que las amistades firmes y perdurables no se traban únicamente en el mercado, y recordemos que la compraventa no alcanza por sí sola a hacer buenos vecinos. Tampoco podemos dejar el mejoramiento del panamericanismo enteramente en manos de los gobiernos, pues para salir bien tiene que convertirse en la meta de nuestras compañías industriales, de nuestras instituciones de enseñanza, de nuestras empresas de comunicaciones, etc., en fin, en el objeto de todos los ciudadanos de nuestros países» (9).

El Dr. Mead, profundo conocedor de los problemas iberoamericanos, sobre todo activo propulsor de una mayor comprensión por parte de los Estados Unidos hacia sus vecinos del Sur, apunta certeramente cuando habla del panamericanismo. Olvida declaraciones más o menos líricas, más o menos amistosas, para concretarse en razones actualmente valederas. Por eso, cuando propone, refiriéndose a estadounidenses y latinoamericanos, que *ambos debemos llegar a hablar nuestros idiomas y conocer nuestros problemas, a comprender nuestros prejuicios y excentricidades, a leer nuestros libros y a escuchar nuestras músicas, a viajar en nuestros países y a entender los valores distintos que tenemos en la vida,* no hace sino reafirmar una necesidad de urgente realización.

En esa inteligencia, la nación del Norte ha empezado a mirar con interés creciente a sus vecinos del Sur. No hace falta pensar mucho para darse cuenta de que el valor actual y futuro de la América al Sur del Río Bravo es tal que todo tipo de política o planeamiento de orden

(9) Roberto G. Mead (jr.): *Temas Hispanoamericanos,* Ed. De Andrea. México, 1959.

continental o nacional estadounidense llevan implícitos la convivencia en armonía con los intereses y costumbres de esa América. *Hablar nuestros idiomas* es uno de los imperativos. El aumento de los interesados en el aprendizaje y enseñanza del castellano está en estrecha relación con esta política de *buena vecindad* que va siendo comprendida por el pueblo norteamericano. Poco a poco se van desterrando los exotismos del Sur para ser reemplazados por la realidad continental. Creemos que esta mayor comprensión es un factor fundamental en la base del avance del castellano en las instituciones de enseñanza norteamericana.

El interés por la cultura latinoamericana

Lo que en un tiempo fué curiosidad por fenómenos culturales inusitados más o menos pintorescos va dejando paso a un afán serio de inteligir los hechos de orden cultural que se dan en Iberoamérica. Por de pronto va perdiendo peso —aunque aún mucho resta por hacer— el concepto tan generalizado de ver en Latinoamérica un bloque o zona determinada geográficamente por el calor tropical, políticamente por los dictadores o pseudodemocracias que responden a cortes pretorianas, étnicamente por abundantes mestizos, mulatos, indios y negros, y culturalmente signados a medias por lo español, que, entre otras cosas, se manifiesta por una lengua heredada, pero corrupta.

Cuando el estudiante norteamericano empieza a interesarse seriamente, vislumbra que esta visión simplista y errónea cubre todo un mundo cultural que no vive enfermo y decadente, sino que tiene tal vitalidad que debe juzgársele ponderable, actual, vigente.

Cuando ese estudiante universitario o, simplemente, el ciudadano inteligente o curioso, se da cuenta de que tras el exotismo aparente de Iberoamérica hay una realidad no dada por anuncios periodísticos sobre revoluciones y amotinamientos, ni por tentadoras estampas tropicales sombreadas por elegantes palmeras, ni por ritmos de *cha-cha-cha,* comienza a interesarse aún más por ese *nuevo mundo* que se descubre a sus ojos.

Este interés consciente y serio ha dado por resultado nuevos cursos en las Universidades, nuevas facilidades por parte del gobierno y fundaciones privadas que allanan el camino a quienes quieren conocer la cultura de los vecinos sureños. El número de investigadores y de gente interesada que viaja a Iberoamérica se acrecienta día a día. En los textos para la enseñanza del español empiezan a usarse con asiduidad tópicos y rasgos reveladores de la cultura iberoaméricana.

A medida que se va venciendo en el consenso popular el prejuicio de una América latina fácil de resumir en sencillos esquemas, en el orden universitario se va dejando atrás la primera etapa —insuficiente, pero necesaria— de colección de datos, enorme cantidad de datos, para adentrarse en el meollo —quizá sea mejor decir espíritu— de su cultura. Ya se está trabajando en esta etapa.

Nos sorprendió agradablemente ver cómo, por ejemplo, en la Universidad de Stanford (Palo Alto, California), en su Escuela de Humanidades y Ciencias, funciona una sección con el nombre de «Hispanic American Studies», que tiene por objeto el estudio de España, Portugal e Iberoamérica, más como una cultura que como una zona geográfica. Aquí se exige a los alumnos que utilicen el español y portugués. Quizá sea preferible usar sus palabras textuales para saber el porqué de estos estudios:

> «Every program must have a focus, depending on the idiosyncracies of the civilization studied and on the peculiar interests which have developed at any given institution. The predominant obsession of the Hispanic world today is politics —not the abstract variety which flourishes in more metaphysical lands, but a peculiarly personalist brand, involving a day-to-day struggle in which revolution and unrest are often accompanied in a paradoxical way by economic and social growth.»
>
> («Todo programa debe tener un núcleo dependiente de las idiosincracias de la civilización estudiada y de los particulares intereses que se han desarrollado en una institución dada. La obsesión predominante del mundo hispánico de hoy es la política, no la variedad abstracta que florece en tierras más metafísicas, sino una calidad particularmente personalista, que implica una lucha diaria en la que la revolución y el desasosiego a menudo están acompañados de un modo paradójico por el desarrollo económico y social.»)

En este programa o plan de estudios el núcleo está dado por los problemas de orden político, social y económico. Para su mejor conocimiento e inteligencia se insiste en el estudio del español y portugués, de la historia, civilización, filosofía, geografía y literatura, en síntesis todo aquello que encierra una cultura. El hecho de que una Universidad, como en el caso de la de Stanford, haya puesto en marcha toda una carrera con sus tres grados —*Bachelor of Arts, Master of Arts* y *Doctor in Philosophy*— dedicada a Iberoamérica, es índice inequívoco de ese interés. El interés por esta parte del continente crece y —debemos

subrayarlo— crece en una aspiración de entenderlo en su totalidad. Como en la Universidad de Stanford, en muchas otras casas de estudios la inclinación manifiesta por el Sur sigue creciendo. No se limita al banquero o al inversor, sino que se ha ampliado —y sigue ampliándose aceleradamente— para abarcar campos del orden cultural de insospechados alcances.

Es innegable que Iberoamérica está presente en la Universidad Norteamericana. Esta presencia proviene de un interés que se ha generalizado y que beneficia directamente el mejor estudio del mundo iberoamericano, sobre todo en su dimensión cultural.

Interés social y económico por Iberoamérica

Uno de los factores básicos del interés norteamericano por Iberoamérica estuvo y está dado por las relaciones de orden económico. Habitamos en una enorme zona productora de materias primas y, a la vez, mercado consumidor de primer orden de manufacturas.

Los intereses económicos y financieros de los Estados Unidos en Iberoamérica son superiores a cualesquiera otros en zona extranjera alguna. Las cuantiosas sumas invertidas y el constante acrecentamiento de sus capitales dicen claramente del atractivo que despierta el Sur en el capital norteño. Para ningún país iberoamericano son desconocidos ciertos nombres o siglas que designan a poderosísimas empresas de capitales norteamericanos dedicadas a la explotación, producción, importación o exportación de los renglones más dispares.

Son esas mismas compañías las que para perfeccionar sus métodos de explotación y producción han debido interesarse por tener personal idóneo. Idoneidad que en un principio pudo reducirse a la labor específica y su relación con las ganancias; pero que, con el transcurrir de los años, se ha venido complicando. Esas empresas que muchas veces mueven un mundo deben atender —cuidadosamente— las relaciones con su personal proveniente de los países donde asientan sus actividades, lo mismo las existentes entre el personal nativo norteamericano y el nativo iberoamericano. La experiencia dice que esas relaciones se cuidan mejor con amigable comprensión y legalidad, sin componendas con gobiernos o caudillos arbitrarios. De ahí la necesidad en que se han visto de acercarse al pueblo iberoamericano, interesarse por sus costumbres, sus usos, sus sistemas, y actuar en consecuencia.

Un departamento de relaciones de cualquiera de estas empresas no puede actuar a tientas. Debe estar informado. Informado, en este caso, también quiere decir experto y conocedor del elemento humano con

el que le toca tratar. Este afán de mejorar las relaciones con el personal nativo ha incrementado la necesidad de personal norteamericano conocedor de aspectos de Iberoamérica que atañen directamente a la cultura. Más de una vez, durante mi estancia en calidad de profesor visitante, fuí abordado por jóvenes universitarios para que los asesorara sobre ciertos aspectos de nuestra cultura, pues el conocerlos les sería útil para sus planes de ingresar en tal o cual compañía con intereses en el Sur, donde deberían desempeñar su trabajo.

Debo afirmar que el interés de estos alumnos era genuino. Entendían perfectamente que harían mejor su trabajo sabiendo más. El hecho de que dirigieran su mirada a países *undeveloped*—palabra no simpática ni aun en su versión castellana de «subdesarrollados» para quienes padecemos su carga conceptual— no les era óbice para insistir en su intento. Estos universitarios empiezan a entender que hay toda una cultura que atender si se quiere mejorar el trato diario con el mundo iberoamericano, asiento de su pensado trabajo.

Es evidente que si un interés de tipo económico trae aparejado otro de tipo cultural no hay por qué desecharlo. En el fondo es un logro más duradero que el primero. No está sujeto a las transformaciones rápidas del orden comercial o económico y significa un paso más en la comprensión americana. Las empresas cuando deben seleccionar el personal que entenderá en sus negocios establecidos en Iberoamérica lo prefieren especialmente instruído: conocimiento de la lengua nativa y de los usos y costumbres del país o países donde deberán radicarse.

El acercamiento originado por estas relaciones de orden económico convertido, como ha sucedido, en la enorme empresa que exige producción alta y constante, no arriesga la inversión o aumento de capitales sin tener ciertas seguridades. Entre ellas unas, no por fácilmente visibles poco importantes, como las referidas al orden social. Para un norteamericano, acostumbrado a vivir en su país en medio de una numerosísima clase media, en donde el operario está bien remunerado y posee una casa a la cual no le faltan comodidades mínimas, que para una enorme masa de operarios iberoamericanos serían lisa y llamamente un lujo, el descubrir los medios de vida y el nivel que alcanzan sus vecinos no puede menos de ser una sorpresa.

Si, complejos son los resultados del orden social que distinguen a Iberoamérica, no lo son menos sus causas. Salta a la vista el problema étnico. El «problema» iberoamericano no puede desgajarse del problema étnico. El indio y el mestizo primero, el negro y el mulato después, configuran una problemática viva que trasciende todos los órdenes de la vida y el pensamiento. Ni siquiera la Argentina, Chile y Uruguay

—los países «europeos»— escapan enteramente del problema del indio y del mestizo.

La gran empresa al interesarse por cuidar de su capital, debe cuidar también estos aspectos de orden social tan entrañablemente unidos a los económicos. No se crea, sin embargo, que el interés por lo social iberoamericano tiene una única raíz en el interés económico. Esto sería demasiado egoísta y produciría una consideración incompleta y en el fondo falaz. Si se quiere vivir en paz con los vecinos, si es sincero el sentimiento de panamericanismo, deberá existir un mutuo deseo de comprensión. Aquí el cuadro étnico latinoamericano de vivos colores que se aparece ante los ojos del norteño desempeña un papel de primer orden.

La inteligencia de los pueblos —esto lo saben los norteamericanos— deberá fundarse en la inteligencia de sus problemas culturales, económicos y sociales. Todo esquema que olvide estos fundamentos será erróneo e ineficaz.

En la enseñanza secundaria y universitaria hay siempre espacio para lo que llaman *discussion*. Dan mucha más importancia a estas *discussions* que a las clases magistrales donde prevalece la exposición profesoral. Es notable observar cómo las lecturas o textos usados para el aprendizaje del español se elaboran sobre la base de características que particularizan el ambiente latinoamericano y que van aludiendo directamente a sus aspectos culturales, económicos y sociales. Se van olvidando las generalizaciones que presentaban a Iberoamérica como una región de usos y costumbres homogéneas, que eran peligrosas y podían sugerir una homogeneidad inexistente.

Hemos visto con satisfacción, por ejemplo, cómo la *Modern Language Association of America* se ha preocupado por la edición y difusión de un método de enseñanza del español que tiene en cuenta ese aspecto extralingüístico, pero muy importante para el conocimiento de los países hispanoparlantes a la par que de la lengua misma.

Cuando el estudio de la lengua fatiga la clase o el análisis de los textos literarios lo sugieren, es común que los paréntesis —y no pocas veces clases enteras— se utilicen para discutir temas inspirados, ya por lo que se lee en el texto mismo, ya por informaciones periodísticas o lecturas varias referidas al Sur. Así las *discussions* se convierten en animados debates que informan a los alumnos sobre aspectos culturales interesantes que han despertado la curiosidad del educando.

El solo hecho de oír en una misma cinta magnetofónica, pongamos por ejemplo, la misma frase a cargo de distintos locutores nativos de diferentes países iberoamericanos, dice al escucha que tras esos diferentes tonos se esconden diferencia y comunión en el aspecto cultural.

> «He wrought diligently and carefully and the result was the production of the best account of any modern literature and certainly of Spanish literature that the world had yet seen» (10).

Con estas palabras un conocido estudioso de la Universidad de Harvard se refiere al patriarca del estudio de la lengua y literatura españolas en los Estados Unidos: George Ticknor. En la aseveración del profesor Ford se expresa la admiración de quienes se dedican hoy a las lenguas modernas y en especial a la española.

Verdaderamente fué una suerte que el interés por las letras españolas en el país del Norte tuviera, en su iniciación, la notable personalidad de este profesor bostoniano, que dedicó lo mejor de su vida al estudio de las letras españolas y que reunió una nutridísima biblioteca especializada.

Fué Ticknor quien libró la gran batalla contra aquellos que se oponían en Harvard —y por su resonancia en los Estados Unidos— al estudio serio de las lenguas modernas. No fué enemigo de la enseñanza del latín y griego, la hegemonía de cuyos estudios cuidaban los profesores celosamente conservadores. Simplemente había descubierto en sus viajes y estudios en Europa que los idiomas modernos ocupaban un lugar de importancia innegable que no podía menospreciarse en mérito de un mal entendido conservadurismo clasicista. El estudio de las letras modernas era conveniente y compatible con el del griego y el latín. Su entusiasmo, su saber, su tenacidad le dieron el triunfo en esta singular versión americana de la polémica entre antiguos y modernos. El *curriculum* de Harvard debió cobijar el alemán, español, italiano y portugués; también el francés, que se dictaba desde un poco antes, pero en un curso extraordinario.

La obra de Ticknor no quedó aquí. A continuación emprendió una tarea, que, a sabiendas o no, aún deben tener en cuenta los profesores de lenguas extranjeras: introdujo la clasificación de los alumnos por su habilidad o facilidad en el aprendizaje después de un período de dos meses de prueba, organizó clases de estudios avanzados de reducido número de alumnos.

Sus casi dos años en la Universidad de Gotinga, donde padeció muchas dificultades por las lecciones en distintas lenguas, la enorme experiencia que recogió en esta Universidad alemana y sus estudios

(10) J. D. M. FORD: *George Ticknor*, «Hispania», XXXII, 4, 424. Baltimore, Md., 1949.

y observaciones en Francia y España le hicieron poseedor de un método «seriamente expositivo y basado en el conocimiento y la explicación analítica de los textos» (11), que posibilitó una labor provechosa y señera en la enseñanza de las lenguas vivas. Durante más de quince años dirigió el Departamento de Lenguas Modernas, lo que significó consolidación de sus propósitos iniciales y una llamada de atención para los universitarios norteamericanos sobre la importancia de este campo.

Feliz por la labor cumplida y contento porque le reemplazaba Longfellow, en 1835 se aleja de la Universidad de Harvard para dedicarse a un libro que le haría famoso y que habría de llenar un vacío bibliográfico notable: la *Historia de la Literatura Española.* Aparece en su primera edición en 1849, en Boston, seguida inmediatamente por la edición londinense. En 1851 ve la luz la primera edición española; en 1864, la primera francesa; en 1867, la alemana. Ticknor siguió trabajando incansablemente sobre su libro hasta la cuarta y definitiva edición en 1872, aparecida al año siguiente de su muerte.

Una obra de este tipo necesitó de una información seria y de primera mano, de excelentes colaboradores, corresponsales y consultores, de una paciencia prolongada y de una probidad científica sin mengua. Sus viajes por Europa, sus amistades españolas, como los arabistas José Antonio Conde y Pascual de Gayangos, colaborador valiosísimo, quien —junto con Enrique de Vedia y Goossens— tuvo a su cargo la primera edición española, por citar los amigos sobresalientes españoles; su trato con personalidades, como Lafayette, Chateaubriand, Mme. de Staël, Goethe, Humboldt, Wolf, Benjamín Constant, Talleyrand, Byron, Macaulay, Tieck, etc.; su trabajo en archivos y bibliotecas, los acopios bibliográficos de insospechada riqueza dicen bien de la seriedad de sus realizaciones, entre las que se distingue su *History of Spanish Literature.*

No exagera, pues, el profesor de Harvard cuando afirma, refiriéndose al libro de Ticknor, que es *the best account of any modern literature and certainly of Spanish literature that the world had yet seen.*

Hacía falta una personalidad de la calidad de Ticknor para despertar el interés de los estudiosos norteamericanos por las letras españolas. Es sabido que en esa época, España pasaba por uno de los períodos más tristes de su historia. España como potencia internacional caía cada día más en el olvido. Sólo el resplandor de una época áurea ya pasada iluminaba aún una España decadente y empobrecida. Ticknor reconoce la grandeza del tesoro cultural que halla y ve con

(11) José A. Oría: Prólogo a la *Historia de la Literatura Española,* de George Ticknor, pág. xvi, Ed. Bajel. Buenos Aires, 1948.

claridad que del pueblo español debía esperarse mucho en el futuro, a pesar de la situación que a él le tocó observar (12).

Así nace el interés por la literatura española. Se inicia con paso seguro, pero, lamentablemente, el círculo de estudiosos, aunque brillante —figuran nombres como los de Washington Irving y Longfellow—, fué reducido. Por otra parte, la literatura del decimonono español resultaba pálida y pequeña al lado de la francesa u otras europeas. En otras palabras, lo que podía interesar era la literatura peninsular de siglos atrás, en cuyo estudio siempre halla más placer un especializado que un público actual. El aporte literario de los siglos XVIII y XIX era escaso, e inevitablemente deslucido al lado de las obras maestras del Siglo de Oro.

En este poco interés por las letras españolas mucho tiene que ver el desprestigio de España como potencia internacional. El progresivo desgajamiento de su imperio, cuyo proceso se acentuó en el siglo XIX, hasta culminar en la guerra de Cuba, donde las armas norteamericanas derrotan a las hispanas (1898), manifiesta la decadencia española al desnudo. El escaso ascendiente cultural corría a la par.

Con los hombres de la llamada generación del «98» vuelven las letras españolas a despertar el interés de los extranjeros y empieza a ampliarse el número de lectores. En España misma renace el cultivo de las letras. Bien sabemos que fué a raíz del interés que demostraron los extranjeros por las letras españolas del Siglo de Oro y del medioevo cuando se despierta la curiosidad de los herederos por ese *thesaurus* casi olvidado. El siglo XX —pasada ya la primera mitad, se puede afirmar sin temor— significa una inquietud y un crear en la literatura hispana que contrasta con la palidez enfermiza de los siglos XVIII y XIX, excepto los últimos veinticinco años de éste.

Podemos decir que los hispanistas norteamericanos, desde Vashington Irving, Ticknor y Longfellow se han sucedido hasta el presente con más o menos regularidad. Lo que nos interesa fundamentalmente no es el interés de los filólogos o estudiosos especializados, pues para ellos el atractivo de la literatura española ha sido permanente y progresivo. Nos importa mucho más el interés que esa literatura ha originado en los estudiantes universitarios, aunque es innegable la relación existente entre un profesorado especializado y el interés del alumnado por la especialidad.

---

(12) Sus reflexiones al respecto, lo mismo que sus opiniones resultantes de sus viajes y andanzas, pueden leerse con interés y placer en *Life, letters and Journals of George Ticknor*, Houghton, Osgood and Company. Boston, 1880.

La Universidad de Colgate (Hamilton, Nueva York), por ejemplo, ofrece a sus estudiantes los siguientes cursos referidos a literatura española:

1. Literatura Hispánica: que se dicta en inglés y se propone *a study of the main streams of Spanish and Spanish-Americam thought available translations of the great books of Spanish-speaking countries.* En este curso se lee a Cervantes, Isaacs, Mármol, Pérez Galdós, Ibáñez, Unamuno, Gallegos, Güiraldes, Lynch, etc. Es un curso de comentarios de textos sobre la base de traducciones. Su interés está en que pone al alcance del alumno que entiende poco o nada el castellano una literatura de riqueza extraordinaria, que una vez vislumbrada puede avivar el interés por seguir conociéndola —sabemos que tras o con la literatura está la cultura— o empezar por aprender a perfeccionar el uso de la lengua española para su mejor inteligencia.

2. Introducción a la Literatura Española, I: pretende *an analysis of the principal literary movements and trends in Spanish literature from the Middle Ages through the XVIII century.* Este curso es ya especialización; se dicta en español y requiere del alumno un conocimiento previo de la lengua. Se insiste en el Siglo de Oro, pues las figuras más representativas del período abarcado le pertenecen.

3. Introducción a la Literatura Española II: curso referido a los siglos XIX y XX, continuación del primero y centrado en la lectura de los nombres sobresalientes de fines del siglo pasado y lo que va del presente: Pérez Galdós, Pío Baroja, Unamuno, Azorín, etc.

4. *Growth of Spanish Literary Consciouncss (XI-XVII Centuries).* Con este curioso título se quiere presentar un cuadro más o menos claro de las relaciones entre la literatura medieval y la del Siglo de Oro, y presenta *the Golden Age literature through and analytical study of its master-pieces in the different genres: picaresque novel, mysticism, etc., in cojunction with the peculiar manifestations of the Renaissance and Baroque movements in Spain as seen through the works of Garcilaso de la Vega, Fray Luis de León, Cervantes, Lope de Vega, Tirso de Molina, Calderón, Quevedo and Gracián.* Como vemos, este curso exige una ardua labor que el estudiante podrá llevar a cabo si está suficientemente familiarizado con el español.

5. Valores de la literatura española del mundo moderno (siglos XIX-XX): Este curso, también para alumnos adelantados, se dirige al estudio de los autores sobresalientes del Romanticismo (Duque de Rivas, Zorrilla) y posteriores (Pérez Galdós, Pereda, Juan R. Jiménez), con especial detenimiento en los hombres de la generación del «98».

El panorama es completo y llena sin esfuerzo el más exigente programa en la enseñanza de la literatura española. Cualquier alumno

deseoso de perfeccionar sus conocimientos de la lengua y literatura españolas tiene a su alcance los medios para lograrlo.

Los cursos citados han sido ofrecidos por la Universidad de Colgate para el trienio 1960-63. Este ambicioso programa da a los alumnos interesados que cursan allí su *College* la posibilidad de un hábil y diestro manejo de la lengua y un satisfactorio conocimiento de la literatura antes de recibir su grado de Bachiller en Artes.

Veamos ahora el estudio de la misma asignatura a través de los denominados *graduate programs*, es decir, en el ciclo de estudios que lleva a los grados de *Master of Arts* y *Doctor of Philosophy*. Para ello tomaremos como ejemplo la Universidad de Chicago, de reconocido prestigio internacional.

Entre los cursos de Filología Románica y Lingüística se dictan los siguientes: Textos españoles antiguos, Gramática histórica, Dialectos hispánicos, *El libro de buen amor*, Investigación sobre Lexicología románica e Investigación sobre Fonética española. Con este cuadro se logra cubrir un vasto campo lingüístico, que se completa con otros cursos referidos al francés, italiano, catalán, provenzal, etc., y que significan en conjunto una presentación completa y última de la Filología románica (13).

Se dictan siete cursos referidos a gramática, fonética y estilo del español, y tres, de introducción a la literatura española, que abarcan, en su conjunto, desde el siglo XVI al XX.

Admira ver la cantidad y variedad de cursos sobre tópicos especiales de la literatura española que se ofrecen:

1. Poesía lírica del Siglo de Oro.
2. Prosa del Siglo de Oro.
3. Teatro español del Siglo de Oro.
4. Prosa del siglo XIX. Novela y géneros menores.
5. La generación del 98. Poesía, novela, teatro.
6. Textos básicos de la literatura medieval.
7. Novela española del siglo XX.
8. Poesía lírica del siglo XX.
9. Cervantes. *Don Quijote*, I.
10. Cervantes. *Don Quijote*, II.
11. Explicación de textos (prosa).
12. Explicación de textos (poesía).

---

(13) Es destacable el hecho de que la Universidad de Chicago cuenta en estos momentos, y desde hace ya varios años, con la capacidad científica del Dr. Juan Corominas, en su calidad de profesor del Departamento de Lenguas y Literaturas Romances y consejero para los candidatos de grados superiores en español.

13. La poesía petrarquista de los siglos XVI, XVII.
14. El teatro moderno español hasta Benavente.
15. Teatro español del siglo XX.
16. La prosa artística del modernismo, España e Hispanoamérica.
17. La novela española del siglo XIX.
18. El ensayo español.
19. La epopeya y el romance.
20. Curso monográfico sobre un autor moderno: Galdós, Unamuno, Machado, Darío, etc.
21. Curso monográfico sobre un autor clásico: Lope, Calderón, Quevedo, Góngora, etc.
22. Juan Ruiz: *El Libro de Buen Amor.*
23. Investigación sobre lengua y literatura españolas.
24. La crítica literaria en España.
25. Investigaciones sobre el modernismo, España e Hispanoamérica.
26. Dramaturgos menores del Siglo de Oro.
27. El prerromanticismo y el romanticismo español.
28. La prosa española anterior al *Quijote.*

El estudiante del *Master* o el doctorado ve facilitado su camino por la posibilidad de elecciones provechosas y de su gusto entre tantos cursos y seminarios. No nos toca aquí explicar el sistema de cursos y promociones de las Universidades norteamericanas, de por sí complicadas, y mucho más a los ojos de un europeo o de un hispanoamericano. Lo que nos interesa es hacer ver el campo específico de la literatura en español y la importancia que se da a su estudio (14).

Atractivo que ejerce la literatura hispanoamericana

En el caso de España podemos decir que primero interesó su literatura y luego el país. En el de Hispanoamérica, por el contrario, antes interesaron los aspectos sociales, económicos o geográficos que el literario. España presenta una literatura muchas veces secular de enorme e indiscutido peso en Occidente. Hispanoamérica es reciente, faltan en su literatura un Siglo de Oro y una Edad Media de portentosa riqueza. Sin embargo, no es menos auténtica. Se sirve de la misma lengua española, pero notablemente enriquecida. Oculta sus raíces en la época precolombina y en el Siglo de Oro; no obstante no se puede

(14) Sobre el funcionamiento y contenido del Departamento de Lenguas y Literaturas Romances debo agradecimiento al profesor Bernardo Blanco González, de la Universidad de Chicago, quien supo asesorarme paciente y eficazmente. Los cursos nombrados pertenecen al año académico de 1960-1961.

hablar de un emplasto o de una mezcla híbrida. Ha sabido edificarse en castellano, pero con estructuras que hablan de su autenticidad. Para el norteamericano este solo hecho le debe de ser simpático, pues le recuerda el origen y formación de su propia literatura, aunque las circunstancias fuesen distintas.

Lamentablemente, Ticknor, entusiasmado con las literaturas europeas y en especial con la española, no pudo abarcar en su trabajo la literatura hispanoamericana.

> «But since the *History* does not encompass the revolutionary period of Spanish America the student is left wondering to what extent Ticknor was interested in the new Spanish literature which was springing up in the New World. Of the writers of Ticknor's own century only the names of Andrés Bello and José J. Milanés appear in the *History* and these only in notes relating to other subjects. A careful scruting of the two volume *Life, Letters and Journals of George Ticknor* (Boston, Houghton, Osgood and Company, 10th edition, 1880) gives no indication that Ticknor had any special interest in South America, but leaves rather the impression that his attention was focussed only on the European continent.»
>
> (... «Pero desde el momento en que la *Historia* no comprende el período revolucionario de la América española, el estudiante se pregunta hasta qué punto Ticknor se interesó en la nueva literatura española que fué surgiendo en el Nuevo Mundo. De los escritores del mismo siglo de Ticknor sólo los nombres de Andrés Bello y José J. Milanés aparecen en la *Historia* y únicamente en notas referidas a otros temas. Una cuidadosa revisión de los dos volúmenes de *Vida, Cartas y Diarios de Jorge Ticknor* (Boston, Houghton, Osgood and Company, 10th edition, 1880) nos indica que Ticknor haya tenido ningún interés especial en Sudamérica, por el contrario, da la impresión de que su atención estuvo centrada sólo en el continente europeo.») (15).

Como hecho curioso merece mencionarse la correspondencia intercambiada entre nuestro Juan María Gutiérrez y Ticknor, que aunque reducida a una carta del crítico argentino (fechada el 29 de octubre de 1866) y otra de respuesta del norteamericano (25 de febrero de 1867), puede interesarnos por su contenido. Entre otros conceptos pueden leerse los siguientes:

(15) HESPELT E. H.: *Ticknor's first book from Argentina,* «Hispania», XXXII, 4, 433. Baltimore, Md., 1949.

«Hasta ahora muy pocos días no he recibido la muy bondadosa carta de Ud. fecha 29 de octubre, juntamente con el primer tomo de sus «Estudios» y el primero de sus «Poesías Americanas». Le doy á Ud. las más cordiales gracias por ambos libros. Los he leído en el primer rato de que he podido disponer, y el primer pensamiento que me ha sugerido su lectura es manifestarle la esperanza de que Ud. continuará esos trabajos. Ellos son interesantes tributos hechos á la literatura española de este lado del Atlántico, y de la naturaleza de aquellos que se echan menos desde mucho tiempo atrás, y cuales lo he buscado en vano repetidas veces.

De Méjico, del Perú y de Cuba, he recibido un número regular de libros, dirijidos directamente por sus mismos autores: pero ésta es la vez primera que me llega algo de Buenos Aires. Su envío de Ud. es de particular interés para mí, especialmente sus «Estudios» por cuanto contienen noticias que no sabría en qué otro libro encontrar, y una con relación a Inés de la Cruz, de que me aprovecharé con gusto en la próxima edición de mi historia de la literatura española.

Alguna vez creí que me fuera posible agregar una noticia sobre la literatura hispano-americana, en la última edición de dicha obra; pero me ha sido imposible reunir los materiales que creo necesarios para realizar este pensamiento.»

La razón que llevó a Juan María Gutiérrez a escribir a Ticknor y enviarle un ejemplar de sus *Estudios sobre los poetas americanos anteriores al siglo XIX* y otro del primer tomo de sus *Poesías Americanas* está singularmente expresa cuando afirma:

«Siendo Ud. americano, y habiendo entrado tan en el corazón de las letras castellanas, la curiosidad de su espíritu indagador ha de inducirle naturalmente, á averiguar lo que fué y es actualmente la literatura de habla española en la parte meridional de nuestro continente. En esta suposición, y habiendo llegado a mí noticia que alguna vez se ha quejado Ud. de las dificultades con que tropieza para conseguir los libros que se dan á luz en las repúblicas de Sud-América, me tomo la libertad de ofrecerle los dos adjuntos, los cuales se considerarán muy favorecidos si consiguen un lugar en la copiosa y escojida biblioteca castellana que Ud, ha reunido con el gusto y la inteligencia de que dan testimonio sus excelentes trabajos críticos que hasta ahora han llegado á mi conocimiento. Por muchos más honrados se tendrán

esos libros si alguna vez merecieran una mirada de Ud., y yo me sentiría animado á proseguir mis pobres «Estudios sobre los poetas americanos anteriores al siglo XIX», si llegase á saber que en concepto de Ud. no son del todo inoportunos ó estériles esos trabajos retrospectivos» (16).

El erudito rector de la Universidad de Buenos Aires no andaba descaminado cuando dirigía su mirada al ilustre hispanista norteño. Lamentablemente —repetimos— Ticknor no pudo dedicarse a la literatura hispanoamericana. La falta de una personalidad de la talla del profesor bostoniano se ha visto reemplazada por el interés despertado no ya en un pequeño círculo de estudiosos especializados, sino en un público muy amplio deseoso de desentrañar lo que muchas veces ha resultado ser un misterio para los norteamericanos: Hispanoamérica.

Este afán de conocer el Sur se muestra en la importancia que se da en los institutos superiores al estudio de los autores de la literatura en español de este lado del Atlántico. En la ya nombrada Universidad de Colgate se destacan los siguientes cursos:

1. Literatura hispánica de las Américas (siglos XVI-XIX): aquí se pasa revista a la literatura que va desde la Conquista hasta el Modernismo y se estudian autores como Ercilla, Sor Juana Inés de la Cruz, Bello, Martí, Darío, Santos Chocano y otros no menos representativos.

2. Figuras literarias modernas contemporáneas de Hispanoamérica (siglo XX): en este curso se da importancia a los efectos del modernismo, a la literatura indianista, a la novela revolucionaria y a la social y existencialista. Los nombres de Güiraldes, Gallegos, Barrios, Azuela, Ciro Alegría, Gabriela Mistral son familiares.

Muy importante es el hecho de que en las clases de lengua española, lo mismo que en las de literatura española, se está haciendo una constante referencia a la cultura y literatura hispanoamericana.

Resulta muy difícil tratar de escindir el contenido de los cursos referidos a la literatura española y a la literatura hispanoamericana. Creemos que, en ocasiones, sería más prudente hablar de literatura en español o de literaturas hispánicas, si con estos títulos se abarca a la literatura peninsular y a la de los distintos países de América de habla española.

Si observamos lo que ofrece la Universidad de Chicago —para no salirnos de los ejemplos propuestos y siempre en los ciclos del *Master*

(16) *La Revista de Buenos Aires, Historia Americana, Literatura y Derecho*, IV, 48, págs. 487-489. Buenos Aires, abril de 1867. Aquí aparecen estas dos cartas. Esta correspondencia también ha sido citada por HESPELT E. H. en el artículo más arriba nombrado.

y del doctorado— notaremos que entre los cursos de Filología románica y Lingüística se incluyen uno de Dialectología hispanoamericana y otro denominado de Lengua española en América.

A la literatura la vemos explicitada como sigue:

1. Bosquejo de la literatura hispanoamericana.
2. Rubén Darío y la poesía del modernismo.
3. La novela hispanoamericana contemporánea.
4. La poesía hispanoamericana del siglo xx.
5. El ensayo hispanoamericano.
6. Investigación sobre lengua y literatura hispanoamericanas.

Esta amplitud de miras en los cursos explican el interés por la literatura de los países del Sur, y los nombres y objetivos que implican cada uno de ellos nos eximen de explicaciones menudas.

No creo sea insistencia vana repetir que el gran interés que los Estados Unidos tienen en conocer y comprender los países hispanoamericanos ha sido el punto de partida para que se estudie su cultura, en particular su lengua y literatura.

No creo tampoco que sea exageración afirmar que si hoy se da mucha importancia al estudio de la lengua y literatura peninsular, esa importancia ha tenido su origen o, por lo menos, un factor ponderable de incremento en el interés por lo hispanoamericano.

Creo que este juicio no es apresurado ni está dictado por un pseudo orgullo americanista.

Carlos Orlando Nallim
Monte Caseros, 2.109
MENDOZA (Argentina)



BRUJULA DE ACTUALIDAD

Sección de Notas

Bicentenario que se acerca (1762 - 1962)

CIENCIA, POLITICA Y AVENTURA, O EL PRECURSOR NEOGRANADINO PEDRO FERMIN DE VARGAS

Cómo nace una biografía

«Nariño fué el primero que trabajó francamente por la emancipación del Nuevo Reino.» Esta sentencia de Antonio Gómez Restrepo (*Historia de la literatura colombiana*, t. III, pág. 127), apoyada en la autoridad de Menéndez y Pelayo, es la sencilla manifestación de cuanto han dicho siempre dómines y aprendices unánimemente en Colombia. Raimundo Rivas, en *El andante caballero don Antonio Nariño* —libro publicado en 1936— recuerda que los funcionarios españoles atribuyeron a la influencia de Pedro Fermín de Vargas las ideas revolucionarias del precursor santafereño. Era lo más que se le había concedido a este rebelde y errabundo santandereano. Cuando he aquí que el venezolano Angel Grisanti da con el nombre de Vargas en el *Archivo de Miranda*, se interesa por su vida, investiga en los protocolos de Colombia y un día de 1951 publica *El precursor neogranadino Vargas:* «Una vida real que es la más apasionante novela de aventuras.» Con documentos y con recto razonar, Grisanti demuestra que Pedro Fermín merece el título de «precursor». Muchas cosas nuevas adujo Grisanti, mas no pudo llenar numerosos vacíos. Movido por el ensayo del venezolano y, sobre todo, por su fuerte patriotismo y su innata vocación científica, el joven sacerdote claretiano Roberto María Tisnés, nativo de Antioquía, miembro de la Academia Colombiana de Historia, se ha dedicado a completar la indagación sobre la vida y los escritos de Vargas.

Ha consultado las obras en que se encuentran referencias acerca de Pedro Fermín y su ambiente: la de Federico Gredilla sobre José Celestino Mutis y sus discípulos; la de Guillermo Hernández de Alba sobre el colegio del Rosario, de Bogotá; la *Historia de la literatura colombiana*, por Vergara y Vergara; las ya citadas de Gómez Restrepo, Rivas y Grisanti, y muchas otras (su bibliografía es copiosísima); ha

investigado en varios archivos colombianos; ha venido a España (1960-61) a espigar en los de Sevilla, Madrid y Simancas y algunos más. También ha tenido a la vista los volúmenes publicados de Vargas, como el editado por el Ministerio de Educación de Colombia en 1944 bajo el título general de *Pensamientos políticos y Memorias sobre la población del Nuevo Reino de Granada*, y ha podido estudiar algunos todavía inéditos. Es así como los tres capítulos que en su *Historia zipaquireña* (Bogotá, 1956) dedicó al precursor sangileño los ha venido ampliando hasta formar una biografía abultada. Lástima que no haya podido el Padre Tisnés viajar a París y Londres en busca de los datos que pueden descubrirse allí para llenar algunos huecos que aún quedan en esta difícil historia. Tisnés ha tenido que regresar a Colombia, en donde hará nuevas búsquedas y confrontaciones. Pero lo que ya tiene escrito y ha tenido la gentileza de hacerme conocer constituye un trabajo de mérito notable.

Desde San Gil hasta Zipaquirá, pasando por Santafé

El 3 de julio de 1762 nació Vargas en la muy castiza ciudad santandereana de San Gil; estudió en el colegio del Rosario, de Santafé de Bogotá, donde fué alumno sobresaliente; trabajó en la secretaría del virrey; acompañó a Caballero y Góngora en una visita oficial que hizo éste a Cartagena; colaboró durante algún tiempo en la Expedición Botánica, bajo las órdenes de Mutis; volvió a la secretaría virreinal, de donde, en premio a sus merecimientos, pasó a ser corregidor de Zipaquirá; aquí mismo ejerció las funciones de juez residenciador de quienes le habían precedido en aquel cargo.

No anduvo por estas posiciones sin dejar huella. Era hombre de estudio, de viva inteligencia, de gran actividad. Como miembro de la Expedición realizó varias investigaciones, que expuso en sendos escritos, de los que apenas se ha podido encontrar el relativo a la hierba denominada guaco, antídoto contra la mordedura de las culebras. Vargas participó personalmente y con extraño arrojo en las experiencias cumplidas para demostrar la eficacia de este vegetal. Quiso consagrarse por entero a la labor científica, pero no consiguió que en España confirmaran los nombramientos que el virrey le había hecho para satisfacer tales anhelos. Y como lo comprueba el decurso de su vida, estaba bien dotado para las ciencias. En las Antillas ejerció la medicina; en Europa perfeccionó sus conocimientos en esta materia, así como en idiomas, química, filosofía y economía. En Trinidad, a pesar de estar cumpliendo a principios del siglo XIX una misión política que le había confiado el precursor venezolano Miranda, encon-

tró el modo de atender a su aficiones botánicas. Grisanti insinúa la hipótesis de que Vargas terminó su vida en Londres, entre las plantas de los famosos jardines de Kensington.

Esta primera etapa de la intensa vida de Pedro Fermín lleva forzosamente al historiador responsable a ahondar en el análisis de la sociedad colonial; a inquirir el desarrollo de un lejano foco de vida agraria como fué San Gil; a seguir allí y en otros sitios los pasos de una familia de no despreciable posición económica, cual debió ser la de Vargas; a examinar cómo funcionaban los colegios y universidades de entonces; cuáles eran las ideas predominantes en los grupos intelectuales; de qué manera se desenvolvía el remolón mundillo burocrático y, sobre todo, cómo se formó la Expedición Botánica y cuál fué en el Nuevo Reino de Granada su trascendencia no sólo en el campo científico, sino también en el político. Y todo ello es lo que naturalmente ejecuta Tisnés con buen método, con sosiego, con sagacidad, erudición y honestidad. No oculta las fallas, pero no desfigura las excelencias de aquella era que solemos apellidar *colonial* quizá no con exactitud; era en la que España supo cumplir una misión providencial: la de maestra de naciones. No se limita tampoco a ventilar las cosas que tienen inmediata relación con su personaje; se extiende a otras zonas y asciende a alturas que le permiten emitir juicios generales de respetable madurez.

De dónde salió la generación de los próceres

En diversas conversaciones con el Padre Tisnés acerca de su libro, han surgido entre nosotros cordiales intercambios de ideas sobre este tema de la acción de la España «colonizadora» y sobre otro también muy entrañablemente vinculado a Pedro Fermín de Vargas: el de las influencias predominantes en el curso de la emancipación hispanoamericana. Quizá valga la pena volver ahora a tales predios.

Están superados los tiempos en que en los pueblos de la América hispana se solían celebrar las fechas de la independencia con agravios a España, cuya obra entre nosotros en punto de civilización era calificada de negativa y aun de regresiva. Ya en 1881, el humanista más completo que ha tenido Colombia, Miguel Antonio Caro, formulaba estas preguntas: «Y el genio de Simón Bolívar, su elocuencia fogosa, su constancia indomable, su generosidad magnífica, ¿son dotes de las tribus indígenas? ¿No son más bien rasgos que debe reclamar por suyos la nación española? Y el mismo Bolívar, y Nariño, y San Martín, y los próceres todos de nuestra independencia, ¿de quiénes sino de padres españoles recibieron la sangre que corría en sus venas y el

apellido que se preciaban de llevar? ¿Dónde sino en universidades españolas adquirieron y formaron sus ideas políticas?» (*Páginas de crítica*, pág. 275; ed. de Madrid). Y como el mismo Caro lo recuerda, antes que él, el venezolano Andrés Bello, padre del humanismo en Hispanoamérica, enseñó: «Jamás un pueblo profundamente envilecido ha sido capaz de ejecutar los grandes hechos que ilustraron las campañas de los patriotas. El que observe con ojos filosóficos la historia de nuestra lucha con la metrópoli, reconocerá sin dificultad que lo que nos ha hecho prevalecer en ella es cabalmente el elemento ibérico.»

Estas reflexiones de tan eximios maestros se patentizan en el caso de Pedro Fermín de Vargas, como en cualquiera que escojamos en aquellos tiempos. El prócer santandereano fué lo que hoy se llama *un intelectual*, un hombre bien cultivado, devoto de la lectura intensa y la escritura ágil y conceptuosa. ¿Cómo alcanzó tal categoría en la Santafé de la segunda mitad del siglo XVIII? Por la acción que en su entendimiento hicieron sentir los claustros del colegio y Universidad del Rosario, por el intercambio de inquietudes espirituales con profesores y alumnos, por el aprovechamiento de las bibliotecas que en varias partes podía encontrar y por la que él mismo fué constituyendo, a pesar de todas las prohibiciones de letra muerta de las autoridades peninsulares. Una de ésas era la Real Biblioteca, formada por el fiscal don Francisco Moreno y Escandón con los fondos de las librerías expropiadas a los jesuítas cuando los expulsó de sus dominios Carlos III. La calidad de estos centros puede apreciarse hoy en los trabajos que sobre los respectivos catálogos vienen realizando algunos investigadores, como los miembros del Instituto de estudios históricos de Bogotá y el profesor español Pedro Grases, consagrado a importantes indagaciones culturales en Venezuela y otros países de la América hispana. Abundaban allí los clásicos griegos, latinos y españoles; los tratados teológicos y filosóficos, y no escaseaban los de ciencias de la Naturaleza. Recordemos que cuando Humboldt estuvo en Bogotá se admiró de la biblioteca botánica del sabio Mutis, cuya magnitud comparó con la londinense de Banks. A todo ello hay que agregar las animadas *tertulias literarias*, a imitación de las puestas de moda en Francia por aquel entonces, y en las que se discutían no sólo cuestiones relativas a las artes y a la literatura, sino también a la política y la economía del momento. Asimismo deben citarse los periódicos que llegaban de la metrópoli y los que se editaban en las colonias. No olvidemos que Antonio Nariño, cuando se defendía en el juicio que se le hizo por haber estado profesando ideas políticas contrarias a la estabilidad del gobierno, arguyó que gran parte de ellas las había extraído de las publicaciones periódicas de la Península. Y el clima de estudio creado

por la muy gloriosa Expedición Botánica, tan certeramente dirigida por el sabio gaditano Mutis—claro ejemplo de que España no sólo enviaba regentes, golillas y alcabaleros a sus colonias o provincias ultramarinas y de que hacía cuantiosas inversiones en el desarrollo integral de las mismas—, explica gran parte de la actuación de la pléyade de nuestros emancipadores. Uno de quienes mejor han sintetizado estos fenómenos es Antonio Gómez Restrepo (obra citada): «Sumida la Madre Patria en la anarquía, las colonias tenían que organizarse por sí solas. La independencia se realizó en cumplimiento de leyes naturales. Por designio providencial, aquellos sucesos ocurrieron cuando la América toda había producido una inmensa legión de hombres ilustres, cuya misión parecía fijada de antemano, pues de la tranquilidad de la colonia surgieron armados de todas armas y listos a cumplir la elevada misión de crear nuevos estados.

«Las grandes ideas tienen que encarnarse, para su realización, en hombres superiores. Si éstos no aparecen, los más bellos proyectos, los más elevados intentos, corren derechamente al fracaso. Cuando se mide la talla de los hombres de la revolución americana, acude a los labios la frase bíblica: Entonces había gigantes sobre la tierra».

Ahora bien, esta aparición de tan insigne falange de estadistas no fué por *generación espontánea,* sino porque España puso en juego todos los factores para producir el hecho. Pedro Fermín de Vargas tuvo tal gestación. Y todavía más: fueron las autoridades españolas las que le facilitaron los medios económicos—haciéndole miembro de la burocracia virreinal, y en posiciones muy significativas— para expandir las inclinaciones intelectuales. Lo mismo podemos aducir en relación con Nariño y con todos los caudillos ideológicos y aun militares de la independencia.

¿Influyó la Revolución francesa en la emancipación hispanoamericana?

En cuanto queda dicho asoma el otro punto acerca del cual he llamado ya la atención: los diversos influjos en nuestra independencia. Desde luego, tiene que figurar éste del medio cultural propicio, nacido a impulsos de la propia España. Y en primer término, el de la índole de la raza. El individualismo hispano, el innato sentido de la dignidad humana, tan hondamente grabado en el espíritu de la estirpe y tan fulgurantemente manifiesto en todas las oportunidades, está en la base de los movimientos independizadores.

El ayuntamiento del español con la tierra recién descubierta produjo una sobrepersonalidad en el conquistador y el colonizador: la

del criollo o la del criollizado, apegados cordialmente no ya a la Península, sino a una réplica americana de España. Tan importante es tal carácter, que en un hombre bueno hasta el extremo, nativo de Andalucía, vasallo sin sombras, ligado a Cristo por los votos sacerdotales, como el beneficiado de Tunja don Juan de Castellanos, encontramos, en los comienzos mismos de la colonia, no sólo el amor entrañable a la virginal «tierra buena, que pone fin a nuestra pena» —como él mismo lo expresó—, sino también la áspera repulsa al *chapetón,* al que iba desde la metrópoli con cargos y otros privilegios sólo a presumir en aquellas vastísimas extensiones, en donde los fundadores habían derramado su sangre y agotado sus recursos para vencer el paganismo indígena, fundamentando una civilización nueva con vocación de autonomía espiritual. ¿Para qué evocar al enloquecido Lope de Aguirre el Peregrino desafiando —en nombre de América, en los albores de la conquista— el poder del monarca español? ¿Para qué traer otros casos como el de don Alvaro de Oyón en el sur de la Colombia actual? Por la raza, por la formación espiritual, España preparó la emancipación de sus provincias ultramarinas.

Y la preparó también por las instituciones. Bien ha observado un vivaz comentador francés de la historia hispanoamericana, Juan Descola: «Al extender el Nuevo Mundo, con el nombre de «cabildos», el sistema de fueros que funcionaba en el norte de España, los reyes del Siglo de Oro preparaban, sin sospecharlo, las futuras democracias americanas» *(Los libertadores,* primera parte, cap. I). En el fondo, tal es la tesis del pensador peruano Víctor Andrés Belaúnde, compendiada así por él: «España sembró cabildos y cosechó naciones» *(Bolívar y el pensamiento político de la revolución hispanoamericana,* prefacio a la edición española).

No quiere decir esto que —y muchas veces precisamente a través de la propia España— no se hicieran sentir en la independencia hispanoamericana otros países, como Francia. No se puede desconocer el hecho de que con la dinastía borbónica, España se había afrancesado en sus clases superiores. Los ministros de la monarquía madrileña no ocultaban su admiración hacia los más exaltados paladines de la Enciclopedia y de todo aquel movimiento conocido con el nombre general de Revolución francesa. La misma expulsión de los jesuítas en 1767 fué un homenaje de «Su Majestad Católica» al racionalismo galo.

¿Aceptamos entonces que aquella Revolución fué la madre de nuestra independencia, como durante algún tiempo se ha profesado en las escuelas de nuestros países? No tal. Reconocemos la escueta verdad: directamente, y por medio de la propia metrópoli, las ideas de los revolucionarios franceses llegaron a la América hispana. Pero llegaron

a tal cual intelectual, no a la masa. La traducción de la *Declaración de los derechos del hombre y del ciudadano,* de Nariño, ni siquiera alcanzó a circular entre los exiguos iniciados. La labor antimonárquica de Pedro Fermín de Vargas se ejerció sobre Nariño y un muy reducido grupo de intelectuales. El pueblo fué ajeno siempre a estos acaeceres. Y los dirigentes que tuvieron acceso a tales ideas ya habían aprendido los principios antiabsolutistas de la filosofía tomístico-suareciana, corriente en los establecimientos de enseñanza y en las bibliotecas privadas y oficiales.

En los últimos tiempos se ha discutido mucho en Hispanoamérica el tema de la trascendencia de la Revolución francesa. En la Argentina —en reciente congreso hispanoamericano de historiadores y en varios respetables volúmenes— se ha sostenido que ella careció de repercusión en nuestros movimientos libertadores. La cosa parece excesiva. Honradamente hay que aceptar que, al menos en Colombia (Vargas, Nariño), Venezuela (Miranda, Simón Rodríguez, el propio Bolívar), el Ecuador (Espejo), el Perú (Vidaurre), Chile (Rojas) y en la Argentina (entre otros, aquí está el caso de Moreno, traductor de Rousseau), en muy pocos pero salientes hombres resonaron los cánones galicados e igualmente —sobre todo en Bolívar— algunas normas del derecho británico. Además de lo que antes se ha indicado, hay que señalar el incitante ejemplo de la emancipación estadounidense y las consecuencias de general anarquía promovidas por la invasión napoleónica a España. Más influyó la ambición de Bonaparte que la Enciclopedia: el «España ya no es española, sino francesa» —grito del cura Hidalgo en Méjico— fué la razón suprema que decidió, en los primeros momentos, a las clases dirigentes y al propio pueblo a actuar.

Así que puede sostenerse que la sangre, los cabildos y la enseñanza dados por la Península a sus provincias de Ultramar fueron la simiente de la independencia, simiente que tuvo como pretexto y auxilio de nacimiento y desarrollo las campañas de Francia en el campo ideológico y, sobre todo, en el campo militar, y también todos los fenómenos implicados en el nacimiento de los Estados Unidos.

Una fuga por los llanos y los ríos

Pero nos hemos alejado de Vargas, quien anda ahora en Zipaquirá gravemente preocupado con planes urbanísticos, de eficaz policía y de asistencia social. Su principal empeño se encamina a la fundación, no lograda al fin, de un hospital para toda la comarca, cuyas minuciosas constituciones redacta con inobjetable pericia. No descuida tampoco el

fomento de *las tertulias literarias,* la divulgación de sus tesis autonomistas y de su ideología heterodoxa, y el cultivo de su inclinación científica. Tampoco hace a un lado los encantos del «fruto del cercado ajeno», ni mucho menos los del dinero. Sabía «peinar la ninfa y estrangular el oso». Estimulando el ingenio, llegó hasta la estafa misma vendiendo unos solares públicos sin el lleno de los requisitos de rigor. Cediendo su biblioteca a Nariño y estableciendo algunos seguros puntos de contacto subversivo, en diciembre de 1791 emprende una bien meditada fuga del virreinato, desde Zipaquirá hasta un puerto sobre el mar venezolano. Con pasaportes falsos, con coraje y sangre fría, atraviesa el Meta y el Orinoco y todas aquellas dilatadas y peligrosas llanuras por donde discurren estos ríos caudalosos. Abandonando a su legítima mujer y a sus hijos, se lleva a Bárbara Forero de Nieto. Las autoridades de Nueva Granada y de Venezuela lo persiguen con tanto celo como ineficacia. Llega ileso a las Antillas, en donde inicia su movidísima vida de conspirador al descubierto. Se comunica con sus compatriotas de mayor confianza por medio de correspondencia enigmática. Busca el apoyo extranjero para sus empresas. Sigue cambiando de nombres: Fermín Sarmiento, Pedro de Oribe, Mr. Smith. Burlando el asedio de los sabuesos monárquicos, llega a La Habana, pasa a los Estados Unidos, sigue a Europa. Toca en el puerto español de Santander, de donde se desliza, como por arte de magia, por entre las redes de la policía; llega a París a intrigar cuanto puede en servicio de su ideal; pasa a Londres en noviembre de 1799 y reanuda la ardua brega.

¿Por qué huyó tan dramáticamente Vargas? ¿Para esquivar los juicios que veía se le iban encima, ora por delitos cometidos en la administración de su corregimiento, bien por sus ideas políticas, ya por haber inducido a la herejía a un sacerdote amigo? ¿O para saciar su vieja ambición de venir a estudiar medicina a Europa? ¿O fué la suya una aventura romántica ante los embelesos de doña Bárbara? ¿O todo lo hizo en aras de su programa de libertador del Nuevo Mundo? El Padre Tisnés se inclina en favor de la última hipótesis, basándose en las declaraciones rendidas ante las autoridades competentes por los auxiliares de aquella fuga y también en la posterior acción de Vargas, constantemente encaminada a conseguir la cooperación militar de Francia primero y luego de Inglaterra para sus planes políticos. Lo más seguro es que actuara por todos los motivos antes expuestos. Casi siempre, en casos como éste, la historia universal nos enseña que la verdad es el resultado de una suma y no de una eliminación.

En la capital inglesa empieza su amistad con el general Francisco de Miranda, uno de los más extraños y gloriosos americanos que han triunfado en Europa. Miranda, que está tratando de organizar una expedición militar para libertar a su patria, capta desde el primer instante la importancia de Vargas y le hace su inmediato colaborador, a quien pide consejo y a quien confía misiones delicadas, como la de viajar a París con correspondencia para Napoleón, como la de ir a las Antillas a preparar el terreno para las operaciones en proyecto. El Padre Tisnés, al llegar a estos episodios, se extiende, como es natural, en el estudio de la compleja personalidad del venezolano y de sus planes de liberación. Y muy razonablemente se duele de que las Antillas hayan apasionado a algunos escritores como foco de piratas franceses, ingleses y holandeses, y no como centro de otras no menos llamativas aventuras: las de los libertadores americanos.

Vargas se mantiene desde el Caribe en estrecho contacto con Miranda; distribuye propaganda contra la monarquía española; discute con el gobernador inglés de Trinidad, en quien no encuentra la colaboración esperada, y, como ya se observó, dispone de tiempo para hacer indagaciones científicas. Desobedeciendo las instrucciones de Miranda, torna a Londres y ya no vuelve a figurar en la historia de la revolución. Hay quienes suponen que regresó a Nueva Granada. El historiador y crítico Alberto Miramón ha encontrado el nombre de Pedro Fermín en una lista hecha en 1813, en Nueva York, de personas envenenadas por un tremendo delincuente italiano. Tisnés no se muestra muy partidario de la aplicación de este dato a Vargas, pues ve incongruencias que hacen pensar en la existencia de un homónimo. Ya se anotó que Grisanti lo deja en los jardines de Kensington. No ha renunciado Tisnés a la búsqueda de lo que falta en esta biografía: el final de la labor de Vargas como residenciador de Zipaquirá y el de su dolosa venta de solares públicos; la totalidad de los proyectos bélicos de emancipación que ardían en la mente del santandereano cuando se fugó del Nuevo Reino en 1791 —y de los que apenas hoy se aprecian ligeras vislumbres—; las declaraciones de Bárbara Forero de Nieto, cuando en 1797 regresó a su patria, y, sobre todo, el enlace del retorno a Londres en 1804 ó 1805 con la muerte. Tampoco desiste de seguir en pos de los ensayos de Vargas, que hoy se tienen como perdidos. Puesto que tiene capacidad intelectual y paciencia de genuino investigador, muy buenas cosas podemos esperar de esta noble tenacidad.

Con el decoro que corresponde a su dignidad sacerdotal y con la claridad que le exige su profesión de historiador, Tisnés narra pormenorizadamente la picaresca aventura del rapto de Bárbara; rapto que, según uno de los auxiliares de Vargas, fué ideado por éste para cubrir las verdaderas intenciones de su escapatoria: las de conspirador.

También apunta que del paso por Francia quedó en una mujer de Angers el encendido interés de saber más tarde qué era de la vida de Pedro Fermín. Cuando éste se encuentra en Trinidad en 1803 está hechizado por otra mujer (¿acaso una inglesa?), a quien llama esposa, y por una hija, cuya enfermedad lo mantiene hondamente preocupado. Son apuntes que —unidos a la versión de que la primera o única esposa de Pedro Fermín, doña Catalina Venegas, una de las más enérgicas voces denunciantes de la huída zipaquireña, fué una dama de genio difícil— sirven para llevar a la formación de una idea aproximada acerca de la vida sentimental de nuestro personaje.

Fué también Vargas un investigador empecinado. Quizá tal carácter, que lo hacía más eficaz como heraldo que como héroe, lo hizo desaparecer del campo revolucionario, cuando éste, en lugar de los folios, se hicieron indispensables los cañones y los fusiles. *Investigación:* he aquí la síntesis de su vida. Hizo cuanto pudo por servir en la Expedición Botánica, renunciando a más sosegados y provechosos cargos. Formó una buena biblioteca en Santafé. En cuanto podía, redactaba en prosa clara, correcta y vigorosa lo que las páginas, la experiencia y la propia reflexión le inspiraban. Cuando, huyendo de las autoridades españolas, buscó refugio en Nueva York, «los libros y la pluma eran su pasatiempo», según testimonio de un compañero de habitación.

En Europa trabaja hasta como criado para poder disponer de medios a fin de realizar los estudios que le apasionan. En Trinidad conspira y «botaniza». Miranda se queja en 1804 de que Vargas, en vez de atender a sus obligaciones en las Antillas, esté en Kensington seducido por las plantas. ¡Siempre el intelectual en todas partes y en cualquier ocasión!

Conclusión

Sin mengua alguna para los destellantes méritos de Antonio Nariño, el título de «precursor», con que éste es conocido en la historia de Colombia, corresponde con derecho de prioridad a Pedro Fermín Vargas, maestro de aquél.

La biografía del prócer sangileño todavía registra unas cuantas lamentables soluciones de continuidad; pero el recuento del Padre Roberto María Tisnés, el más completo de cuantos hasta la fecha se han realizado, satisface por la importancia intrínseca de los hechos narrados; por la hondura, la lucidez, la serenidad y la oportunidad de los comentarios; por el imperio de la verdad, respetado con rígidos escrúpulos; por el lógico y agradable ordenamiento de las cosas, y por la redacción sencilla y elevada, amena y transparente, fresca y armoniosa.

Ojalá el Padre Tisnés pueda publicar este libro antes que se cumpla el segundo centenario del nacimiento de su inquietante protagonista.—LUCIO PABÓN NÚÑEZ.

EL PATRIOTISMO DE DOÑA EMILIA PARDO BAZAN (1)

Ni que decir tiene que el reformismo de la Pardo Bazán no se limitó a una mera crítica negativa con desenlace pesimista. No. No sentía ella el placer malsano de criticar. Su crítica nacía de raíz optimista, y los resultados eran positivos. Si criticaba a la mujer actual, inmediatamente ofrecía una mujer nueva, y no se le ocurría, como a Pío Baroja, plantear el problema del feminismo en *La ciudad de la niebla* y criticar a la rancia señorita española, para terminar el libro con el fracaso de la mujer emancipada y la aceptación de la vida rutinaria y vulgar. Para eso más valía callarse.

Cuando criticaba la hipocresía, la casuística, el marrullerismo de la religión de la España de su tiempo, al punto presentaba la visión de la verdadera y noble caridad evangélica, de la recta conciencia, que no tiene relación con la ley del embudo ni la manga ancha, y mostraba el caso de otros países, como Bélgica, donde el catolicismo verdadero tanto se diferenciaba del español, que no parecía ni tan siquiera hermano.

Y así con la educación, y la política, y la beneficencia, y la higiene, y los transportes. Mujer práctica, de soluciones concretas, nunca se complació en jeremiadas inútiles y utopías irrealizables de arbitrista. Como el ama de casa que sabe con qué medios cuenta para la admi-

(1) Capítulo de la biografía *Genio y figura de doña Emilia Pardo Bazán*. En prensa.

nistración de su hogar, ella contaba con una enorme dosis de sentido común y de sentido práctico para la solución de la mayor parte de los problemas patrios.

Cuántas veces dirá: «No soy personaje político, no soy ministro, subsecretario, director, obispo, gobernador civil, diputado, senador, cacique ni cosa que lo valga. Me paso la vida entre mis libros; puedo llamarme en cierto respecto un cero a la izquierda, y si el rodar de la bola trae para España complicaciones, no es ciertamente que yo empuje ni con el dedo meñique la bola susodicha. Pues, a pesar de estas condiciones en que me ha colocado la de mi sexo, a pesar de que las incapacidades legales de la mujer deberían servir siquiera para que no nos hostigasen «recomendando», no pasa día sin que me vea agobiada de solicitudes.»

Todas las negaciones del párrafo anterior, que parecen decir «no soy, porque no me dejan»; o «si yo fuera», suelen preceder a las soluciones reales que la Pardo Bazán ofrece la mayoría de las veces.

Todo lo que pueda tener de contradictoria la figura de la Pardo Bazán se explica muy fácilmente cuando se considera que su crítica negativa se asienta siempre sobre una raíz positiva de afirmación: «Poda. No corta», dice su lema al pie de un árbol. Así se comprenderá la aparente antinomia de una condesa liberal que ponía en solfa a la mala aristocracia, precisamente porque ella y otros lo eran buenos y creían en una aristocracia selecta, y de una católica que escribía a veces cuentos anticlericales de curas trabucaires, justo porque creía en la dignidad del sacerdocio y ella misma era hermana de la Orden Tercera.

Si aún hoy para unos es atrevida y para otros reaccionaria, la explicación hay que buscarla en su valentía y sinceridad para criticar los defectos de sus propias creencias y a la vez para aceptar los ataques. Considerada superficialmente toda personalidad poderosa es equívoca.

La Pardo Bazán, como Valera, como tantas otras figuras de finales del XIX, intentó realizar el esfuerzo desesperado de conciliación entre lo tradicional y lo moderno en todos los aspectos: literatura, arte, sociedad, moral, política, religión. Por eso con tanta frecuencia se proclamaba ella ecléctica en todo. Con el eclecticismo significaba paz, conciliación armónica.

Considerada así, la figura de la Pardo Bazán tiene un valor extraordinario, y para el lector actual representa el enorme esfuerzo de una mujer que quiere solucionar los problemas de su país con activísima energía, aplicada a poderosas síntesis. De este modo, lo que en apariencia parecía ambición y vanidad—su deseo de ser académica, con-

sejero de Instrucción Pública, catedrático y otros muchos cargos—, se explica ahora como un deseo de intervenir directamente en la vida pública, para la que realmente se sentía llamada. Que la Pardo Bazán hubiera sido un magnífico ministro de Instrucción Pública, no cabe duda, después de leer las soluciones que semanalmente ofrecía en sus artículos periodísticos. La sección titulada «La vida contemporánea», que a partir de 1895 publica en *La Ilustración Artística,* es buena prueba de su aptitud y su deseo intenso de participar, y no como espectadora, en todos los sectores de la vida española.

De temperamento activo y generoso, la Pardo Bazán tenía un tesoro de energía dispuesto a derramarse sobre su España. Otro gallo hubiera cantado al país con unas cuantas Pardo Bazán.

«Con el corazón despedazado de dolor y henchido de lágrimas ardientes» asiste doña Emilia al desastre de Cuba y al final del siglo.

Algunos de los artículos publicados en *La Ilustración Española,* y más tarde recogidos por la propia escritora en un libro titulado *De siglo a siglo,* dan idea del estado de su espíritu. En el año 96, la tristeza del ambiente es muy grande: el Real, cerrado; los bailes, suprimidos; los jóvenes, muertos en la guerra. El carnaval de este año resulta una mascarada macabra. La Pardo Bazán rotula con tremendo laconismo los artículos sobre la situación política: «Apertura», «Elegía», «Queja», «Con mordaza» y «Asfixia».

En abril de 1898 asiste a la apertura de las Cortes y puede comprobar con clarividencia espantada que, mientras se proclama la declaración de guerra, una multitud empavesada charla y ríe, sin darse cuenta del «momento más negro de nuestra historia: la agonía de España».

Mientras tanto, en la Puerta del Sol, el espíritu burlesco del pueblo se complace en exhibir a MacKinley borracho perdido y a Sagasta con el peroné roto, junto al famoso don Nicanor tocando el tambor, como si esta nota picaresca pudiera servir para consolar a los buenos patriotas.

El chiste o la bravata o, peor todavía, esa indiferencia que desespera a la escritora. «En efecto —dice—, lo más trágico, en mi entender, fué la insensibilidad de las muchedumbres, cuando la historia de España acababa en punta y nuestro sol ya no se eclipsaba, que se borraba en el horizonte. Nunca olvido cierto día, de fecha luctuosa, en que, al entrar en una casa, alguien se fijó en mis ojos hinchados y me preguntó:

—¿Se le ha muerto a usted algún pariente?

A lo cual contesté:

—Se me ha muerto el mismo pariente que a todos ustedes...

Y creo que ni se enteraron. Por la tarde, los toros estuvieron concurridísimos. ¡Oh, multitud, piedra berroqueña!... Lo que me dolía como una quemadura era aquella indiferencia increíble, aquellas risas, pullas y chanzonetas por la calle, aquel Madrid... Evocaciones siempre vivas, por mi desgracia, en el fondo de mi corazón. Porque es malo haber asistido al declinar de la patria, y es peor aún que esto nos aflija como la pérdida de una persona a quien amamos.»

Ella recuerda que cuando Francia perdió Alsacia y Lorena, las mujeres vestían de negro, llevando el luto de la patria.

De nada ha servido que algunas voces, entre ellas las de los escritores, se anticiparan pidiendo la concesión de la independencia de Cuba antes de que estallase el conflicto. Han sido voces clamando en el desierto.

La Pardo Bazán recuerda la impresión terrible que los sucesos produjeron en Castelar: «El recuerdo más vivo que me ha quedado de Castelar es el cambio que sufrió ante el desastre de nuestras armas y pérdida de nuestras colonias; el de ver su cara de pronto consumida y color de plomo, sus ojos llenos de lágrimas, que se escapaban y corrían por sus mejillas demacradas de repente...; la sinceridad, por el ardor de su corazón de patriota. Las ilusiones de toda su vida se venían al suelo.»

Exaltado su patriotismo hasta el punto de convertirse en obsesiva enfermedad, la Pardo Bazán escribe este año una serie de cuentos que titula *Cuentos de la patria,* directamente relacionados con los sucesos políticos. *Vengadora* es la historia de una yanqui avergonzada de la actitud de su país respecto a España, y que confiesa su desprecio hacia el imperialismo, opuesto al sentimiento de fraternidad universal.

El catecismo es la historia de un niño que tiene vivo sentimiento de la patria, y *El rompecabezas,* muy hermosa y emocionante, tiene también como protagonista a un niño patriota, meditabundo, sensible e inteligente, que no quiere seguir jugando con su rompecabezas cuando nota que le faltan piezas. «Mamá... Falta aquí mucha España. No encuentro la isla de Cuba... Ni a Puerto Rico... ¡Falta España!» La madre, llorosa, le dice que esas tierras ya no son de España y que allí murió su padre. El niño, silenciosamente, con ademán expresivo, rechaza el regalo de Reyes.

En la serie de cuentos patrióticos hay algunos terriblemente sarcásticos, como un latigazo a la indiferencia española. Así, el titulado *La exangüe,* que refiere la historia de dos hermanos prisioneros de los indígenas de Filipinas, castigados él a morir y ella a desangrarse. Hay un simbolismo evidente: la doncella exangüe es España, que inspira

al pintor que refiere la historia una nueva representación de la patria, en vez de la sempiterna matrona con el inevitable león.

Pero si alguna vez la Pardo Bazán nos parece desalentada y pesimista como en *La exangüe* y en *El torreón de la Esperanza*, desde el que siempre se vislumbran los mismos rostros de estadistas y caudillos desgastados, en seguida nos ofrecerá remedio en otros cuentos patrióticos. Así, en *El palacio frío*, que es la historia de un príncipe que vive en un inmenso palacio solitario donde está congelado. Llama a un médico sabio, el cual le aconseja que abra una ventana y se asome. Cuando el príncipe lo hace, pensando morir de frío, por el contrario, nota que el aire exterior le caliente y reanima. El príncipe sale de la espléndida morada donde se le congelaba la sangre y contempla con extrañeza el mundo, que no es tan feo como los cortesanos se lo pintaban. El príncipe se une a su pueblo y gobierna feliz. La moraleja del cuento es doble: el estado, los gobernantes están separados del pueblo y de ahí la frialdad, pues solamente el pueblo trae calor a las frías estancias. En un sentido más alto, el palacio representa a España, que debe abrir las ventanas hacia Europa.

Asimismo el cuento de *La armadura* simboliza el encierro en que vive España. Refiere la historia de un caballero que va a un baile y viste una armadura un poco estrecha. Disfrazado de héroe antiguo, como un guerrero que se alza de un sepulcro, estatua yacente puesta en pie, el caballero, con el calor y el movimiento, nota que no puede aguantar la presión de la armadura, que le oprime y le ahoga hasta dar con él en el suelo. Medio desvanecido, pide a voces que le arranquen el horrible artefacto. Se encuentra incrustado en el molde de otros siglos y no puede salir. Prisionero en una armadura, siente sobre el corazón sin energía, sobre su costillaje débil la cáscara del heroísmo antiguo. Un buen amigo le libra de morir, cuando pide socorro a los criados, y mientras le libera hace comentarios irónicos: «¿Sabes qué me ocurre? España está como tú..., metida en los moldes del pasado y muriéndose, porque ni cabe en ellos ni los puede soltar. Bonito simbolismo, ¿eh? Vaya, voy en persona a traerte alguien que te libre de ese embeleco... Porque ¡si esperas a los criados!...»

De todos estos cuentos, interesantísimos y estupendos, el que ofrece solución más práctica e inmediata es *El caballo blanco*, representativo del activismo de la escritora. Ya se ha dicho que a esta mujer no le basta con llorar y morderse los puños, porque los necesita para trabajar.

El cuento tiene mucha intención. Después del desastre, Santiago Apóstol, allá en las delicias del cielo, oye que le sacan de su inactividad, que le llaman desde la tierra española. Se apresura, gozoso, creyendo que va a tomar parte en un nuevo combate. El señor Santiago

baja dispuesto a esgrimir el acero llameante para ayudar al soldado español, desangrado, medio muerto. «Y cuando ya el Apóstol trataba de afianzar el pie en el estribo de plata para saltar, he aquí que aparece, saliendo del vecino bosque, otro español, vestido de paño pardo, calzado con groseras abarcas, haciendo señas para que se detuviese el Apóstol. Este aguardó; en el villano de tez curtida y de rústico atavío acababa de reconocer a San Isidro, pobrecillo jornalero laborioso, que en su vida montó más que jumentos cargados de trigo, porque los llevaba a la molienda.

—¡Orden del Señor! —voceaba el labriego descompasadamente—. ¡Orden del Señor! Este caballo nos hace falta para uncirlo al arado y que ayude a destripar terrones. Y ese español que está ahí, que venga a llevar la yunta. Bien sabes, Bonaerges, lo que dijo el Señor en ocasión memorable, cuando tu madre le pidió para ti y tu hermano el puesto más alto del cielo: «Los que quieran ser mayores, beban primero su cáliz.» Paisano mío, a arar con paciencia y sin perder minuto.»

El cuento encierra una lección de trabajo para el español derrotado, todavía valedera hoy. El buen sentido, el realismo práctico de la Pardo Bazán nos dice que ya no está el corcel de Santiago para guerras y empresas bélicas, sino para remedios y ayudas más prosaicas, para arar la tierra y lograr una buena cosecha.

La escritora daba remedios prácticos, urgentes, como los que se dan al enfermo grave y arruinado. Y no esperaba más milagros que el de la laboriosidad de su país. Por eso en otro cuento, en *El mandil de cuero,* el trabajador enarbola su mandil a manera de estandarte, sustituyendo a la bandera.

Como no es derrotista la Pardo Bazán, frente a los sollozos del pasado desastre opone el grito de «¡Resucitemos!», proferido desde otro cuento patriótico, *El milagro de la diosa Durga.*

Cuando la Pardo Bazán publica en un volumen los *Cuentos de Navidad y Reyes,* los *Cuentos de la patria* y los *Cuentos antiguos,* pone una advertencia al frente de la edición: «Advertencia de la autora. En este volumen incluyo, bajo el título de *Cuentos de la patria,* algunos de los cuales cabría decir, como dijo el poeta del *Canto a Teresa,* son un desahogo de mi corazón, y el lector puede saltarlos.»

A partir de 1898 el patriotismo será una constante en la obra de la Pardo Bazán. Si antes tenía motivos para trabajar, ahora el patriotismo será un motivo más que la incline con fervor sobre las cuartillas.

El amor a la patria la acercará a Joaquín Costa, derribado por la enfermedad y la desilusión. Así lo reconoce ella misma: «Porque el lazo de simpatía que a Costa me unió fué una gran intensidad de

patriotismo... Costa, más que un político, ha sido siempre un patriota. Su política fué brote de su patriotismo, exaltado por el desastre de 1898. Aquella fecha luctuosa abrió en él, como en mí, hondo surco. Entonces Costa habló de echar llaves al sepulcro de El Cid y yo escribí las frases «leyenda dorada y leyenda negra», que tanto curso han obtenido.»

Las frases fueron pronunciadas en Francia, en una conferencia que la Pardo Bazán leyó en francés en la Salle Charras, de París, el 18 de abril de 1899, invitada por la Sociedad de Conferencias.

Recién ocurrido el desastre, la Pardo Bazán escoge como tema de su conferencia *La España de ayer y la de hoy (L'Espagne d'hier et celle d'aujourd'hui. La mort d'une légende).* Con severidad suma, con franqueza brutal, expone su opinión acerca de la patria, como el doctor que dictamina un caso grave y urgente, para que el cirujano corte por lo sano después del diagnóstico.

Habla la Pardo Bazán de la leyenda dorada, creación colectiva de los españoles, «esa funesta leyenda que ha desorganizado nuestro cerebro, ha preparado nuestros desastres y nuestras humillaciones». De las dos leyendas, la dorada y la negra, es la dorada, la heroica y la hermosa, la que más daño nos hace, ya que caracteriza a la leyenda dorada la apoteosis del pasado. Deshace la escritora la leyenda del valor milagrero del ejército, que acaba de ser derrotado por la técnica; censura la anarquía individualista de los españoles y, sobre todo, critica el exceso de leyes que hay en España. «Leyes más bien nos sobran.»

Cuando trata de la religión, su juicio no es menos severo: «En cuanto a nuestra religiosidad, también nos engaña la leyenda. Ya no somos un pueblo religioso, ni siquiera un pueblo que practica...; hallaremos en la burguesía más bien la indiferencia; en el pueblo, el asentimiento maquinal o la irreverencia inculta... Tenemos, sí, la centella de religiosidad, como tenemos la del valor...»

La Pardo Bazán va revisando todos los tópicos de la vida española y, como hija de España, buena conocedora del paño, no perdona una mentira. Todo es falso. Respecto al trabajo, desdeña el español el esfuerzo: «Siempre la improvisación, siempre el escopetazo; por eso prospera tanto la lotería», y la empleomanía, que garantiza el no hacer nada.

Si se trata de la mujer: «Para el español, la mujer es el eje inmóvil del planeta..., y no queda a la mujer más salida que el matrimonio, y en las clases pobres, el servicio doméstico, la mendicidad y la prostitución.»

En la sala silenciosa y expectante resuenan frases tan terribles y condenatorias como éstas: «El monstruoso fenómeno de una nación convertida en estatua.» «Los únicos vivos en España son los muertos.»

Ni que decir tiene que las acusaciones no se dirigen sólo contra España. Si España es culpable de haberse creado la leyenda dorada, en cambio los Estados Unidos y otros países cargan con la culpa de la leyenda negra: «La contraleyenda española, la leyenda negra, divulgada por esa asquerosa prensa amarilla, mancha e ignominia de la civilización en los Estados Unidos, es mil veces más embustera que la leyenda dorada.»

Como española, tampoco la Pardo Bazán está libre de culpa. Sin embargo, reconociendo las faltas del pasado, puede disponerse a enmendar el futuro. Dice: «Sería poco leal acusar a todos sin acusarme a mí misma explícitamente. Sí, he sido legendista, sobre todo en mi juventud, en los años entusiastas. He visto pasar el fantasma de la tradición que se aparece a los españoles y he seguido sus huellas. No sin lucha, no sin hondo sufrimiento, he tenido que discernir al cabo la verdadera *situación de la patria,* y *sólo en virtud de imperativo* mandato de la conciencia he llegado a mi actitud presente: a condenar no la tradición propiamente dicha, sino la mentira convencional disfrazada de tradición. Prefiero la inconsecuencia a la impenitencia, y no conozco más medios de rectificar ideas erróneas sino los que he empleado: la lectura, los viajes, la observación diaria, la vida, en suma. Tiempo hacía ya que había comprendido la vanidad de la leyenda; pero al atreverme a decirlo, me maltrataban. De la realidad..., cansada y desalentada solía volver al legendismo. Cerraba los ojos para no ver la España actual; miraba únicamente hacia el pasado; el pasado era estético, y la estética consuela...»

La prensa francesa reseña la conferencia y su excesiva franqueza, aunque la considera útil, saludable y patriótica. *Lévenement* escribe: «La palabra de la señora Pardo Bazán es ardorosa, llena de colorido, vibrante; y cuando la indignación hiere su alma, las frases caen cortantes, a modo de cuchilla de guillotina.»

La Correspondance Politique dice: «La frase de la señora Pardo es de fuego y de luz: laten en ella la fe y el más ardiente patriotismo.»

No obstante los aplausos franceses, en España la conferencia se considera escandalosa, un escándalo más en la serie de escándalos literarios de la vida de la escritora. Tanto es así, que al editarla pocos días después, el 5 de mayo, la Pardo Bazán se escuda con un artículo-prólogo de don Arturo Campión, titulado «La regeneración y la verdad», donde se defiende a la autora y se elogia su valiente sinceridad y tenaz y dolorido patriotismo.

En la bibliografía también la Pardo muestra que no está sola; hay un estado de opinión semejante al suyo. Cita *Hacia otra España,* de Ramiro de Maeztu, y *En torno al casticismo,* de Unamuno. Es el momento en que la Pardo Bazán da la mano a los elementos juveniles, a la generación nueva. ¡Feliz momento en que los mayores y los jóvenes se unen en la desesperación y en la esperanza!

Azorín, el 17 de marzo de 1898, le escribe: «Su impresión de usted tan entusiasta para la gran santa de Avila confirma lo que manifesté a usted hace pocos días: la evolución que predije a usted. España no tiene más que pasado; pero un pasado que nos atrae a todos en razón de las deficiencias y miserias del presente.»

Cuando pase el tiempo y por otros motivos continúen los ataques, la Pardo Bazán hará profesión de independencia y recordará el episodio de la conferencia: «La suerte me ha hecho independiente. Mi pluma no se halla adscrita a partidos, bandos ni empresas. Es libre y lo ha demostrado bravamente en cien ocasiones. Tal vez si de algo he adolecido es de no velar mis ideas ni mis juicios, lo cual no dejó de acarrearme algunas desazones. Cuando volví de París, en 1889, después de mi conferencia en la Salle Charras, no faltaba quien quisiera lincharme. Ningún interés me sujeta. Las mujeres no podemos sentarnos en el Congreso ni ser «de los de don Fulano o don Mengano». Por eso no faltó quien me llamase en otros días "La Capitana Verdades."» Hablando en lenguaje vulgar, la Pardo Bazán fué mujer que siempre hizo lo que le dió la gana.

Tan patriota se siente doña Emilia que, incluso cuando escribe sobre asuntos fútiles, no puede olvidar el vivo sentimiento de la patria. Aficionadísima a la cocina, de vez en cuando se entretiene en *La Ilustración Artística* en recomendar a sus lectores algunas recetas culinarias, con lo que intenta captarse al público femenino. Entonces recomienda un postre de frutas, hecho con naranjas doradas y granadas rojas, de modo que con los granates de la granada se pueda dibujar sobre el oro de la naranja y trazar la bandera española.

¡Pobre dama! ¡Excelsa mujer! Nadie podrá acusarla nunca de mala patriota; a su patriotismo no le faltan ni los berrinches ni las rabietas cuando se manifiesta de manera infantil; tanto, que hace reír entre las lágrimas como la pataleta del niño y la maldición de la gitana. Así, cuando escribe el artículo titulado *Respirando por la herida:* «No lo puedo evitar, ni me importa que se califique de pueril y de mezquino este sentimiento: llámenle como gusten y repruébenlo si les parece: yo me alegro, me alegro, me alegro tres veces y tres mil de los reveses, desengaños y complicaciones que atrae a los yanquis la injustísima anexión de Filipinas.

Ojalá que en la garganta del dogo que a dentelladas nos ha despedazado se atragante ese hueso y le produzca asfixia. Permita Dios que la resistencia de los indígenas, el clima, la topografía, la indisciplina de soldados voluntarios y bisoños, todos los elementos que puedan hacer fracasar una campaña, se reúnan y se den de mano para arrojar vergonzosamente de aquel paraíso a los que pusieren asechanzas a nuestro calcañal.

...Pudieron nuestros desaciertos al no prevenir y nuestra desmaña al no extinguir una insurrección que de palabra vencíamos diariamente, determinar y fundamentar la intervención de los Estados Unidos en Cuba; pero la anexión de la Antilla y, más aún, la de Filipinas, quitaron la careta a la verdadera intención de un pueblo que tuvo el mal gusto de cultivar, en vísperas del siglo XX, la hipocresía, el vicio de las épocas serviles.» — CARMEN BRAVO VILLASANTE.

CONTANDO A PUERTO RICO

«El (toro) Josco ensayó un tranco ligero hasta penetrar en la veredita. Se detuvo un momento. Remolineó ágil y comenzó a estoquear los pequeños guayabos... La testa coronada se le enguirnaldó de ramas, flores silvestres y bejucales...» — ABELARDO DÍAZ ALFARO: *El Josco.*

Contando a Puerto Rico. La isla se puede encontrar por los caminos de la geografía; es fácil: está en el corazón de las Antillas. O por las rutas del idioma: allí donde el castellano se hizo frontera y baluarte. Pero yo prefiero que me la cuenten sus escritores; si es posible, los últimos, los más jóvenes: los que tienen que elegir entre quedarse o irse, entre la lengua de la tierra y la de la escuela.

Que nos cuenten a Puerto Rico con eso, con cuentos. Cada uno será una pincelada del cuadro total, impresionista por el autor, realista por el sujeto. Como quería Velázquez.

Afortunadamente, la compañía será buena. Pocas literaturas de Hispanoamérica ofrecen hoy una tradición narrativa —en el cuento, en la novela corta— como la de Puerto Rico. Los escritores de nuestros días, esos que ahora tienen entre veinticinco y cuarenta años, pueden acordar y continuar la obra de Miguel Meléndez, Enrique Laguerre, Emilio Belaval, Tomás Blanco, Vicente Palés, José Alegría... Un interés poco frecuente por el cuento irradia desde las páginas literarias de *El Mundo* y de la espléndida revista *Asomante,* mientras la con-

sagración anual cristaliza en los premios de Navidad del Ateneo puertorriqueño. Los escritores de Puerto Rico se asoman después a las traducciones, se incorporan a las antologías internacionales; los cuentos de Puerto Rico llegan a los libros de texto para la enseñanza del idioma castellano en la isla.

Un grupo de escritores jóvenes están revelando, en libros de cuentos, la personalidad de Puerto Rico. Se llaman Abelardo Díaz Alfaro, René Marqués, Pedro Juan Soto, José Luis Vivas, Emilio Díaz, Salvador de Jesús, Edwin Figueroa, José Luis González, José Emilio González, Violeta López Suria, Juan Martínez Capó, Ester Feliciano, María Teresa Serrano, Fernando Jiménez, Juan Enrique Colberg, Arturo Parrilla, Julio Marrero, Héctor Barrera, Gerardo Martín, Luis Quero, Silas Ortiz y Manuel del Toro. En estos nombres está el presente y el futuro más inmediato de las letras puertorriqueñas. Ellos nos están contando a Puerto Rico.

El hombre que se hizo social

Escuchad esta bella definición del género literario del cuento debida a Abelardo Díaz Alfaro: «El cuento es para mí síntesis poética; se acerca en mi concepto a lo que es en poesía el soneto. No puede en este género perderse una sola línea, un solo trazo. La trama es secundaria en el cuento. Esta puede ser muy elemental y, sin embargo, resultar efectiva si el tratamiento es adecuado. Quizá pudiera relacionarse el cuento con la escultura más que con la pintura; es decir, el trazo que se da debe ser definitivo, no hay lugar a enmiendas.»

Díaz Alfaro, discípulo de Miguel Meléndez, enlaza directamente con los escritores del 30 y capitanea la nueva promoción narrativa. Nacido en 1919 en la localidad de Caguas, sus iniciales estudios de pintura han influído poderosamente en su posterior y definitivo quehacer literario. Si hemos visto cómo comparaba la factura del cuento con la estatua, la pluma con la gubia, es mejor el pincel lo que sitúa a sus cuadros y estampas narrativas, en las que la percepción de la imagen, la realidad de un momento aprisionado para siempre, nos hacen recordar sus escritos con una memoria casi íntegramente visual.

En su obra ha ejercido una definitiva influencia la experimentación social. Fué el primer trabajador o educador social que vivió en el mismo barrio rural al que fué destinado. Con un receptor radiofónico atraía a los trabajadores en las horas de descanso, y al mismo tiempo que cumplía bellamente su misión, se asomaba a un continente humano, rico en sugerencias y contrastes para el escritor. Así surge *El Boliche* y el personaje de Peyo Mercé, durante su estancia en los barrios

Bayamoncito de Cidra y Río Abajo de Comerío. Esta aventura termina cuando Díaz Alfaro se dirige a un especialista en nutrición, pidiéndole que le redacte un sistema alimenticio para una familia de trabajadores, compuesta por diez personas, que cuentan con unos ingresos de diez dólares mensuales. Es «dimitido».

Pero la labor de investigación social y educativa no dejará de acuciar al escritor. Desde el Departamento de Trabajo labora activamente como investigador de leyes para la protección y recuperación de menores, y después, al pasar a la emisora radiofónica VIPR, del Departamento de Instrucción Pública, escribe más de dos mil estampas y guiones para las audiciones culturales de aquel organismo.

«El Josco»

En 1948 publica Díaz Alfaro un libro, *Terrazo,* premiado por el Instituto de Literatura, que el Departamento de Instrucción Pública declara texto oficial para la enseñanza del español. Con este libro, el cuento puertorriqueño alcanza su mayoría de edad, atrayendo el interés de los estudiantes y de la Universidad y pasando a figurar en antologías internacionales. Este libro señala además el recto camino para los escritores de la isla, el nacionalismo narrativo, la descripción de la tierra, el tema rural, las costumbres de los «jíbaros», los problemas sociales y humanos del país. Cuatro cuentos, cuatro retratos y cinco cuadros integran este volumen, ya clásico de la literatura hispanoamericana. Su importancia filológica es decisiva porque el escritor recoge, con ironía y amenidad, el habla del campo, señalando un camino que luego seguirán acertadamente René Marqués y Pedro Juan Soto, entre otros. Si el defecto principal de Díaz Alfaro recae en el abuso de adjetivos, en cambio la viveza de las metáforas, el sabor de unas imágenes arrancadas directamente de la realidad, el tratamiento artístico, que no se contenta con el esbozo y persigue una obra terminada, definen el estilo de este escritor, una de las más auténticas esperanzas de la actual promoción literaria.

Si el cuento «Santa Clo va a la Cuchilla» nos hace asistir regocijados a un auténtico sainete novelado, sin duda lo más importante de *Terrazo* —y quizá de todo lo escrito en la narración corta puertorriqueña en los últimos veinte años—, es ese maravilloso relato titulado «El Josco».

Díaz Alfaro inicia aquí la utilización de emblemas de animales del campo de Puerto Rico para satirizar las costumbres, describir el paisaje circundante, cantar la apología de la tierra. Los hombres permanecen en un contorno nebuloso, apenas para caracterizar el

ambiente, quizá porque los protagonistas zoológicos, humanizados, ocupen su lugar. Por primera vez en las letras de la isla aparece la fábula en la que lo puertorriqueño se encara con el problema mismo de su existencia amenazada. La moraleja insistentemente repite la angustia de una personalidad nacional expuesta al sacrificio.

Así se describe al toro protagonista de «El Josco»: «Sombra imborrable del Josco sobre la loma que domina el valle del Toa. La cabeza erguida, las aspas filosas estoqueando el capote en sangre de un atardecer luminoso. Aindiado, moreno, la carrillada en sombras, el andar lento y rítmico... Era hosco por el color y por su carácter reconcentrado, huraño, fobioso, de peleador incansable. Cuando sobre el lomo negro del cerro Farallón las estrellas clavaban sus banderillas de luz, lo veía descender la loma majestuoso, doblar la recia cerviz, resoplar su aliento de toro macho sobre la tierra virgen y tirar un mugido largo y potente para las rejoyas del San Lorenzo.»

Y tras esta descripción con que se inicia el cuento, uno de los «jíbaros» de la finca de Toa Alta, donde transcurre la infancia del escritor, nos da el símbolo de este toro —tótem de España— en el que se encarna ahora Puerto Rico:

«—Toro macho, padrote como ése, denguno; no nació pa yugo —me decía el jincho Marcelo.»

De pronto, la amenaza de fuera. El dueño de esta hacienda de Toa Alta quiere mejorar los cruces de su vacada. Van a traer un semental norteamericano, «... un enorme toro blanco. Los cuernos cortos, la poderosa testa mapeada en sepia. La dilatada y espaciosa nariz taladrada por una argolla de hierro...». Y el toro de la tierra le planta desigual batalla. Es de menor alzada que el semental extraño; retrocede, mientras la lucha se desarrolla ante los peones y las vacas: «Las cabezas pegadas, los ojos negros y refulgentes inyectados en sangre, los belfos dilatados, las pezuñas firmemente adheridas a la tierra...» Retrocede el toro menor, «pero no juye». Y al final vence el toro blanco norteamericano, que, sin embargo, por decisión de las fuerzas oscuras que el Josco no puede comprender, quedará de dueño y señor de la tierra, de sus campos edénicos, donde le esperaban las hembras tostadas.

Y llega el epílogo de esta tragedia menor en la realidad, mayor en el símbolo. Cuando al Josco tratan de uncirlo a los yugos de los bueyes viejos, cuando ya se ve «buey rabisero, buey soroco, buey manco, buey toruno, buey castrao», escapa de las querencias, escapa a los cerros para verlos por última vez. Y al día siguiente lo encuentran muerto, escondiendo la cabeza sobre una alfombra de bejucos, raíces

y flores. La oración fúnebre, de despedida al compañero fiel, la pronuncia lloroso el jíbaro comadrón de su nacimiento:

«—Mi pobre Josco se esnucó de rabia. Don Leopo, se lo dije: ese toro era padrote de nación; no nació pa yugo.»

«Los perros»

En los cuentos de Abelardo Díaz Alfaro existe una fidelidad germinadora hacia los escritores españoles e hispanoamericanos. Ante todo, el mismo aire de belleza sorprendida, aprisionada, rural, de los cuentos de Gabriel Miró. Pero el estilo, que a veces persigue los ideales de simplicidad, incluso la forma concisa, breve, quintaesenciada, de *Azorín,* cobra mayor fuerza y reciedumbre frente a la naturaleza de las cosas y de los personajes-animales, que nos hacen pensar paradójicamente en Ramón Pérez de Ayala y en Camilo José Cela. Estos nombres que hemos citado los menciona expresamente el escritor puertorriqueño, junto con los de Ricardo Güiraldes, José Eustasio Rivera y Rómulo Gallegos, como determinantes de su formación literaria.

Durante ocho años, Díaz Alfaro, entregado a la terrible y absorbente labor de escritor radiofónico, permanece ausente del cuento, del libro. El éxito de *Terrazo* le obliga además a cuidar la obra sucesiva. En 1956 aparece en la revista «Asomante» un nuevo cuento de tema, ambiente y encuadre fieles a la dirección anterior. El cuento se titula *Los perros,* y describe la lucha a muerte entre un desmayado y viejo jamelgo y una jauría de canes voraces. Otra vez el símbolo es inequívoco.

Sí, el tema rural —paisaje, personajes-animales, preocupación social y nacional— siguen siendo los mismos en *Los perros* que en «El Josco»; pero algo ha variado fundamentalmente en la forma, en el tratamiento narrativo. Como todos los escritores de la promoción del 40, Díaz Alfaro se ha interesado por las recetas estilísticas del norte. El resultado, como en otros casos, ha sido negativo. Si el toro hosco se describía como un auténtico símbolo de la tierra y su humanización no rebasaba los límites exactos precisados por su calidad de protagonista, en *Los perros* el rocín «jíbaro», víctima propiciatoria de los perros de la codicia o de la injusticia social, razona con elucubraciones «metafísicas» que, además, se destacan tipográficamente, infantilmente. La estampa pierde así toda unidad, su fuerza se diluye y el artificio del tratamiento choca y destruye todos los efectos de un tema alto y bello. De cuando en cuando el escritor se rebela contra los modismos formales, extraños, que no sabemos por qué se impuso y encuentra

la imagen exacta, el cuadro realista, la sobriedad de expresión de *Terrazo*. Ved la transición en un fragmento, del que respetamos la tipografía original:

«... Esos perros que no dejan en paz a los caballos en los caminos. En las noches lunadas lo acosaban con más encono y crueldad. Lo perseguían sin darle sosiego. Se multiplicaban los ladridos. Ladridos lentos, lúgubres. Ladridos estridentes, agudos. Ladraban en coro. El era un espectro de luz. Una escuálida estatua de luna. Contra el ojo hipnótico, acuoso, los perros se alargaban, se tornaban fantasmales. Llegaban con sigilo, uno a uno, arrastrándose. Escuchaba el gruñido sordo, el acezar de las bocas negras. Presentía las lenguas rojas, babosas, de plata. Los ojillos duros, perversos. Los hocicos húmedos. Frotaban los rabos cerdosos contra su vientre seco. Le hundían con saña los colmillos en la carne dolorida. Era un dolor agudo, un dolor sin nombre.

Los patearía como antes. Los dejaría tendidos en los caminos con las bocas espumosas ensangrentadas. Los haría huir con el rabo entre las patas. Los perros cobardes...»

Abelardo Díaz Alfaro es un valor indudable en las letras hispanoamericanas contemporáneas. Comparte con sus compañeros de promoción la difícil tarea de plasmar la nacionalidad literaria de Puerto Rico. Cuanto más ahonde en la tierra antillana, cuanto menos se guíe por modos y formas efectistas, mejor lidiará el toro y menos le comerán los perros.—MANUEL ORGAZ.

INDICE DE EXPOSICIONES

EXPOSICIÓN DEL ARTE ARGENTINO EN MADRID

Como epílogo de los diversos actos celebrados en memoria del general San Martín, se inauguró en la sala de la Dirección General de Bellas Artes la exposición titulada «Ciento cincuenta años de pintura argentina». El sentido de la exposición, lo más importante, lo expresó el embajador del país hermano, general Héctor d'Andrea, con estas palabras: «En nombre de la Argentina, y en ocasión de la inauguración del monumento al general San Martín en Madrid, tengo la gran satisfacción de presentar al público español la exposición que, con el título «Ciento cincuenta años de pintura argentina», reúne un conjunto representativo de ilustres artistas de mi patria... España, cuna de gloriosos pintores, en donde hasta en el más lejano rincón encon-

tramos en sus ermitas y en sus castillos un Greco, un Velázquez, un Ribera o un Murillo, no podía dejar de recibir esta expresión artística argentina. El conjunto de la exposición, compuesta de un centenar de cuadros, abarca distintas escuelas pictóricas. Es una muestra caracterizada del arte argentino en sus ciento cincuenta años de vida. Sus firmas, pertenecientes a pintores desaparecidos y contemporáneos, muchos de ellos distinguidos en los principales museos del mundo. Hoy se presenta este conjunto al pueblo español como homenaje de la nación argentina a la Madre Patria, que supo brindar al mundo tantas glorias del arte.»

Y bien podemos estar agradecidos a esta ofrenda, que nos permite asistir al proceso de una pintura hispanoamericana que es, sin duda, la más caudalosa de todas tanto por la cantidad como por la calidad de muchos de sus componentes.

Si recordamos la obra del catedrático de Artes Plásticas de la Universidad de Buenos Aires don José León Pagano *El arte de los argentinos,* compuesta de tres grandes tomos, tamaño folio, se hace difícil compendiar la actividad artística del país hermano, que tantas muestras ha dado de su fecundidad y de su valía, siendo uno de los testigos las exposiciones bienales celebradas en Madrid, La Habana y Barcelona. Si atendemos a los años de nacimiento, veremos, como es lógico, que la pintura argentina sigue los pasos de la pintura española de la época. Así, un academicismo romántico es el que percibimos a través de los retratos de los maestros de antaño. Luego la influencia sigue, hasta que el peregrinaje a París hace que el impresionismo y sus escuelas se entronicen en el arte argentino, que señala su independencia artística más por la temática de algunos pintores costumbristas —esos que en todos los países salvan tantas cosas— que por las expresiones formales de una plástica. Y es el crítico argentino Julio Payró quien, en su interesante obra *Facetas del arte argentino,* nos dice: «La pintura de nuestro tiempo carece de unidad. Hay un espíritu moderno que se manifiesta fraccionado en cierto número de escuelas renovadas, pero no se ha afirmado un estilo moderno característico del XX, aunque se insinúa en el esfuerzo de algunas tendencias afines que han demostrado su valor en obras bellas. Lo que ocurre en todas partes del mundo también acaece en la Argentina. Así, quien afronta la tarea de compendiar nuestra pintura contemporánea, pronto advierte que no es posible trazar de ella un cuadro unitario. A lo sumo puede sintetizarse el impulso artístico de la nación en unos cuantos creadores originales que hacen o pueden hacer figura de abanderados, de jefes de grupo de las orientaciones sanas y vivientes que encuentren eco simultáneo en los talleres del país. En otras palabras, no se puede

hablar de un arte nacional diferenciado, sino evocar cierto número de aspectos rotundos y brillantes de la pintura argentina...»

Esta interesante exposición es una excelente prueba, aunque —a nuestro juicio particular— faltan algunos nombres, como los de José Martorell, cantor de tipos y paisajes; Terry, Norha Borges, etc., señalando los de tendencia más diversa, aunque en los pintores elegidos sobran motivos de elogio desde Schiaffino hasta Ballester Peña, a quien conocimos en Madrid, de tan honda vocación «mística» en su obra. La lista es extensa, y cada nombre pone de manifiesto una tendencia, un vértice plástico diferente que ofrece una variedad excelente que permite seguir al aficionado la bondad del arte argentino y, al paso y repaso, seguir la evolución del arte moderno y contemporáneo.

En esta exposición es signo repetido, a través del tiempo transcurrido —poco tiempo— para completar una historia, la bondad de las obras expuestas, desde los primeros retratos de Pueyrredón, cuyo *Retrato de don Santiago Calzadilla* puede figurar en nuestro Museo Romántico, pasando por la obra de Sivori o la «historicista» de Della Valle y la «social» de Mendilahrzu, hasta llegar a la Victorica o la de los abstractos Yente y Del Prete. Pero siendo imposible hacer una glosa, que bien merecen las firmas expuestas, hagamos un elogio general y, sobre los méritos de la plástica, el bello sentido que el embajador ha dado a esta importante exposición, que tanto debe agradecer España.

Velázquez y la Asociación de Críticos de Arte

En el Ateneo ha hecho presencia por vez primera la Asociación de Críticos de Arte con un acto de homenaje a Velázquez, que cierra el ciclo de la conmemoración. Nuestros admirados compañeros Camón Aznar, Gaya Nuño, Alberto del Castillo y Castro Arines hicieron semblanza de figura, obra y consecuencias en muy acertados estudios. Y bien está recordar la participación de la crítica en las jornadas de Málaga, convocadas por el Instituto de Cultura Hispánica, en las cuales la representación española tuvo una lucidísima actuación acerca de la conmemoración velazqueña, en inolvidables coloquios que quedarán recogidos, junto con las excelentes intervenciones de las representaciones extranjeras, en próximo volumen.

Ramón Lapayese

La exposición de esculturas de Ramón Lapayese, en la sala Neblí, es la afirmación rotunda de que este nombre entra a formar parte

—no en el concepto y sí en la bondad— del concierto, en el cual se hallan los nombres de Pablo Serrano Oteyza, Serra Chirino o Chillida... Ramón Lapayese, en ese gran ciclo de nuestra escultura actual, representa el expresionismo llevado a su extremo. Tal es la nota dominante de su pensamiento y de la realización. Su *Profeta* es una visión tremenda, espeluznante, del aviso último. La materia empleada presta una calidad «terrorífica» a la figura, de la cual parece que vamos a oír las advertencias apocalípticas...; pero en cualquier obra, la materia, el obligado hueco que es hallazgo de nuestra escultura contemporánea, tiene motivos sobrados para que Ramón Lapayese ocupe muy justificadamente ese sitio de privilegio que ha adquirido en su estudio de París.

Yovin

En la sala Mayer ha expuesto una obra «simpática» este artista venezolano que, dentro del ámbito de la afición, denota buen conocimiento e intuición de la pintura. Yovin es uno de esos «temidos» autodidactos que creen que la pintura llega por sí sola. Si este artista hubiese sometido su pincel y su lápiz a un largo entrenamiento y estudio, hoy sería un gran pintor, pues «ve» la pintura y «siente» el color. Lástima que su obra se resienta de esa falta de oficio que tanto exigimos, pues sin él no es demasiado difícil realizar alguna «cosita» que no esté mal del todo. Yovin en las flores acierta a expresar su «alma». No en balde nació en país que es emporio floreal. Con el querido Lozoya comentábamos que es lástima que la gran ventana vegetal que abrió Humboldt no tuviera en el arte seguidores, pues si en algún país —con Colombia— la flor es tesoro variado, es en el de origen de este Yovin, tan buen futuro pintor y tan necesitado de que la disciplina preste a su obra ese acento que la haga definitiva; aunque la espátula, tan generosa, brinde efectos-sorpresa o encuentre los que el artista, llevado de su intuición, nos regala, pero haciéndonos pensar que las dotes quedaron cercenadas y disminuídas por la falta de ese «deprender» de la pintura, del que tan bien habló nuestro buen Palomino.

Enrique Herreros

Estamos seguros que habrá muchos lectores que si decimos que los aguafuertes de Enrique Herreros no tienen parigual entre nosotros desde Goya, quedarían asombrados. Nosotros quisiéramos —con toda responsabilidad— que en la sala de la librería Afrodisio Aguado se fija-

ran detenidamente en la hechura y «cochura» —que diría Gracián con su habitual juego— de estas obras de Enrique Herreros; ante sus *Muertos* o su *Tauromaquia,* el resultado es fácil, y podríamos buscar en el recuento del aguafuerte español la pareja de ellos, sin encontrarlos, tras el anuncio estentóreo y genial de Goya. El gran punto y aparte.

Herreros incorpora a una faceta de nuestro arte contemporáneo tipos que ya tienen signo e historia. Las anécdotas de sus «paletos», los diálogos de sus «muertos», esos que se quejan abriendo las mondas quijadas y exclamando «¡Ay, qué muerte esta!», o la pareja que, sentada al borde de la tumba, dialoga, murmurando el esqueleto del hombre al oído de la mujer amada: «Te querré toda la muerte», son «chistes» que encajan perfectamente en nuestra literatura del XVI o del XVII. No en vano es Herreros lector atento de coplas del comendador Escrivá, de Manrique, del Padre Estella, y gustaría de ilustrar el *Tratado de la Agonía,* del maestro Venegas, o el *Tratado de la Vanidad,* de Mañara... En Herreros hay fondo y trasfondo. Su obra es un producto españolísimo; lo era ya cuando, con Pepe Caballero, fundó el «gradivismo», y lo es ahora, ya en el reposo de una forma total y carpetovetónica. Es uno de los artistas que servirán para encontrar explicación a lo español. Así lo afirmaba también el inolvidable Mourlane Michelena y el maestro d'Ors, admiradores de este hombre inquieto, alegremente triste, que tanto nos ayudó a descubrir cosas y hombres por los caminos de España.

José Lapayese

José Lapayese es de los pintores abstractos que saben lo que quieren y, lo más importante, saben decirlo. Sus cuadros —para los que sepan ver bien— constituyen una lección de ejecución. La materia no está ni desbordada, ni puesta por ese azar que tantas ventajas proporciona. Obedece a un impulso subjetivo bien inserto en la plástica, bien unido a ella. Es una pintura en la que podemos ver, primero, el cuadro en su totalidad; luego, seguir la labor del artista en busca de unas calidades de excepción. La pintura se halla bien sujeta al lienzo, con su porqué y su para qué... Podemos seguir al color en sus más variadas matizaciones, y al regusto de la materia, en sus buscadas gradaciones. Es cuadro completo cada uno de los que figuran en una exposición ejemplar, ante la cual pueden aprender los que creen que «lo abstracto» es fácil y posible, aplicándole luego trigonometría o álgebra, olvidando que, ante todo y sobre todo, es o debe ser pintura.

Ignoramos por qué la exposición dedicada a Moratín en la sala de la Biblioteca Nacional no ha tenido alerta alguna. Ni invitaciones, ni anuncio —a no ser el colocado en el mismo edificio—, ni catálogo. Y es lástima, porque la figura lo merece en el segundo centenario de su nacimiento y porque la exposición puede ser ejemplo de bien hacer y de bien concebir. En las salas de exposiciones de la Biblioteca se exponen retratos del gran poeta y dramaturgo, recuerdos personales, ediciones de sus libros, paisajes del Madrid de su época; de París y Roma, ciudades en las que vivió, y tipos populares y escenas de costumbres, algunas tan interesantes como las de Alenza. Y si los nombres de Goya y Eugenio de Hartzembusch —autor a los quince años de un mueble en que se guarda el diario de Moratín— son nombres, amén de otros muchos, que resucitan una época y un ambiente, ¿no merecería eso el haber cursado unas invitaciones y haber realizado un catálogo? La exposición es ejemplar por el buen pensamiento que la informa, por el buen amor que se ha puesto en la selección de nombres, en la elección de ediciones, en las páginas manuscritas de Leandro Fernández de Moratín, el secretario del conde Cabarrús... Es una exposición que constituye un remanso en el trajín de cada día, y que bien merece que se destaque —aunque sea a última hora— para que estas líneas sirvan, por lo menos, de reconocimiento hacia una labor hecha de una manera poco frecuente en la forma de honrar a nuestros hombres de pro.

Moratín y su tiempo. ¡Gran tema! No olvidemos el triste tiempo de Moratín, nacido en Madrid el año 1760, cuando el abate Hervás decía de nuestras Universidades: «A la verdad no se la puede oír sin escándalo, desprecio o risa algunas disputas en que personas eclesiásticas o religiosas vocean, manotean o patean como desesperados sin respetar su carácter ni el de los oyentes. El silogizar es lo mismo que hablar incivilmente.» Y dice *Azorín* en su estudio sobre Moratín: «España no se distinguió por sus adelantos científicos. ¿Y cómo había de distinguirse, si las Universidades eran asilo de ignorancia y pedantería?» Si a esto añadimos que cuando Carlos III quiso crear la cátedra de anatomía, algunas Universidades se negaron a tener esa cátedra porque «no era necesaria» para el estudio de la medicina... Las citas serían muy largas, desde los recuerdos de Torres Villarroel a Gener, aunque no hay que olvidar que por la misma época se hace el esfuerzo magnífico del Padre Feijoo con su *Teatro crítico,* el de Benito Beils —más pequeño— con *Elementos de matemáticas,* los baldíos de Jovellanos y los de Mayáns, Jorge Juan, Pérez Bayer, Cabanilles y algún

otro que eran excepción...; se censuraban las páginas del *Diario de Madrid,* que hablaban «sobre la fecundación de las plantas según el caballero Carlos Linneo...».

Sean estos ligeros antecedentes precisos para situar a Moratín, deseoso de cambios de pensamiento y de acción, y de costumbres, y de módulos de enseñanza... De ahí su lógica disconformidad y la justificada ironía de sus obras, desde *La mogigata* a *La comedia nueva o el café,* aparte de su labor poética y crítica. Moratín fué figura castiza de nuestro teatro. Y es cierto lo que afirma de él el crítico francés Eugenio Baret cuando dice en su *Histoire de la litterature espagnole:* «Moratín ocupará siempre en el Parnaso español un lugar distinguido, al lado de Calderón, de Moreto, de Rojas.»

Por todo ello y, sobre todo, por el buen tino y gusto, esta exposición merecía una atención mayor de la que ha tenido.

El Salón del Grabado

Dicen las crónicas que la primera señal de la cruz de la historia del arte fué una incisión hecha por un joven servidor del palacio imperial en Roma sobre la piedra que era habitación del César. Lo hizo para burlarse de su compañero Anaximenos, convertido al cristianismo y que adoraba la cruz... Con estos antecedentes, el grabado demuestra su antigüedad mejor, aparte de que ha sido género por el que sintieron íntima predilección los más grandes artistas.

España entra en la gran historia del grabado con el nombre de Goya. Las cuatro series son nuestra piedra fundamental. Haciendo caso omiso de los extranjeros del siglo XVIII y de los «goyescos» románticos y «clasicistas del XIX, llegamos de pronto al año 1928, en el que se funda «Los 24», una asociación creada por Espina, Baroja, Oroz, Labrada, Esteve Botey, Castro Gil, Prieto, etc., que cambió su título por el de Agrupación Española de Grabadores, ampliando sus actividades hasta el año 1936 y resucitando el año 1952 con nuevo ímpetu, del que puede ser magnífico ejemplo la exposición Goya y los Grabadores Españoles, que recorrió Europa, América y Asia, mostrando la obra de 80 artistas y más de trescientas obras.

Este X Salón es un excelente síntoma de nuevos deseos, y aunque predominan procedimientos y conceptos que servirían ahora para ilustrar los números de *La Ilustración Española y Americana,* existen ya nuevos modos, usos de técnicas distintas a las habituales y nuevos pensamientos. Citar nombres sería larga tarea. Valgan entre los tradicionales el del fallecido Esteve Botey—buen amante del grabado—, de Castro Gil, de Prieto Nespereira, de Pinell, de Muntané, de Núñez

Alegre, de Toda, y entre los que alientan en el buen relevo de posiciones los de Alcorio, Lapayese, Goñi... Hay apellidos ingleses, chinos, japoneses, bolivianos, cubanos, etc., lo que indica que con perseverancia y renovado entusiasmo el grabado puede ocupar en nuestro gran concierto artístico actual el destacado lugar que le corresponde.

PRIETO, EL PINTOR DE LOS MOLINOS

Este Gregorio Prieto, natural de la Mancha, andariego y soñador enamorado de los molinos, merece, antes de hablar de su exposición, dedicarle un elogio por algo no muy frecuente en la geografía española, su afán de salvar paisajes. Nosotros le llamaríamos salvador de paisajes, que es un título preclaro, y que al convertirse en profesión dignifica a quien lo ostenta, ya que su labor es tan importante como otras que merecen inauguraciones oficiales. En su haber cuenta ya Gregorio Prieto con la «salvación» de los molinos de Mallorca, que ponen la gracia de sus aspas en el perfil montañoso de la capital, dando a ésta patente de antigüedad y prestando al caserío y a los grandes hoteles un refugio para la cansada vista del turista. Hay que pensar que al quebrantado ánimo le viene más útil dirigir la mirada a los molinos mallorquines que contemplar cualquier decoración hotelera, que es igual en cualquier parte del mundo. El que viaja, lo sepa o no, lleva en sí una pasión de ánimo, y más beneficioso es para el hombre fatigado descansar los ojos en las aspas, que crean molinetes en los aires, que en otra de las muchas cosas que inventa el turismo internacional. Gregorio Prieto ha llevado su gran afán a tierras de la Mancha. Allí tiene un molino propio, que es una de las propiedades que más nos gustaría tener... Lo ha convertido en museo. Y, sobre todo, ha llevado al ánimo de rectores de las provincias el deseo de aumentar molinos, de reconstruir molinos y de devolver a la Mancha su paisaje natural. Esta es una bella y práctica manera de hacer historia, por lo que el andariego Gregorio Prieto bien merece que algún reconocimiento satisfaga sus gratuitos trabajos. Ahora en la sala Prisma hace una exposición, que titula «Mi homenaje a Velázquez.» Por su cuenta, por su buena cuenta, el artista rinde tributo y recuerdo al melancólico don Diego. Lo hace con una serie de dibujos cuyos títulos indican claramente el propósito: *Corona a Velázquez, El Escorial de Velázquez, Rosas para Velázquez, La tumba de Velázquez;* ese trozo pequeño de tierra de la vieja plaza de Ramales que guarda no unos restos, sino la huella que dejaron, siguiendo con ellos el destino de España, de dejar perder sus muertos mejores.

Gregorio Prieto no necesita ahora que califiquemos sus dibujos, en cuyo apartado tiene sitio aparte. Desde su exposición en el Instituto Británico hasta la celebrada en el homenaje a Juan Ramón Jiménez, la historia de Gregorio Prieto es larga en el buen quehacer del dibujo y en la Ilustración, con mayúscula. Ahora lo ratifica.

Su obra al óleo, de fuerte cromatismo, que su buen juego íntimo ordena y hace profundamente armónico, ya ha sido elogiada con motivo de la exposición de la Casa de Campo. Todo en esta presencia del pintor manchego le ha sido propicio, y acaso sea así por el noble empeño con que lleva adelante la pintura y su caminar por la vida: soñando molinos.

Albalat

Este excelente pintor se ha empeñado en hacerse semifigurativo y abstracto. Ahora en el Ateneo expone una obra que es hijuela de la exposición que hizo en la sala San Jorge. Albalat, que es pintor de raza, siempre deja en la tela la huella de una buena impronta plástica, aunque creamos que sus primeras etapas son más interesantes, pues para él el abstractismo no es una necesidad, sino que debe ser un ensayo aprovechable para «su» pintura. Y es lástima que cuando un artista logra lo más difícil, imponer una personalidad, se aleje de sí mismo para confundirse con otros, sin que exista ninguna explicación de orden mental o plástico que lo explique. Tal es nuestro juicio. Y bien sabida es además nuestra posición estética, que podría ver con simpatía este acercamiento de Albalat a un mundo aformal, pero que no la ve así, porque creemos que en ella poco o nada tiene que hacer el artista, en cuyos cuadros se aprecia el esfuerzo por esbozar, por dejar de pintar lo que debía... Sea ejemplo *La máquina de coser,* lienzo tan bien apuntado y al que vendría bien una meditación y unas sesiones largas.

Albalat, con todo y con eso, siempre es pintor, y hay cuadros agradables y hasta bellos, pues la pintura surge espontánea de su mano. Creemos que se halla en momento en que debe pensar, reposar y ordenarse a sí mismo. No tiene que buscar nada en ninguna parte que no sea en su propia paleta. Y éste es elogio que a muy pocos se puede decir con la sinceridad y la admiración que siempre hemos tenido por el joven Albalat.

Ozores

Este es artista gallego, y, en general, a los pintores de su geografía les gusta su tierra tal y como es, y la pintura, en función de una

representación real que no necesita de otras interpretaciones más que la directa y circunstancial. Para que este cumplimiento sea efectivo en la plástica, es preciso que le acompañe un dominio del oficio, y en el caso de Ozores, su manera impresionista, sabia y enjundiosa, es una espléndida garantía de permanencia; más como en su caso, la exposición es labor de años, en la que ha puesto cabeza y corazón, algo que en buena alianza hace seguro el buen desenlace de su pintura en el mañana.—M. SÁNCHEZ CAMARGO.

Sección Bibliográfica

LA ARQUITECTURA ESPAÑOLA EN SUS MONUMENTOS DESAPARECIDOS (1)

Parodiando a Marcial—*Hominem pagina nostra sapit*—, este libro sabe a Gaya Nuño. Y digo Gaya Nuño porque el primer apellido tiene encaje de espuma en la cresta del fonema y puede echarse a volar si no se enraíza en esa eñe españolísima, se aterra y radica en el Nuño, que sabe a justicia y campo labrantío. Gaya pueden serlo otros. Gaya Nuño no hay nadie más que este hombrón—¿quién te vió y no te recuerda?—cordialísimo y niño que es Juan Antonio. Gaya Nuño parece un volcán con la pelambrera nevada. Pero, cuidado, volcán: fuego purificador. Así, este libro sabrosísimo, de gayanuñería andante, alumbra cerrado, quema si se le pone la mano encima. Como hay chispas acumuladas en el pedernal, latentes y al acecho, *La arquitectura española en sus monumentos desaparecidos* es un grito cuajado, una reserva de amor que se endureció en diamante, en luminosísimo duelo. Tiene que haber sufrido mucho Gaya Nuño inventariando barbaridades, levantando al recuerdo mutilaciones queridísimas, reliquias de lo que debiera ser. (Padrón de ignominia podría subtitularse esta acusación.) Ya le costó al autor una enfermedad su obra *La pintura española fuera de España*. Ahora le hemos visto rugir día a día, encorvarse de llevar tanta pesadumbre, tanta vergüenza por los desafueros de los bárbaros. Y salido el libro, ha vuelto a erguirse el maestro Gaya Nuño, como es justo y cariñoso llamarle. Gaya Nuño no es un fichero, un histrión del arte, sino una zarza ardiendo. El arte para Gaya Nuño es una forma de vida, no un pegujal rentable con el esfuerzo ajeno. Para el escritor de celtibéricas cóleras amorosas, el arte no es un paraíso aparte para encalabrinarse con la suculenta belleza, mientras revientan de asco los que no ven contra su voluntad: es una segregación histórica lo que se hace la vida de los hombres cuando no se diluye en holgazanería y nonada. («De la política, lo único que queda es la arquitectura», dijo un estadista español.)

---

(1) JUAN ANTONIO GAYA NUÑO: *La arquitectura española en sus monumentos desaparecidos*. Espasa-Calpe, S. A. Madrid, 1961.

El arte es una —otra— tarea de los hombres, reflejo de su sensibilidad, organización social y forma de vida. (Y más aún la arquitectura, arte comunitario que da fisonomía.) De otro modo es un entretenimiento que no vale lo que cuesta, aunque siempre revelador, positiva o negativamente. (Ahí está el colosalismo sin tradición ni solera de las dictaduras imitadoras de la antigüedad en los tamaños.) Por eso, cuando entramos en el libro de Gaya Nuño, ingresamos en un irritatorio, en una delicia, en una claridad, en un sentido y sentimiento: en la apasionante historia de ese acumulador de altas tensiones y ternuras, en esa criatura extremosa que es el hombre español, más capaz de explosiones que de fluencias profundas y seguidas, río perdido en iras más que en obras, en creencias que en razones.

El nuevo libro de Gaya Nuño es aún más doloroso que *La pintura española fuera de España*. Los cuadros desterrados no han desaparecido, lo que bien mirado es un consuelo. Por ahí andan, suscitadores de pasmo y respeto, abanderando grandezas, embajadores eficaces. Pero los monumentos desaparecidos en una taumaturgia bestial —piqueta y sanseacabó—, devueltos a la nada, para nadie, sangran más coléricamente. Un gran monumento es una obra colectiva, más expresiva del temple y grandeza de un pueblo que un lienzo, revelador del genio individual. Con la dispersión —no desaparición, como aquí— de una parte de la mejor pintura española, se agranda la onda admirativa, no se acaba de perder el cuadro. A veces —cuesta decirlo— se salva. Pierden unos hombres —los españoles—, no todos los hombres. Con la volatilización de los monumentos nos encontramos huérfanos todos, decae la luz del mundo, empobrecido en cierta medida. Aquí las soberbias torres —como en el poema— que desprecio al aire fueron no se rindieron, como sería justo, a su gran pesadumbre, al peso de su gloria. No murieron; fueron asesinadas. Y «hasta con punible fruición», como decían en 1873 don Federico de Madrazo y don Eugenio de la Cámara, citados por Gaya Nuño.

Prueba de que los monumentos desaparecidos sangran, es que las niñas zaragozanas cantaban al corro un romance que empieza así:

La Torre Nueva
ya se ha caído.
Si se ha caído,
que la levanten,
dinero tienen
los estudiantes...

Y parodiando unos versos insignes, muchos aragoneses han repetido con rubor:

Las torres que desprecio al aire fueron,
al peso de Gil Berges se rindieron.

(La torre a que alude la parodia es nada más que la Torre Nueva, «una de las más bellas torres del mudéjar aragonés», erigida a comienzos del siglo XVI.)

La arquitectura española en sus monumentos desaparecidos nace del ruego coincidente y espontáneo de dos insignes arquitectos: don Leopoldo Torres Balbás—muerto antes de salir a la calle la obra que reseñamos—y don Casto Fernández Shaw. Gaya Nuño se resistía, por considerar que la empresa propuesta era más bien labor para arquitectos. Al fin, por fortuna, le convencieron: «Decían ambos que se trataba de relación demasiado enrevesada y vergonzosa, también demasiado gemela a la venta y despilfarro de pinturas, para que el autor pudiera ser otro que el que había denunciado y llorado la pérdida de nuestros colores.» Esta es la justificación del libro de Gaya Nuño. Yo quiero parar la atención del hipotético lector sobre dos palabras que nos manifiestan al hombre: *denuncia* y *llanto*. Es decir, varonía enamorada. El que denuncia y no llora retiñe oficio o sequedad de ánima. Puede ser juez—duro menester para hombres normales—, no amador. Y Gaya Nuño, de buenos, decantados y contrastados saberes, es un hombre sensibilísimo. Y como le duele, grita, no por energumenismo caprichoso. (Véase su *Entendimiento del arte,* donde gozosamente valora y enseña a ver a los ojos modorros, desacorchando alcornoquerías.) Y añade con zumba melancólica: «Y si hasta ahora era director general de Museos Imaginarios, se me vendría a añadir la dignidad de inspector central de Monumentos Desaparecidos. A este paso poco me faltará para obispar en alguna ciudad de turcos o mogoles.» Notad, de pasada, el regusto por la palabra cabal, su confesión de quijotismo. Y conste que Gaya Nuño no ha pasado lo mejor de su vida entre algodones. (Aquí, al margen, por si nos oye alguien: ¿Por qué no está en la Academia de Bellas Artes de San Fernando persona tan valiosa como Gaya Nuño? ¿Quizá por eso?)

La tarea del atlante Gaya Nuño se justiprecia si se considera que esta obra es una síntesis, no el catálogo abarcador de la desidia, la bruticie o la violencia de los hombres y los hechos de España. ¡Sólo comprende 500 (quinientos, en letra, igual que en los documentos bancarios, tan rigurosos como cuanto se relaciona con el dichoso dinero), 500 edificios volatilizados! Algunos del porte del palacio del Infantado, de Guadalajara, el más bello edificio civil del plateresco español, que ardió innecesariamente en un principio, dejándosele desmoronar lentamente después. El número de edificios historiados es arbitrario

—podría multiplicarse por mucho—; «comprende lo más ilustre y cuantioso de cuanto cayó bajo la piqueta, con el criterio de dar mayor información de lo más antiguo y de procurar equilibrar el número de los edificios religiosos destruídos con los de los monumentos civiles, en los que entiendo que el daño ha sido más inexorable, hasta el extremo de imposibilitar cualquier correcto estudio del palacio cuatrocentista». Estas palabras están escritas con la tinta más flageladora. Estoy seguro de que cuando las acabase de estampar Gaya Nuño, algunos huesos se estremecerían en la tierra y muchas conciencias debieran vomitar. Porque este libro es una lista grande del bochorno, aunque «la indignación no llegue a ira».

(Todos mis respetos para Ruskin, que nos encandiló en otros tiempos; pero tú, querido Gaya Nuño, eres capaz de mejores palabras, y no digamos dicterios y cauterios. De todos modos, es verdad que lo que define como turba lo es, y que sus afirmaciones no tienen pero a la hora de firmarlas. Turba, gentuza, malas bestias, burdéganos..., y dejo la espita abierta y cortada, porque no quiero llegar a términos tan perfectos y vivos, que el Diccionario oficial no tiene necesidad de recogerlos.)

Los límites del penoso inventario —«catálogo de penas» le llama en algún sitio— se marcan así por Gaya Nuño: «No se traerá aquí mención de destrozos o derribos anteriores a la capitalísima fecha de 1814, cuando, concluída la guerra de la Independencia, nuestra España debiera haber entrado en una perfecta normalidad. Tampoco se sacarán a plaza las destrucciones habidas durante las dos guerras carlistas decimonónicas y mientras la de 1936 a 1939.» Asentado esto, he aquí unas palabras terribles: «Lo destruído durante las indicadas guerras *ha sido mucho menos cuantioso que lo perdido en siglo y medio de paz, a conciencia de que se estaba realizando un atentado.*» El atemorizador subrayado es nuestro. Y añade Gaya Nuño con una serenidad que lleva una tormenta dentro: «Así, nuestra historia no es la de la destrucción ciega, suministrada por una violencia que se ha cernido sobre un monumento inocente. Será la historia de la destrucción pacífica, premeditada, fría, realizada de cara a la opinión, tanto vulgar como sabia; nacida no de una necesidad estratégica o de un azar desgraciado, sino de un desprecio por lo bello y vetusto, desprecio que excluye automáticamente cualquier comentario provisto de indulgencia, y ello desde los prolegómenos.»

Esto se lee amargo amargo, con las manos en la cabeza. Pero ¿se enseña a los niños españoles, se les enseñaba a valorar y respetar lo que se vive? Yo recuerdo una escena prodigiosa. Testigo, el poeta Juan Ruiz Peña. Estábamos un atardecer en la catedral de Burgos, sobre-

cogidos de llamadas eternas, mulliéndonos de silencio y respeto el reseco de todos los días, sintiendo el pulso vivo de la tradición agrandadora. Por una de las puertas catedralicias entraban los niños burgaleses a esconderse detrás de las columnas y de los confesonarios. Y no había irreverencia, sino familiaridad con la grandeza. Yo pensaba que uno de aquellos niños podría decir, andando el tiempo, cuando algún cabestro quisiese humillarle: «Nosotros teníamos un juguete precioso: la catedral de Burgos.» Palabras tan importantes se dicen siempre con amor y sonrisa. Porque el haber jugado así imprime carácter, hidalguía. Los ojos se han educado insensiblemente en la hermosura y la gandiosidad, aunque el cuerpo haya vivido con escasa comodidad. (Y no es que no tenga importancia: el hombre es sagrado.) Y de no ser de muy mala madera, se respetará siempre el vuelo de la gracia, el monumento, la piedra bien labrada, el verso nacido de la necesidad mejor, la melodía que desnuda y llena de aire limpio, la palabra que aclara la convivencia, el pensamiento comulgante. Y quien quiere lo superior, respeta al hombre, fuente de todo lo humano. Ya sé que los puros estetas prefieren las volutas, los bodoques, las sonatas y los sonetos a los hombres, porque la pura belleza inhumaniza. Allá ellos. No se me olvida que, tanto como los puros y casi inocentes bárbaros, han sido los estetas puros —también en sentido policial—, los persecutores de cuanto se sale de su preceptiva, quienes han perpetrado mayores atentados contra el Tesoro Artístico Nacional. ¡*Liberanos Domine* de los buenísimos tontos puestos a dictar formas de vida, de arte o de lo que sea! Con el inteligente o con el hombre del pueblo se puede dialogar y concordar. Con el fanático, con el que está habitado por fantasmas cabezudos, no cabe tregua. No hay opción más que para el acatamiento o la aniquilación en nombre de preceptos, de palabras, de miseriucas que perecerán. ¡Se abren las carnes pensando en «los suficientes y convencidos», en los pastoreadores de silencios!

La francesada y la desamortización vandalizaron a manta en el Tesoro Artístico Nacional de España. Y es honesto reconocerlo, por muy liberales que seamos, o por lo mismo. Ahí están las nobles palabras de don Pedro de Madrazo, citadas por Gaya Nuño. Por unas u otras sinrazones, no existe provincia española —¡con cuánto afán frustrado hemos perseguido la excepción!— con algo que perder que no haya sufrido en sus piedras venerables los ultrajes más ignominiosos. Yo pondría en todas las escuelas y lugares donde fuese preciso —a la mano, en la mesilla de noche, o en la mesa de trabajo— la lista infame que da Gaya Nuño. «Si alguien se pregunta —escribe— si no ha habido tregua en esta labor negativa, si la situación no ha mejorado en tal

o cual etapa política de mayor autoridad, buen juicio o responsabilidad, no le responderemos con argumentos, sino con estadísticas. He aquí, para uso del escéptico, una relación de monumentos ajusticiados durante un siglo, de 1832 a 1931. De cada uno de estos años no daremos sino mención de un edificio, aunque, por descontado, son muchísimos más los desaparecidos.» Y seguidamente nos ofrece una relación que califica, con harto motivo, de *escalofriante*, y que justifica los más encendidos tacos a poca sangre que se tenga en las venas. De otro modo, o se es una bestia o se revienta.

¿Y qué decir de los catolicísimos compradores de los bienes procedentes de la desamortización, o del derribo, venta y baratillo de sus palacios por los fin de raza, por una aristocracia que no sabía trabajar ni sentir respeto por su alcurnia? Apocalípticas páginas éstas de Gaya Nuño, refrendadas por las fichas detalladas hasta lo posible, con bibliografías y grabados, que constituyen la segunda parte de la terrible herida abierta que es este libro, en el que debíamos hacer penitencia los españoles que no queremos oberonizarnos. El «Fichero de monumentos destruídos» es un ensayo crítico-sociológico de alta tensión y de afirmaciones incontrovertibles y sin vuelta de hoja. Porque no ha sido sólo la bruticie la que ha movido la piqueta jifera, sino la codicia untuosa y con buenas maneras, el desprecio canalla por parte de quienes no pueden ignorar, como en el caso de parte de la nobleza o de los mercachifles de los bienes desamortizados. Estos piísimos señores no adquirieron para restituir a las Ordenes religiosas afectadas, sino para cambalachear, para hacer almoneda del donaire y del decoro nacionales. «Esta es la peregrina historia de cómo los cristianos habían demolido los monasterios y los nobles sus palacios, ahorrando este cuidado a los ateos e igualitarios.» (Y seguimos con las manos en la cabeza.) Lo grave es que los demás, altos o bajos, monterillas de aldea o empingorotados munícipes secundaban y aullaban de gusto ante el vandalismo. Y ahí está el caso de la Aljafería zaragozana o la gestión municipal de la Granada que se historia aquí, o los desafueros valentinos, o la vejatoria estupidez que convirtió a Guadalajara «en una de las ciudades españolas de mayor insignificancia estética». (Y por si era poco, lo del palacio del Infantado, cuya nobilísima fachada habría que cuidar como las niñas de los ojos. Contradiciendo tu aseveración, querido Gaya Nuño, la capital alcarreña no encontró valedores en su decadencia y pobreza, como Toledo, Salamanca, Avila o Segovia. La miseria llamó a la miseria.)

El triste caso es que no se ha tenido ni fantasía para crear un Pueblo Español con monumentos auténticos, aunque desplazados, como sugiere Gaya Nuño. Y por eso andamos llorando no sobre ruinas, sino

sobre algunos testimonios—dibujos, óleos, fotografías, referencias escritas—y fichas, que no compensan. Lo inconcebible es que este libro, sólo parte parva del gran alegato, pueda haber sido escrito, haya tenido que ser escrito.

¿Cómo reaccionaron los llamados a impedir los desafueros, los escritores, los intelectuales, los técnicos? En general, pésima, cobardemente. ¿O es que lo de *intelectual, escritor, técnico* eran motes, no respetables nombres? ¿A qué achacar, si no, tanta insensibilidad, complicidad y compadrazgo? Valencia, Granada, Zaragoza tuvieron quienes protestasen, aunque sin demasiado éxito. Mas estos beneméritos salvaron no ya el decoro, sino el honor. Los fantasmones permanecieron mudos, como los aparecidos de Valle-Inclán que no eran almas del purgatorio. Y callaron, quizá, «porque es cosa de mal gusto protestar ante cualquier hecho y perder las buenas formas consustanciales con su posición social». La poesía estuvo presente con Zorrilla, maravilloso corazón, por más que el alcance de un soneto no llegase demasiado al blanco eficaz, si bien ahí están los culpables en la picota para la eternidad. Pero las palabras nos saben a cascote y polvo de derribo después de leer el desgarrador alegato de Gaya Nuño.—Ramón de Garciasol.

«A NOVA POESIA BRASILEIRA»: ANTOLOGIA FLAGRANTE DEL MOMENTO

Ed. del «Escritório de Propaganda e Expansão Comercial do Brasil em Portugal», 1960.

De la enseñanza de los grandes antologistas, un André Gide, un Roger Caillois, un Huntington Cairns, parece desprenderse que las antologías no pueden reducirse a ser instrumentos de constatación, sea de corrientes, sea de la secuencia de autores. A ellas se impondría una inteligencia valorativa.

Bajo este punto de vista, la dirigida por el señor Costa e Silva no encuentra justificación. La irregularidad es su único criterio. Pero si no queremos mirar la realidad idealísticamente, suponiendo que los fenómenos no están marcados por las categorías de espacio y de tiempo, hemos de considerar la naturaleza del material con que el seleccionador ha trabajado. No se trataba de enfrentarse con una literatura sedimentada como la francesa o de escoger lo mejor entre los estratos de la literatura occidental, como sucedía a Gide en el primer caso, a Caillois y Cairns en el segundo. Al contrario, la selección debía referirse a la

obra de autores todavía en fase de experiencia e integrados en una tradición todavía incipiente. De ahí el dilema que se le puede haber propuesto: intentar una recensión lo más completa posible, sacrificándose la calidad a la verificación.

Haya o no sentido en el dilema, ha preferido el antólogo la primera alternativa. Con eso, si recae en las censuras de una crítica consciente, presta, sin embargo, lo que puede parecer paradójico, un importante servicio al intérprete del fenómeno poético brasileño: Costa e Silva nos hace ver que casi no se puede recurrir a un criterio estético para la explicación de los contenidos poéticos. Hay que estimular sociológicamente el análisis literario. Sólo entonces se puede indagar la razón del nivel estético por ella alcanzado.

La desventaja de una antología de este tipo es que impone la presencia adherida del intérprete. En este caso, la función crítica sería la de preguntarse acerca de la razón de ser tan grande la cantidad de nombres que fallan ante el poema. Insinuar que el arte ha estrechado su puerta a semejanza de la del cielo, es demasiado fácil. Hay que evitar excusas cuando se buscan explicaciones.



¿Por qué los artistas son buenos o son malos?

La calidad artística resulta de la capacidad de aprehensión de la realidad. En el arte, los valores son diversos porque en diverso grado el artista despoja la realidad de su apariencia y la funda como visión conquistada.

Adviértase, sin embargo, en el momento en que tanto se habla de un neorrealismo europeo, que el sentido inserto en la expresión «fundación de la realidad» no se adecúa a una ideología realista tradicional. Y como no se puede decir que la nueva ya está establecida, no vemos, al menos por ahora, vínculos directos entre la citada expresión y el programa de los neorealistas. Para nosotros, la exigencia de realidad en el arte no significa un reducirse a la aprehensión de un modo «naturalmente» objetivo, más propenso a un tratamiento narrativo que lírico, sino convertir lo que haya sido aprehendido en «ob-jetividad», esto es, algo lanzado desde el creador, algo salido de él, pero tornado independiente. Podríamos añadir al respecto que las palabras escritas por Cernuda conllevan un sentido más amplio que el pensado por su autor: «... que el proceso de mi experiencia si objetivara y no deparase sólo al lector su resultado, o sea una impresión subjetiva» (in *Historial de un libro,* Papeles de Son Armadáns, núm. XXXV; febrero 1959; página 151).

Pero esa leve ruta hacia una teoría del arte todavía no explica la irregularidad de los poetas referidos. ¿Por qué, cabe indagar, son exactamente estos brasileños que publican entre 1940 y 1960 mediocres en su mayoría?

Si el intérprete cree que los fenómenos son causados, hay que aprovechar la oportunidad de encontrar en pocas páginas tanta irregularidad. No es fácil que otro antologista nos dé mejor ocasión. Procuremos no desperdiciarla.

Recientemente el poeta y ensayista Angel Crespo ha destacado la diferencia del problema del escritor europeo contemporáneo frente al brasileño, sudamericano en general. Mientras aquél intenta reencontra la realidad, en trance de perderse por una constante posición de fuga frente al mundo, para el escritor brasileño el problema es todavía el de descubrirla.

Efectivamente, ya se recurra a explicaciones de texto o ya a explicaciones más amplias, a propósito de la literatura brasileña, el resultado será siempre el de mostrar que solo muy recientemente se presenta capaz de aprender realidad. Lo que equivale a decir, salvo raras excepciones (son pocos los Gregorio Matos y los Machado de Assis), que es una literatura apenas en comienzo de adquirir importancia. Antes, en vez de realidad, surgía un intimismo difuso o un regionalismo exótico.

Si ahora nos fijamos en la variedad de los poetas presentados en esta antología observaremos que la literatura brasileña sufre un momento de transición al ofrecer condiciones para el establecimiento de una tradición que pueda ser representativa. Para que tal posibilidad se cumpla, se hace, sin embargo, necesaria una reformulación de las corrientes estéticas todavía dominantes, no en cuanto «ideologías», cuerpo de principios declarados, sino en cuanto fuerzas íntimamente actuantes. Y, además, que el pensamiento crítico asuma una densidad casi completamente inexistente. Esa doble necesidad será mejor percibida mediante el análisis de las direcciones poéticas que más aparecen en la antología estudiada.

El poema-vivencia

La mayoría de los poemas transcritos nos indica que el poeta brasileño continúa concibiendo el poema como compensación, algo que le garantiza confortación por las permitidas confidencias. El poema es la frustración liberada. Es el modo de vivenciar lo que se hizo imposible. Pensando con palabras de Freud, diríamos que ese autor siente el

poema principalmente como el medio de liberación de su neurosis. De ahí que él tuviera urgencia de realidad y más bien de consumirla que de transformarla. Como resultado apunta la forma floja, desestructurada, de verso extenso y en repeticiones. Su lentitud nace de la voluntad de prolongar la vivencia del dolor, amortiguándola por expresarla. De ahí, además, que ofrezca frecuentemente bien hechas páginas de memorias. Memorias narrativas que no han dejado de ser prosa:

Pequeninas mãos, de gestos presos ao corpo, a adolescência triste
A Musa ingrata, que ingrata, escondendo as palavras de libertação.
(«A Musa», A. G. Barroso.)

Porque o S. Francisco, Francisco do meu destino
não mais florirá em suas altas e competentes margens,
Fugindo vou desta terra...
(«Sôbre o Rio do Tempo», Dantas Mota.)

Pocas veces surge una voluntad poemática. La confesión depurada.

Puede parecer extraña la aversión del crítico al poema confesional. ¿Finalmente, el arte no sería más que una bien cumplida confesión? ¿Qué sería el arte sino un habla de totalidad?

Es justamente por esa exigencia de totalidad humana por lo que el poema-vivencia no satisface. El poema-vivencia es un medio de consumición de la realidad. Y resulta que la consumición por el hombre apenas se justifica en la medida en que prepara una transformación. El poema consolador es tan inútil como una colección de sellos. Es lo que pasa, verbigracia, en: «Copacabana/tombadillo de um bar/... Solitário marinheiro estou/enfarado de viagens.» En ella la realidad fué el pretexto para una compensación. Hay una idiosincrasia que se lanza sobre el mundo y a través del poema devora el mundo por lo que no le ha dado.

No queremos que el poema se convierta en oficio de gentes ociosas, estúpidas, felices. Pero no olvidamos tampoco que el poema es un fenómeno de arte.

Para que el artista no sea un inútil coleccionador de colores y sonidos hay que aprender a transformar y a transformarse. Por eso la expresión arte: forma de fundar la realidad no es una ecuación procedente de una escuela realista. Tener por asunto o un trasfondo subjetivo o la apariencia externa, el problema del creador de arte es siempre igual: el de «ob-jetivar», de lanzar hacia fuera lo que estaba apenas dentro de sí o lo que estaba fuera sin consistencia. Por ejemplo, Rouault no se vale de los tintes, de los Cristos, de las escenas bíblicas para verter sobre ellos su desencuentro, consumiéndoles por una compensación psi-

cológica personal. Rouault hace su desencuentro individual objetivándose plásticamente sobre la figura y el paisaje más sugestivos al tipo de comunión que necesitaba. Si su amargura hubiera quedado en expresión artística o si hubiera sido apenas el camino hacia el Cristo, Rouault sería recordado durante un cierto tiempo por sus familiares como un hombre que se volvió cristiano. Pero su conversión esencial fué la que el lanzó sobre el tono ocre. Conversión del drama personal en drama de color. Hoy que lo veo puedo olvidarme de su amargura individual y hasta debo intentar olvidarla como a él, si es que puedo. Pues lo que importa no es Rouault, un cierto francés. Al hacerce pintor él nos obligó a juzgarlo por su resultado. Lo que importa es Rouault, un cierto pintor. El arte sólo es vivencia en la medida en que es resultado. Conquista.

Es eso lo que hace falta a la mayoría de los que buscan el poema actualmente en Brasil.

El poema-vacío

No contraría esa dirección viciada—en que la tradición luso-brasileña y simbolista necesitan ser reformuladas (raro es el poema entroncado en ella que se salve, fuera de «O Parque», de Costa e Silva, y «Rosa da Montanha», de Alphonsus Guimarães Filho)—el neoformalismo que persigue otra gran mitad:

Do silêncio gerado pelo mêdo
Pela fôrça galgando incontrolada
pisando as rosas do protesto tímido
e o sangue misterioso das feridas.
(«Que Tempos de Viver-se», B. Tribuzi.)

Nos ares formas de longínquo pôrto
E a precária presença do afogado,
Serpenteando pelo chão molhado
Constantes de agonia e desconfôrto.
(Soneto Quase Marítimo, C. Moreira.)

De fabulosos céus, e fabulosas
noites de fabulosos incidentes.
(«Sonêto», Edmir Domingues.)

Tratamos con el poema-vacío, de vivencia al revés, compensatorio por encubrir la nada interior.

A través de estas dos direcciones escapa la mayoría. Algunos se

enredan en las palabras de que ellos mismos se armaran y el poema que había empezado bien:

Não queiras ser mais vivo do que és morto
As sempre-vivas morrem diàriamente.
Pisadas por teus pés enquanto nasces.
(«Final», de A. de Campos.)

termina tan vacío como los que ya habían empezado mal:

Ó vivo-morto que escarneces as paredes
Queres ouvir e falas.
Queres morrir e dormes,
etc., etc., etc.
(«Final», de A. de Campos.)

Ante este cuadro, la crítica brasileña normalmente calla. Escribe su elogio y se retrae. La centralización de la vida cultural brasileña en las dos grandes capitales, Río y Sao Paulo, es en larga parte responsable de la fragilidad todavía de las obras literarias. No solamente el autor tiene que desarraigarse de su «morada vital», porque sea provinciana, tan pronto como él se «consagra». Hay poco interés en decir que ese libro es un fallo cuando el autor criticado posee otra sección de periódico, y el público o no se interesa o no está generalmente preparado para reaccionar. Más que ejercer una función de seriedad, esa crítica más bien se parece a una oficina de propaganda. Sin esfuerzo, ensalza; calla sobre quien no le es simpático, e importa frases de las últimas autoridades.

Ese comentario no tendría sentido en revista extranjera si, entre la mediocridad o insuficiencia general, no apuntasen Ferreira Gullar, Fernando Mendes Viana, João Cabral de Melo Neto, Jose Paulo M. da Fonseca y Paulo Mendes Campos. Es la calidad de éstos lo que justifica toda posible acritud de la reseña. Dentro del grupo citado distinguimos una afinidad que corre de Jose Paulo Moreira a Paulo Mendes y otra que va de João Cabral a Ferreira Gullar y Fernando Mendes Viana. No es que se deba hablar de influencias de éste sobre aquél. Es más lícito pensar en identidades de su visión del mundo.

Los dos primeros son significativos, además, por aclarar la idea antes expuesta sobre las relaciones entre poema y vivencia. Influenciados por la poesía inglesa, Jose Paulo Moreira y Paulo Mendes, sin embargo, podrían ser confundidos con una tradición de poesía confesional. Pero el equívoco puede ser evitado. Es fácil observar que no son los sentimientos lo que les importa, sino los sentimientos en palabras. Los sen-

timientos significan para el poeta en la medida en que provocan la transformación del sentido de la experiencia individual; la experiencia de consumición del mundo cede el paso a una experiencia de transformación. En este caso, el poema no es meramente un medio de compensación psicológica. Con Jose Paulo Moreira y Paulo Mendes el poema se convierte en una punta de lanza sobre la realidad. Repárese en el pequeño poema «Tiradentes». Su título se refiere al primer mártir por la independencia del Brasil. Su sangre de sacrificado hasta hoy alimenta discursos, vacaciones y banquetes. Siguiendo un modelo de composición que nos recuerda a Fernando Pessoa, el héroe no es parte realmente integrante del poema, él fué su estímulo, el accidente para el descubrimiento de la verdad humana:

Quando uma idéia é sangue
Somos um só. Nela eu vivo e ela em min.

El lector español percibirá mejor aún la diferencia que media entre esa concepción minoritaria y la común, a través del poema «A Procissão do Entêrro». Tiene por asunto la procesión de la Virgen de Triana en Sevilla. Pero, efectivamente, ¿fija el autor algo fuera de su reacción particular? No hay propiamente una experiencia del mundo, sino una experiencia de consumición del mundo. De manera que no cabe comparar el procedimiento con el proustiano. Aquí no se abre camino para una perspectiva de la existencia, porque el mundo fué el pretexto para confesar una carencia:

Pela ponte de Triana
Vem Deuz sem mim.

(Darcy Damasceno.)

En la segunda dirección están un Fernando Mendes Viana, casi novel, todavía no destacado como merece por la crítica; un Ferreia Gullar y João Cabral de Melo Neto. Tan fuerte es la exigencia de realidad en ellos que el primero se convierte en uno de los orientadores del movimiento llamado concretista y el segundo se hace simpático a él. El concretismo, que encontrará el lector representado en la antología, nos parece el resultado de la precipitación de autores, que, sin el amparo de una tradición propia ya firmada, buscan un vehículo expresivo adecuado, tan espontáneo y rápido que termine por violentar la estructura poemática que querían dinamizar. A través de su poema-síntesis, oral y visual, son, efectivamente, evitados los prejuicios sentimentales y el poema de estructura floja. Pero los evitan por el sacrificio del propio poema, que es sustituído por composiciones pseudopictóricas,

hechas con pseudopalabras. Así, mientras esperamos que el movimiento evolucione, lamentaremos la prisa de Ferreira Gullar, que abandona el dominio verbal que había mostrado en «A Galinha» por el poema-montaje.

Hemos reservado este espacio final para una consideración más detenida de la obra de João Cabral de Melo Neto, que representa la tentativa más seria y encaminada hacia la reformulación poética que necesitamos. A través de ella acompañamos la evolución de un lenguaje de intuición concretizante. Diríamos, con palabras más exactas, que le orienta, desde el principio, una voluntad de protagonización: el poema de espaldas a confesiones privadas, el poema vertiendo una objetividad tan intensa que de él se pudiera decir como que hablase por sí y no que hubiese adquirido voz a partir de un autor. De modo que resulta errado tratar de una primera fase del poeta opuesta a una segunda, de naturalidad. Los cambios que se producen no alcanzan a su núcleo primario, a su tipo de voluntad expresiva. Por eso es también insuficiente parangonarlo con poetas que parecerían participantes de las mismas aguas: un Valéry o un Jorge Guillén. Del uno se distancia el poeta brasileño por el tipo de lenguaje concretizante a que más y más se inclina: el de tipo directo, en que la *sharpness of statement* sustituye la atmósfera de sugerencias simbolistas. Del otro, por el abandono de una visión individualista del mundo.

Por influjo surrealista, sus primeros poemas están embebidos por un constante absurdo, lo que, sin embargo, no significa el empleo de un lenguaje automático, lo que sería contrario a su manera expresiva. Pues ya entonces estaba el poeta con su lucidez y su disgusto por las interpretaciones alegóricas. El rehusa «interpretar» esos poemas. Ellos dicen lo que dicen, por absurdo que aparezca lo que está escrito. Por otra parte, el lenguaje en esta fase es movido por sugerencias, como puede observarse en el poema «A Mulher Sentada». Pero si miramos en profundidad, sin embargo, comprenderemos que ya ahí se presenta lo radical del poeta: la demanda por un lenguaje sensible a las cosas; de una sensorialidad no teñida de sensualidad o efectos constantes que se opondrían a su pudor anticonfesional; antialegórica; de tensión concretizante.

Si se permite hablar de un cambio del poeta, éste se cumple en el sentido de desgarrarse de los elementos que le estaban apenas adheridos. Ya en su libro inicial, «Pedra do Sono», se demuestra la insatisfacción del autor ante la poesía de atmósfera nocturna que entonces intentaba comunicar. De ahí surge «A Poesia», pieza fundamental, aunque no transcrita en la antología, para la comprensión del cambio del poeta. Ya en la obra siguiente, «O Engenheiro», el poema que da título al

libro, presenta la adopción de un régimen solar de vida que progresivamente eliminará el de atmósfera nocturna, de procedencia simbolista y surrealista. Es sugestivo notar cómo también progresivamente empezarán a desaparecer palabras como «nuvens», «sonhos», «voar», importantes en «A Mulher Sentada», como en los poemas de su fase. Le Corbusier sustituye a Reverdy, Apollinaire y Cocteau. El Valéry que subsiste en la tradición interna del poeta es más bien el Valéry crítico.

El lenguaje abandona el régimen de sugerencias y se propone hacerse directo. Alcanzar sin subterfugios más la realidad; mejor todavía, verla sin velos. Se acentúa su tendencia concretizante. El poema libérase a tal punto del autor que realiza ahora la voluntad de protagonización que nos había parecido acompañarle desde su inicio. Estamos frente al poema-protagonista, con la pérdida poema-confesional, puramente lírico. Sin embargo, el cambio no afecta la radicalidad del poeta, que continúa rechazando el ver alegorías en sus poemas. En «Uma Faca só Lâmina», aquí encontrado, «faca», «lâmina», «relógio» son figuras y no entidades simbólicas. Como figuras existen en sí mismas, aunque apunten para fuera de sí. Lo que es propio de las figuras que al mismo tiempo que hacen parte del mundo (esto es, tienen una existencia por sí), tienen la propiedad de explicar el mundo (esto es, de apuntar para fuera de sí, hacia un sentido del mundo que las envuelve). Es aquí donde el poeta se presenta con su máxima capacidad. Las palabras son llamadas al poema como lo serían las piedras o los ladrillos para una construcción. Como piedras, son duras y caen a plomo sobre el poema. Pero éste no tiene nada de rígido. No se trata de un neoformalismo, vivencia por unanimidad. Se trata de una nominación de las cosas. De un conferirles realidad.

Continuarían válidas esas observaciones a propósito de su último poema seleccionado, «A Imitação da Agua», de su penúltimo libro, *Quaderna:*

De flanco sôbre o lençol,
paisagem tão marinha,
a uma onda deitada
na praia te parecias.

La mujer en cuanto acostada en la playa es el simple estímulo sensorial para la composición. Tampoco es relevante su semejanza con la ola. Lo que importa es la unidad sensorial de visión: la mujer, de flanco es parecida a una ola. Podríamos desde entonces asociar la poesía de un João Cabral con la pintura de un Miró, de un Léger o de Marcel Mouly (pienso en su cuadro «Peñíscola», Musée d'Histoire et d'Art, Genève). Más que nombrar «individualidades», trátase de «nombrar» esenciali-

zando. El nombramiento de individualidades parece presuponer que existe algo detrás de sus diferencias; un centro motor que le garantiza un fondo común, unidad. Y porque en el Occidente el poeta medieval fué el que mejor ha concebido así el mundo, su lengua, al lado de concretizante, era sumamente simbólica. Esto es, nombraba las individualidades, al mismo tiempo que apuntaba al centro que les confería sentido.

Si observáramos ligeramente ahora la pintura de los artistas citados, la poesía de João Cabral o la más reciente de Paul Eluard podríamos encontrar que participan de una visión, que llamaríamos des-sacralizada de la existencia. Consideremos, verbigracia, el cuadro «Racine des Pommes», de Fernand Léger. Los frutos, los ramos han desaparecido en volumen y color. Esto es, se esencializaron en una cosificación plástica. El racimo de manzanas se ha convertido en una casi escultura recorrida por una gama de tonos de vino. Nos enfrentamos con un mundo claro y, al mismo tiempo, opaco. Concentrado sobre el existente, es claro, porque no coge ningún misterio que circundase la vida; pero es opaco, porque se encierra con la visión de lo inmanente. No es que se vea una concepción optimista, superficial o sin angustias del mundo:

Le soleil dur comme une pierre
Raison compacte vigne fauve
El l'espace cruel est un mur qui m'enserre.

(«Dit de la force de l'amour», en
«Le Dur Désir de Durer», Seghers, 1960.)

Es más bien visión que no asegura para las cosas sino una especie de trascendencia: la garantizada por el arte.

Del universo del poeta João Cabral diríamos lo mismo: él es claro y opaco. No se piense en la vida repaganizada de Lawrence. Exactamente nos encontramos con una visión del mundo des-sacralizada.

Sea o no correcta esa tentativa de explicación, importa en esta reseña fijar que es de la poesía de João Cabral de donde más se espera en favor de la lucha en que estamos actualmente empeñados en el Brasil: la del descubrimiento de nuestra realidad. Pues cumple siempre decirse que, para la aprehensión de su realidad, necesita el Brasil de otros desarrollos fuera del simplemente económico-industrial, en que está empeñado.—L. Costa Lima.

PHILIPP LERSCH: *La estructura de la personalidad.* Editorial Scientia. Barcelona, 1959.

La obra que vamos a comentar va precedida de un ligero estudio del profesor Sarró sobre el «puesto de Philipp Lersch en la psicología contemporánea».

Nada más oportuno. La ambientación de la obra deberá preceder siempre a su juicio. Vamos a someter a esquema los parágrafos de Sarró.

La obra de Ph. Lersch tiene antecedentes: «esta posibilidad de mostrar sus antecedentes es uno de sus méritos más considerables». Son estos:

1) *Ciencia de la expresión.*—Es un peligro construir la psicología considerando al prójimo desde el «yo». Es más fecundo y seguro examinarle «desde fuera», a través de la expresión.

2) *Caracterología «sensu stricto».*—Nadie como Ph. Lersch ha incorporado los descubrimientos de Klages a la psicología tradicional.

3) *Psicoanálisis.*—Se apoya en él y lo incorpora, pero disintiendo en gran manera. El punto central manejado contra Freud es el pluritematismo de las tendencias.

4) *Punto de partida antropológico.*—La diferencia entre el animal y el hombre es insalvable.

5) *Estratigrafía de la persona.*—Los estratos que hay que distinguir: *vitalidad, alma* y *espíritu* (nos referiremos después a esto). Baste advertir —con el autor—: «Esta tripartición de nuestra intimidad nos es impuesta por los hechos y hemos llegado a ella sin otra operación que filiar estrictamente, como hace un zoólogo al clasificar la fauna, los fenómenos interiores.»

6) *Reingreso del alma en la psicología.*—El concepto de *alma* se ha hecho tan necesario científicamente en la psicología como el del *átomo* en las ciencias físicas.

7) *Concepción unitaria de la vida psíquica.*—Las vivencias se rigen por una tendencia a la configuración y a la forma. Es una «postura antiatomista», por esencia.

8) *Método fenomenológico.*—Consiste éste en el «análisis cualitativo de la experiencia».

El doctor Sarró habla también de la conciencia histórica y la raíz germánica en la obra de Philipp Lersch. Veamos, ahora, su contenido.

Si a esta obra se pueden oponer reparos aislados, en cambio en su conjunto posee una unidad y estructura admirables. La organización de la obra semeja la de la persona. Su estudio resulta facilísimo: todos los temas están funcionalmente tratados, integrados en una unidad.

El psiquismo humano posee una organización doble: *vertical* —consigo misma, sin referencia al mundo (luego veremos cómo esta expresión es impropia)— y *horizontal* —en mutua dependencia con el no-yo.

Organización vertical

La caracteriza la estratificación —disposición por estratos—. Son tres las partes que se integran por orden jerárquico: fondo vital, fondo endotímico (tendencial) y superestructura personal (pensamiento y voluntad consciente).

Se puede llamar a esta distribución: «principio de estratificación». No es simplemente un principio «psicológico» —como podría fácilmente pensarse—. La psicología aquí, Philipp Lersch la ha tomado de la ontología. Ha sido N. Hartmann quien ha valorado —con justeza— el sentido ontológico de este principio: «Esta relación de superposición es una dependencia óntica, de la cual no encontramos en el mundo ninguna excepción. No afecta para nada a la autonomía de los estratos más altos, pero nos enseña de un modo inequívoco que esta autonomía no ha de ser entendida como una total emancipación.» Esto por una parte.

Por otra, la posición de Philipp Lersch significa restablecer la tricotomía famosa —vida, alma y espíritu—, que tiene su antecedente ya en Platón. Hay pensadores católicos que admiten esta concepción. La Escolástica la rechazó siempre. A nuestro juicio «debe» aceptarla. Quizá sea cuestión «verbal» solamente. El alma designa en ella el grupo de vivencias tendenciales, emocionales y estacionarias —no un ser autónomo capaz de supervivencia aislada (esto corresponde al espíritu)—. Se trata, sin duda alguna, de tres estratos distintos. No resulta violento admitirlo.

El *fondo vital* no es una expresión para significar una serie de rasgos psicológicos. Es —como ya adelantamos— un concepto ontológico. Esta capa está constituída por la corporeidad orgánica y sus procesos. Ella posibilita y condiciona toda actividad de cualquier capa superior: condición necesaria, no suficiente y única.

En el *fondo endotímico* tienen su aposento las vivencias tendenciales —apetitos y tendencias—, las vivencias emocionales y los temples estacionarios —los sentimientos, en sentido estricto.

Las vivencias tendenciales vienen caracterizadas por tres fenómenos. La *necesidad:* a través de ellas la vida humana intenta solucionar su menesterosidad. La *temporalidad:* su proceso consiste en un «todavía no». Y la *finalidad:* siempre apuntan a una meta, están provistas de una intención.

Lersch se coloca frente a lo que él llama. «grupo monotemático» —aquellos autores que asignan a las tendencias un solo tema o finalidad—. Epicuro y Freud sólo admiten el *placer*. Adler, la *voluntad de poder*. Las tendencias son politemáticas: son tan múltiples sus fines que algunos —como Sehlen— han llegado a sostener que son atemáticas.

El autor las divide en tres grandes apartados. Tendencias de la *vitalidad:* vienen provocadas por los *valores vitales* y «tienen como finalidad la concienciación de la vida en lo inmediato, originario y dinámico de sus procesos». Podemos distinguir en ellas: el impulso a la actividad —al *juego*—, la tendencia al goce, la líbido y el apetito vivencial. Vienen luego las tendencias del *yo individual:* provocadas por los *valores de significación.* Son los más importantes: el instinto de conservación, el egoísmo, el deseo de poder, la necesidad de estimación, etc. Están, finalmente, las tendencias *transitivas:* se refieren a los *valores de sentido.* «Se hallan dirigidas a la participación en el mundo, pero no en el sentido de la posesión, del querer tener, sino de la dependencia del yo individual respecto del mundo, con lo cual encuentra un contrapeso la conciencia de la individuación.» Comprenden estas tendencias: las dirigidas hacia el prójimo, las creadoras, el deseo de saber, la tendencia amatoria, las normativas.

No podíamos detenernos a observar los finos análisis de Lersch con motivo de cada tendencia. Si la obra tuviese algo de pesadez provendría del continuo «descomponer», en sus diversos matices, todos los fenómenos psicológicos. Todo comportamiento queda perfectamente perfilado.

Vamos a detenernos ahora un momento para que el lector compruebe la profundidad, aliada con la belleza, en temas tan manejados. Esta demora va a recaer sobre la tendencia amatoria. En ésta «el alma intenta atravesar el mundo del azar empírico y de lo efímero para llegar a la realidad de las entidades eternas, supratemporales».

El artífice supremo de la más bella y profunda concepción acerca del amor es —¿quién lo duda?— Platón. «Lo que —según él— se busca en el Eros es el ser verdadero, el *ουτως ου*, el reino de las Ideas, que alcanza su cima en la Idea de lo Bueno... El Eros tiene la intención de colaborar permanentemente en la existencia de su objeto. Esto constituye su esencia y su fuerza, proporciona a su portador un foco de luminosidad, con el que saca de la oscuridad de la insignificancia al objeto del amor, lo ilumina por todos sus lados para que esté allí y se muestre como realidad otorgadora de sentido... El amor, plenamente desarrollado, incluye una tendencia a participar cognoscitivamente en determinados valores de sentido, y este saber es percibido

como una llamada a colaborar en la creación de dichos valores y a consagrarse a ellos.»

Hay que distinguir, en el amor, tres aspectos distintos. Hay que hablar de amor *sexual, erótico* y *personal.*

Del amor sexual encontramos una interpretación metafísica en Hegel y E. von Hartmann. Significa el retorno de la vida hacia sí misma, «hacia su inmediatez e indivisibilidad, de la cual se ha alejado para dar lugar a la creación de seres particulares». Aquí campea la vitalidad.

Pero aún no aparece el objeto como un «tú». Es lo que caracteriza al amor erótico y al personal. En éstos el objeto amoroso es un «tú», que es percibido como «idea» —en un sentido platónico—. «Toda idea representa un valor de sentido. Nos aparece como un valor que deriva su validez, no de su función al servicio del dominio exterior de la vida temporal, para la prosperidad, prestigio y poder del individuo, sino de su posición en la esfera que excede a la corriente de la temporalidad humana y a la inquietud por el cuidado de la existencia, perteneciendo al orden y plenitud supratemporal del mundo. Toda Idea es portadora de un sentido, tiene el carácter de una llamada que llega hasta lo íntimo del corazón del hombre y le informa de que algo debe ser porque es bueno que sea. Y esta llamada es, al propio tiempo, un estímulo a colaborar en la realización de la Idea para que ella sea y tenga un valor. De esto recibe la vida humana su sentido.»

Se trata del «tú», como Idea, en su condición única e insustituíble. El amor, así sentido, otorga al «tú» un valor metafísico y eterno, incambiable con nada.

En el *amor erótico* —que es una espiritualización del sexo— aparece también la Idea de un tercero —el «hijo»—, símbolo de la unidad-dualidad de los amantes: esto se da, aunque no haya descendencia. Por este «tercero» la fusión sexual no es «anónima» y «preindividual» —no destruye la individualidad—, sino que funde las singularidades en una unidad más elevada y trascendente: el hijo.

En el amor erótico todavía existe una «exaltación vital», aunque trascendida. El *amor personal* rebasa toda posibilidad de referencia al yo. Sólo cuenta el «tú» —la Idea—: es una entrega al valor de la persona amada.

Naturalmente, un auténtico amor matrimonial debe constar de los tres aspectos.

¿Qué es el odio, desde esta perspectiva? No conozco un texto tan profundo como el de P. Lersch, al hablar del odio. «El *leif-motiv* de la finalidad del odio es el convencimiento de que un mundo, en el que tiene un puesto lo odiado, carece de sentido, es despreciable y no deberá existir. *En el odio no importan determinadas necesidades del yo*

individual, sino el sentido del mundo del que nos reconocemos responsables con nuestra existencia. Naturalmente, el odio comprendido en esta acepción no es frecuente porque —lo mismo que el amor a algo— presupone una «pasión por la existencia que en los hombres sólo surge raramente».

A esta parte —una de las más logradas de la obra— sigue la dedicada a las vivencias emocionales. Aquí utiliza el autor una división parecida: emociones de la vitalidad, del yo individual y transitivas.

El tema siguiente lo constituyen los «temples estacionarios». «Además de estas tonalidades actuantes y fugaces del fondo endotímico, que son vivenciadas en las emociones, existen también diversos modos de «humor o temple» que son experienciados como transfondo estacionario del acontecer psíquico. Mientras que las emociones son modalidades del sentirse afectado por el mundo, los temples estacionarios serían modalidades de nuestro ánimo interno que se proyectan sobre el mundo, es decir, estados en cuyo reflejo se nos muestra lo que encontramos en el mundo y desde el cual, a su vez, queda determinada nuestra conducta con respecto a él.»

El estudio del estrato superior —entendimiento y voluntad— lo deja el autor para después. Lo hará con motivo del sector externo de las vivencias.

Organización horizontal

Podría decirse que entramos en la parte más importante de la Psicología, si entendemos al hombre como ser-en-el-mundo, como un ser que ha de realizarse con el mundo y con su próximos. Por otra parte, el autor aquí no tiene altibajos. Su exposición conserva una altura que culmina, al final, en su teoría del inconsciente.

En este sector de la persona se «exteriorizan» las vivencias. Comprende aspectos que separamos sólo metodológicamente. Uno se refiere a la concienciación y orientación en el mundo. Desempeñan en él un papel importante —por orden jerárquico, según la participación de lo espiritual—: la «percepción sensible», la «actividad representativa» y la «aprehensión intelectual».

Hacemos resaltar la limpieza ideológica con que defiende el *Principio de la forma* —de la Gestalt—. La forma es un factor subjetivo que convierte la sensación en percepción. «Siempre interviene un esquema anticipador que acaba por coincidir con ciertas líneas de lo que primero parecía un campo perceptivo caótico.»

La configuración que adquieren las sensaciones no nos viene de los objetos, sino de la actividad psíquica, que consiste en «una bús-

queda orientada según un esquema anticipador». Un ejemplo: buscamos unas tijeras que han entrado varias veces en nuestro campo visual, pero que no advertimos porque su posición no coincidía con la imagen de la búsqueda. Y una aplicación a las vivencias: «en el ser humano, lo que delimita su percepción en el infinito campo de las sensaciones depende del temario de sus tendencias». Entonces —insinúa el autor en forma de hipótesis— «todo lo percibido debería poseer una valencia emocional, una cualidad afectiva con la cual, como respuesta al temario tendencial, sería retransmitido al fondo endotímico».

Esto supone una relación entre alma y mundo, previa a cualquier acción y representación, inherente al comportamiento humano. Se trata de un diálogo, de preguntas y respuestas: aquí no rige la relación causa-efecto, tan cara a la psicología asociacionista —también a la escolástica—; según éstas, los estímulos externos actúan en el interior de la persona como una causa con carácter exclusivo: *tamquam in tabula rasa;* el interior actúa pasivamente. Esto es falso.

El pensamiento, tema tantas veces falseado y vituperado, aparece en la obra de P. Lersch provisto de dos misiones bien distintas en el conjunto total de la vida. Por su función *intelectual,* el mundo, que en la percepción aparecía como un «campo infinito de sorpresas», se transforma en un «campo de disponibilidades» para nuestra orientación en él. Por su función *espiritual,* captamos el sentido de las realidades mundanas, entramos en contacto con «algo que nos llama como un *valor demostrativo del ser,* como algo que tiene la legitimación, el peso y la importancia de su ser, no por pertenecer a un conjunto referencial de manejabilidad o utilidad, sino como algo que es y que tiene un valor por sí mismo, en cuyo horizonte está colocada nuestra propia existencia».

El otro supuesto del sector «externo» de las vivencias es el *comportamiento activo.* Es estudiada la acción desde el punto de vista de su rendimiento vital y del de la estructura psíquica. Se distingue entre la *acción tendencial inmediata* —de carácter *pático* (pasivo)—, la *acción voluntaria simple* y la *electiva* —albedrío.

Aparece otra vez —en el desarrollo de la obra— el tercer estrato, pero en relación con el mundo. Al tratar del *hábito noético,* el autor se ocupa de la autonomía del pensamiento. Estudia después los tipos de voluntad y dedica un capítulo muy bello a la decisión.

El tema final de la obra es la relación mutua de los estratos: la integración, sobre todo, del fondo endotímico y la estructura superior. La relación debe ser amistosa: la capa superior debe «asumir» los temas del fondo endotímico.

Pero puede surgir —suele surgir— la perturbación. Esta puede presentar dos formas: bien la acentuación unilateral de una de las capas —hay hombres sentimentales y los hay intelectuales y volitivos—, bien la disociación (la capa superior se niega a tener en cuenta al estrato inferior por no convenirle, por serle desagradable). En este último caso puede ocurrir que la capa inferior —si no es fuerte— quede anulada (la «asfixia endotímica»); pero si es fuerte, exigirá una compensación que es consecuencia de la represión. El *sueño* es precisamente una compensación: el campo donde el fondo endotímico se libera.

La palabra «sueño» admite varias acepciones. Puede referirse a la «dormición profunda» —sin imágenes—; en ella sólo existe una simplísima relación con el exterior: la respiración. Puede ocurrir que esa relación con el mundo suba de grado: los sentidos inferiores reaccionan ante los estímulos. También puede actuar el oído. Pero si interviene la vista, el sueño ya no existe. Si vivir es vivenciar, quiere decirse que el dormir regenera las fuerzas que gastamos en nuestra relación con el mundo.

Pero existe otro significado del sueño: estado intermedio entre la dormición y la vigilia. No tenemos relación con el mundo exterior, pero seguimos *vivenciando.*

El sueño así entendido puede todavía desarrollarse en dos sentidos diferentes: en forma *trascendente-mágica,* como profecía, y en forma *inmanente-psicológica,* en relación con la significación de la propia vida.

Este último es el que interesa a la psicología. ¿Cuáles son sus causas? Algunos sueños son provocados por procesos intracorporales (sistema nervioso, enfermedades incipientes desconocidas por la conciencia...); los sentidos sólo actúan como ocasiones: no son verdadera causa.

El mayor número de sueños tiene como causa la *liquidación* de las vivencias que no pudieron aparecer —o no se terminaron— en la vida vigil: vivencias —naturalmente— que siguen preocupando al sujeto.

El autor, que ha tenido muchas ocasiones de contradecir a Freud, lo hace ahora con más hincapié. Su gran reproche para el maestro judío consiste en la unilateralidad, entendida en un doble sentido. Por una parte los símbolos oníricos no son exclusivamente sexuales: ya se vió antes que las tendencias son pluritemáticas. Por otra, los sueños no se explican sólo por los deseos: también por sentimientos de varia índole y que no pudieron ser acabados en la vida vigil. «Siendo los sueños prolongación, son también, al mismo tiempo, momentos en el devenir de la creación de una totalidad.»

Los sueños, además, son una especie de revelación y encuentro del hombre consigo mismo: nos advierten de aquello que —teniendo derecho a vivir— no consiguió liberarse.

Aquí puede advertir el lector hasta qué punto la obra de Philipp Lersch es «humanística», cómo coopera a la salud psíquica del que lee: nuestro autor estudia todos los temas en su función vital; adquieren así sentido, y el que lee puede conocerse y corregirse.

Una de nuestras experiencias en la lectura de obras relacionadas con la psicología, y ha sido ésta: lo humano limita a cada instante con lo morboso, lo torcido, lo neurótico. Esto tiene su envés: en lo morboso hay siempre un flanco muy humano, una explicación humana. Hay además siempre en lo desordenado cierto *indicio de salud.*

Es lo que ocurre en los sueños. «El sueño representa al mismo tiempo la línea de sutura en el que vuelven a contactar las capas disociadas de la estructura superior de la personalidad y del fondo endotímico. Constituye una oportunidad para el restablecimiento del equilibrio integrativo, que se hallaba roto, si se cumple la condición de que la conciencia vigil tenga presente el recuerdo del sueño nocturno que le pone delante aquello a lo que no hizo caso durante el día, o sea cuando está dispuesta a mirar cara a cara lo que mantenía en la represión. *De este modo el sueño puede alcanzar una significación sobresaliente para la realización del sí-mismo personal.*»

No podemos detenernos en la otra forma de perturbación: la inautenticidad. Ni tampoco en la exposición sobre el inconsciente. Basta lo escrito para dar una idea de la obra —tan bien estructurada y fundamentada— del director del Instituto Psicológico de la Universidad de Munich.

Es de agradecer a la Editorial Scientia su esfuerzo para incorporarla al castellano. Suponemos que ello ha sido posible gracias al doctor Ramón Sarró. La traducción —si se tiene en cuenta la clásica dificultad del alemán científico— es bien meritoria: la llevó a cabo Serrate Torrente. Nos parece un acierto —por otra parte— el que el doctor Gomá, profesor de la Universidad de Barcelona, haya escogido —para explicar la Psicología— esta obra, que es buena y es moderna al mismo tiempo.—ROMANO GARCÍA.

Francisco García Pavón: *Cuentos republicanos*. «Taurus Ediciones». Madrid, 1961.

Desde hace varios años se viene diciendo que la narración corta española ha conseguido una solidez desusada, una clara y legítima autonomía y una calidad superior incluso a la de la novela. Estas apreciaciones tienen algo de cierto, pero tienen también algo de apresurado; acaso más de lo segundo que de lo primero. No hay en el panorama de la literatura española narradores de la talla de un Saroyan, de un Steimbek, de un Borges, de un Camus. No habiendo talla elevada no pueden haber solidez, calidad ni autonomía definitivas. Incluso dentro de España podemos recordar narradores superiores a los actuales, por ejemplo Leopoldo Alas y Baroja; revisando su aportación a este género literario, vemos que la pretendida superioridad de nuestra actual narración corta no pasa de ser un supuesto, cuando no un malentendido o un desconocimiento de nuestra historia literaria. Aún hay algo más: el cuento espiritualmente español, de raza española, está desapareciendo por la desembocadura de una sobrestimación ideológica, que a veces, muy a menudo, desatiende los aspectos más esenciales y aun más elementales del cuento nacional en beneficio —no siempre hay beneficio, puesto que no siempre hay calidad— de una aspiración funcional, utilitarista. El hecho de que las características fundamentales de la narración típicamente española se vayan desplomando no sería de lamentar siempre y cuando esta abolición condujera a la universalidad de nuestra narración breve; pero es que no ocurre así. Es innegable que lo que sucede en el sentimiento del moderno personaje del cuento español —me refiero al modo más extendido—: desocupado, ferroviario, albañil, jornalero en general, le sucede a este mismo personaje en cualquier lugar del mundo (me refiero a sus reacciones, no a las causas que las motiven, causas que crecen o se mitigan según sea el número de cabezas del monstruo o sociedad en que habiten). Sólo en este sentido nuestro cuento actual se universaliza; sólo que, por lo común, suele nacer con tan poca fuerza literaria, que al ir a cruzar las fronteras, enferma y muere. (Doy por sobreentendidas las excepciones; el espacio me obliga a generalizar.) El resultado es doblemente lamentable: de una parte se desatiende la personalidad, la tradicionalidad del gran cuento español (estoy pensando en un Quevedo, en un Baroja, en el *Lazarillo*, en Clarín, no en politicistas caducos ni en autores conservadores y limi-

tados); de otra parte, la renuncia a nuestra rica y permanente herencia en función de un abuso de temporalidad da una gran producción de narrativa endeble, incapaz de sobrepasar la mediocridad. Esta mediocridad, considerada socialmente, es universal; considerada literariamente, no puede ni podrá serlo nunca. Es algo así como si Francia pretendiera sobrevalorar *toda* su literatura de adulterio o como si de pronto considerara legítimamente literario sólo el tema argelino; ambos temas son profundamente legítimos a condición de ser tratados profundamente. Buena parte de nuestros narradores modernos, a la hora de plantearse su misión, han hecho suya la fórmula existencialista del *aquí* y el *ahora,* pero han desatendido, en mayor o menor medida, el primero de los tres fundamentos del planteamiento existencialista: *yo,* aquí y ahora. Un abuso de objetividad conduce a la impersonalización de la literatura (sobre todo si esa objetividad es conducida con arreos políticos exclusivos y excluyentes), y es muy difícil que lo impersonal pueda trascender, ni siquiera viajar; lo impersonal no es, cuando más, sino el equipaje del viajero. (Da la impresión de que un elevado tanto por ciento de los escritores modernos se dedican únicamente a comentar el equipaje de la humanidad, pero no a la totalidad del hombre y su maleta; no se trata de que atiendan al hombre y desprecien la maleta; se trata de escribir sobre la maleta, pero con el hombre del asa.) Por supuesto, la mediocridad ha existido siempre, en todo siglo, en todo panorama literario; ha existido la mediocridad barroca, la mediocridad neoclásica, la mediocridad romántica (la estadística no podría ni aproximarse a la medida de esta mediocridad: el olvido es también la suma de las mediocridades), como hoy existe la mediocridad social. Cada corriente ha dejado vivos algunos nombres, como, sin duda, nuestra corriente—profundamente lícita, por lo demás—dejará los suyos. El problema es de una gran sencillez: es pura cuestión de talento.

El talento comienza por ser enteramente consciente, responsable, y una de las responsabilidades del escritor es asumir y utilizar el legado que la literatura le proporciona a través de la historia, comenzando por su propia literatura indígena. Kafka es checoslovaco y judío antes de ser universal; Dostoiewsky, quizá, con Cervantes, el más universal de todos los novelistas, era espiritualmente ruso. No se puede partir de nada... No estoy formulando estos pensamientos con ánimo polemizador, sino porque creo sinceramente que el funcionamiento del arte es un encadenamiento progresivo y que la ausencia de algunos eslabones restará longitud y eficacia inevitablemente, restará alcance al resultado definitivo.

Francisco García Pavón pertenece al grupo de los que no han desatendido esa responsabilidad del escritor —una de ellas— para con las características esenciales de nuestra literatura nacional. Su estilo, sencillo, directo (y son estos dos adjetivos muy desvirtuados por el abuso), agrupa muchos de los matices de la picaresca española, sin que esto quiera decir que su visión de tipos y temas constituye una retrogradación de su obra en la literatura. La picaresca (que no fué un producto nacional del siglo XVI, sino una manera española de desarrollar este aspecto del total engranaje humano; Quevedo y Shakespeare han esgrimido a veces idéntica fundamentación, sólo que sus resultados han presentado las diferenciaciones accesorias producto del particular enclave de cada uno en su propia geografía), la picaresca, como digo, que acaso fuera una moda para algunos autores del XVI, es, no obstante, una forma mundial y permanente de considerar y valorar los tipos, sentimientos, relaciones e impulsos humanos; por lo que puede asegurarse que, cesada como moda, continúa teniendo vigencia como forma existencial. La autonomía de la caricatura —si bien la caricatura es una picaresca de poca amplitud— demuestra la actualidad de esta forma de visión. La longevidad de esta forma —cuyo nacimiento es con toda seguridad anterior al siglo en que cobra vigencia— quizá está demostrada en algunas interpretaciones rupestres de modelos diversos durante el comienzo de nuestra raza. No quisiera que esta insinuación fuera considerada un atrevimiento; por un lado, no estoy seguro de ser el primero que se apoya en tales dibujos para remontarse hacia el origen de la picaresca humana; por otro lado, el análisis de algunos dibujos rupestres me ha llevado a la conclusión —advertidos la seguridad de su trazo, el dominio técnico del autor anónimo y, a un tiempo, la desfiguración de las figuras— de que esta desfiguración era pretendida; no un balbuceo, sino una interpretación personal. (Sin este principio, buena parte del moderno arte expresionista vería disminuir su autenticidad; yo creo que uno de los aspectos atractivos del expresionismo es precisamente esa dosis de picaresca —incluído el desgarro— que contiene. Solana resultó ser un escritor perfectamente encajable en esta clase de visión narrativa. Ni que decir que la música ha participado también en esta peculiaridad: algunas partituras de Falla están llenas de ella.) Que esta forma de receptor-transmisor, o estilo, o como queramos llamarlo, subsiste, es algo que no admite duda: basta visitar pueblos españoles o convivir con habitantes de los barrios de las ciudades, gitanos, vendedores ambulantes, *sacamuelas* y gente anónima en general. No hace mucho tiempo, un grupo de amigos tuvimos la oportunidad de asistir a una situación eminentemente picaresca. Me voy a permitir contarla: Hace unos

meses, en Tomelloso, Eladio Cabañero, el pintor Antonio López García, Juan José Villena y yo —creo que venía algún otro amigo con nosotros, pero no lo recuerdo; fueron días de feria, días de mucho ajetreo amistoso— quisimos jugar unas partidas de futbolín. A lo largo del real de la feria había enclavadas cincuenta o sesenta mesas de este juego. Todas estaban ocupadas. Al rato de buscar inútilmente decidimos acercarnos a una de las mesas en la que jugaban cuatro niños de unos diez o doce años. Les ofrecimos una peseta a cada uno si nos dejaban la mesa. Cuatro pesetas en total. Entonces, un quinto niño, de unos doce o trece años, pequeño, delgado, rápido, saroyaniano, se nos acercó con una naturalidad deslumbrante —este quinto niño era el encargado de aquella mesa de futbolín, posiblemente el hijo del dueño; había asistido a nuestro ofrecimiento y, sin duda, había hecho sus cálculos— y nos dijo: «Si me dais dos pesetas a mí, los echo».

Sobre la literatura picaresca española se ha escrito tanto que puede parecer soberbia continuar haciéndolo. Todos estamos de acuerdo en que ella se nutre principalmente de ironía —la ironía contiene una sedimentación de amor, por oposición—, de cazurrería, de la inteligencia, a veces genial, de los tipos, del ánimo con que sortean las inhibiciones de su medio —el pícaro no respeta la represión— y del desgarro de algunas situaciones. Quizá este desgarro sea la aportación española a la picaresca o, al menos, determinado modo de desgarro. Entre estos *Cuentos republicanos* hay uno llamado «Servandín», que ofrece ese dramatismo a que a veces conduce al desgarro inicial de este autor. Servandín es un niño cuyo papá tiene «un bulto muy gordo en el cuello». «En el primer curso (muchos de estos cuentos se desarrollan en el colegio, ambiente de buena parte de la producción de García Pavón) no se hablaba del papá de ningún niño. Sólo del de Servandín. Después de conocer a Servandín, a uno le entraban ganas de conocer a su papá. A algunos niños les costó mucho trabajo ver al señor que tenía el bulto gordo en el cuello. Y cuando lo conseguían, venían haciéndose lenguas de lo gordo que era aquello. A mí también me dieron ganas muy grandes de verle el bulto al papá de Servandín...» Hasta que un día, mientras orinaban «juntos en la tapia del Pósito Viejo, donde casi no hay luz» (el lugar y la intimidad de la ocupación se corresponden perfectamente —es un acierto intuitivo— con lo que sigue), el niño narrador dijo a Servandín: «—Si me llevas a que vea el bulto que tiene tu papá en el cuello, juegas con mi balón. Servandín me miró con ojos de mucha lástima y se calló. No obstante, al poco rato, Servandín, mirando al suelo, dice:

«—Anda, vente.

—¿Adónde?

—A que te enseñe... eso.

....

—Ahora saldrá.

—¿Por dónde?

—Por aquella puerta de la trastienda.

Miré hacia ella sin pestañear.

Y al cabo de un ratito salió un hombre que parecía muy gordo, con guardapolvos amarillo y gorra de visera gris... Tenía la cara como descentrada, con todas las facciones a un lado, porque todo el otro lado era un gran bulto rosáceo, un pedazo de cara nuevo, sin facciones.

No sabía quitar los ojos de aquel sitio... Servandín me miraba a mí.

Cuando el papá reparó en nosotros, me miró fijo, luego a su hijo, que estaba con los párpados caídos, y en seguida comprendió.

Servandín me dió un codazo y me dijo:

—¿Ya?

—Sí, ya.

—Adiós, papá—dijo Servandín.

Pero el papá no contestó.

—Lo van a operar, ¿sabes?»

Hay en el libro otro cuento, llamado «El hijo de madre». Una prostituta lleva a su hijo al colegio; el chico se convierte en el centro de atracción de toda la clase. Le hacen preguntas; hacen comentarios, análisis, derivaciones. «Por fin, uno moreno, de muy mal genio, que luego lo mataron en la guerra, dijo mirándole a los ojos con cara de perro: «Tu mamá lo que es es una puta.» Lilianín, riendo un poquito menos, movió la cabeza como diciendo que no, y luego en voz baja: «Mi mamá es mi mamá y nada más.»

Se oyó la voz de don Bartolomé desde la otra punta:

—¡Niños, a clase!

Fuimos callados, cada cual por su lado. Lilianín delante de todos. Don Bartolomé, que olfateó algo, le echó una mano sobre el hombro.

—¿Estás contento?

—Sí, señor.

—¿Se portan bien los compañeros contigo?

—Conmigo, sí, señor... Con mi mamá, no.

....

Nunca hubo mayor silencio en el estudio de don Bartolomé.»

Es decir, el desgarro, el realismo absolutamente desnudo con que arrancan y se desarrollan algunos de estos *Cuentos republicanos,* el humor, a veces brutal—brutalidad que es una visión, no un procedimiento—, con que se configuran, no excluye un sentimiento de ternura, de tristeza, de generosidad, una generosidad de narrador que a veces suena colérica, irritada, casi vengativa ante la monstruosidad de algunas situaciones, como, por ejemplo, en el final del cuento titulado «Juanaco Andrés, el que llegó de México». La ironía, el humor negro, el desgarro de García Pavón alcanzan a veces por sí solos una gran estatura literaria y una gran fuerza de tradición; en suma, una legitimidad picaresca profunda, atractiva, llena de calidad; en este sentido, el cuento titulado «El entierro del Ciego» es un modelo de esta manera personal de escribir. Cuando estos elementos se unen a esa generosidad y esa tristeza de que he hablado, dan como resultado cuentos como «Juanaco Andrés, el que llegó de México», uno de los mejores del libro y uno de los mejores también de toda la producción nacional del momento. Hay veces, como en «Paulina y Gumersindo», en que, sin perder ninguno de los aspectos habituales de su personalidad, García Pavón utiliza únicamente esta ternura, esta tristeza que le son tan consustanciales. «Paulina y Gumersindo» es la narración de los últimos años de vida de un matrimonio rural. Son dos personajes ya viejos sobre cuyos hombros va configurándose una historia de amor tan sencilla, tan natural, tan limpia, que al acabar de leerla podemos pensar o sentir que es inverosímil. Releemos—éste es uno de los cuentos que se releen—y vemos, sabemos que no es inverosímil; es, sencillamente, una historia de amor que, por su inocencia y veracidad, por su serenidad y su temperatura, acaba resultando conmovedora, majestuosa. Utilizo este adjetivo después de haberlo escuchado de varios lectores y con plena adhesión a él por mi parte. (He de hacer una observación: «Paulina y Gumersindo» es una historia que empieza siendo contada por un narrador, por el narrador de casi todas las historias de G. P.: un niño. Y no deja de ser curioso que en esta narración llega un momento en que el niño ya no aparece o ya no cuenta: las figuras de Paulina y Gumersindo han resultado más fuertes, más humanas, más lícitas diría incluso, que la del propio narrador. El resultado de calidad y emoción conseguido en este cuento nos hace sospechar, primero, que acaso algunas historias de G. P. hubieran alcanzado mayor consistencia sin la presencia de ese niño narrador—digo únicamente «algunas»—, que casi es el común denominador de toda la aportación de G. P. a este género, y segundo, que acaso el autor comienza con este cuento una nueva etapa en la que, sin desprenderse de sus aciertos y particularidades esenciales lite-

rarias, se desprende, no obstante, de insistencias que quizá podrían parecer exhaustivas. Sea como sea, «Paulina y Gumersindo», no sé si por esta particularidad o simplemente por una mayor fortuna, es, a mi juicio, el mejor cuento de este autor.) Por lo demás, yo creo que de los tres libros de cuentos de García Pavón aparecidos hasta ahora, éste es el mejor. *Cuentos de mamá* —su primer libro— era de tanta calidad como éste, pero de menos calidades, por usar una afortunada expresión pictórica y, desde luego, de menos amplitud; era un libro de ambiente único que, por lo verdadero, por lo *vivo* o vivido, no llegaba a ser demasiado insistente, aunque no alcanzaba la eficacia de estos *Cuentos republicanos*. Su segundo libro —*Las campanas de Tirteafuera*— es el más desigual de los tres. Este de ahora es, en su género, lo que llamamos un buen libro. (Algún defecto, a mi parecer: se sobrecarga la narración de dichos, chispazos, insinuaciones verdepopulares; hay un exceso de picardía, de socarronería, por lo que no siempre las situaciones resultan literaria y emotivamente eficaces; desde luego, esta particularidad no llega a ser enteramente molesta; pero a veces conduce al lector a la momentánea idea de que el autor siente una especial predilección —una muy especial predilección, casi una orden— por esa manera de desenvolver a sus personajes, lo cual no es cierto, como queda evidente en cuentos de la categoría y la serenidad, la libertad y la ausencia de interferencias o imposiciones subjetivas de «Paulina y Gumersindo». En una palabra: frases y situaciones picarescas, en algunos lugares alcanzan una gran eficacia. En otros —los menos— no la alcanzan. Quizá en estos momentos de menor alcance, las situaciones no han sido picarescas, sino «picardescas». Aventuro este neologismo para definir la picaresca de segundo orden. Esto, ser eficaz aquí y no serlo allá, es algo tan natural dentro del oficio de escribir, que acaso no debiera señalarse como defecto. Lo señalo, no obstante, porque esas incursiones o interferencias de que hablo —escasas— distraen en forma negativa el discurso de la narración, interrumpen la velocidad literaria, zancadillean a la dinámica de la prosa, dinámica que, en el caso de este libro, puede a veces dar un traspié, pero que no llega a desplomarse. Es prosa viva.) En cuanto a la amenidad, ni que decir tiene que no falta en una sola de las páginas del libro. Y la amenidad es el salvoconducto de un escritor.

Es éste el segundo número de la colección «Taurus Ediciones», que dirige Ignacio Aldecoa con gran gusto en cuanto a confección, formato y tipografía, y hasta ahora (cuando aparezca esta nota ya serán cuatro o cinco los títulos aparecidos) con plena conciencia en la elección de autores.—FÉLIX GRANDE.

LAS ATADURAS; UNA COLECCION DE RELATOS

DE CARMEN MARTÍN GAITE

Carmen Martín Gaite es una escritora que publica poco: en 1953 dió a la luz una colección de cuentos encabezada por el que da título al libro *El balneario*. En 1958 le publicó la Editorial Destino el Nadal de la temporada, *Entre visillos;* últimamente ha dado a conocer, a través de esta misma editorial barcelonesa, una nueva colección de relatos: *Las ataduras*. Esto resulta más bien chocante en una atmósfera como la que agita al mundo literario español, donde una febril impaciencia por estar siempre «en la brecha» (léase una novedad cada temporada en los escaparates de las librerías) parece dominar a una gran mayoría de nuestros escritores actuales. Algo así como esas grandes casas constructoras de automóviles, que en cada feria han de presentar un nuevo modelo, las más de las veces sin otra diferencia del anterior salvo en pequeños detalles de carrocería; es, sin embargo, un «último modelo»; es decir, un nuevo resorte de publicidad. De muchas producciones de nuestros escritores podría decirse algo parecido: son un nuevo libro, el «último éxito de Fulano de Tal», que anuncia el editor.

Carmen Martín Gaite escribe despacio, morosamente. Por necesidad y por convicción. Convicción, porque sabe que, al menos para ella, en la lentitud está la perfección (perfección en lo pequeño, como luego explanaré) y por la necesidad material que impone la escasez del tiempo, que ha de ser repartido en otros varios menesteres: esposa, madre y ama de casa, además de esa otra necesidad psicológica de pormenorizar el detalle, colorear el recuerdo, completar la concreta y fina intuición.

Por un momento, al iniciar este comentario sobre *Las ataduras,* tuve intención de hacer algo parecido a unas divagaciones sobre la aportación de la mujer al tradicional concepto de la novela. Me pareció que desentonaría con el espíritu de sencillez de la obra, y he renunciado al intento. No obstante, podría hacerse. La mujer en la literatura, cuando realmente es escritora, es la misma que en la vida; es decir, sencilla y llanamente mujer. Y mujer significa esa serie de intuiciones de lo concreto, esa serie de rasgos, al parecer anodinos, pero que al llegar al lector a través de la sensibilidad femenina, vienen cargados de emotividad y de intención. C. M. G. es, ante todo, mujer; mujer con sus limitaciones, pero también con toda su exquisita sensibilidad. Es interesante a este respecto comparar su única novela larga, *Entre visillos,* con esta nueva serie de relatos que componen *Las*

ataduras. Aquélla, una novela de mayor empeño, adolece de cierta endeblez, más que por imperfección de sus partes, en la conexión entre ellas; carece, en cierto modo, de una inteligencia coordinadora. En cambio en *Las ataduras,* narraciones breves e independientes entre sí y que por lo mismo no precisan de lo que llamo inteligencia coordinadora, sucede que encontramos verdaderas obras perfectas: esa perfección de lo pequeño, la atinada, personalísima observación, junto con la cálida, exquisita emoción. Algo no frecuente en escritores varones.

Como no podía menos de suceder, es en el alma de su sexo donde C. M. G. cala más hondo. Casi todos sus personajes tienen protagonistas femeninos, tanto la protagonista de *Las ataduras,* que narra en primera persona, como la de *Lo que queda enterrado,* igualmente narrada en primera persona, o la mujer ausente, necesitada, de *La mujer de cera,* las tres narraciones mejor conseguidas, a mi ver, del presente volumen C. M. G. conoce esas alógicas (carentes de lógica masculina) reacciones de la mentalidad femenina; reacciones que la protagonista de *Lo que queda enterrado* intenta explicar por «los nervios»: «Aquel mismo año, al empezar los calores, reñíamos mucho Lorenzo y yo, por los nervios, decíamos. Siempre estábamos hablando de los nervios, de los míos sobre todo, y era un término tan vago que me excitaba más.»

La prosa de Carmen Martín Gaite no es sólo la exacta, exquisita observación y el fino análisis femenino —ya sería mucho—, sino también la ágil narración y el espontáneo, natural diálogo, que en muchas ocasiones recuerdan las mejores páginas de *El Jarama,* de Sánchez Ferlosio; diálogo y narración que se mezclan en una prosa en la que no son raros fragmentos como éste: «Cruzamos las calles céntricas mirando los anuncios luminosos que han empezado a brillar en las fachadas, oyendo pedazos de conversaciones de la gente, que nos roza con sus cuerpos en las aceras, esperando la señal del guardia para pasar: «... un fenómeno el tipo ese, un verdadero fenómeno», «... la falda gris y amarillo, ¿sabes?, con mucho vuelo...». «Y yo le dije, ¡hay, hijo, de ninguna manera!...», «sí, sí, salió anteayer del hospital», «... conque le oí gritar, porque vivimos tabique por medio y le dijo a Jesús...». La gente se ve envuelta en sus trozos de conversación, arrastrada por ellos; se esfuma, desaparece, dejando por el aire minúsculos jirones de lo que va diciendo, de voz, de risa, como pedacitos de una serpentina.»

Las ataduras, la narración que da título al volumen, parece haberse prolongado al resto de los relatos, todos ellos ligados por un cierto nexo espiritual: el sentido de ligazón, de sentirse atado a algo. Todos estos personajes de C. M. G. se sienten ligados a algo que los retiene, les coarta la libertad: una persona, una costumbre, un recuerdo, en fin, algo. Como en la vida real.—José Antonio Galaos.

GASTON VILLOQUET: *Histoire des Philippines*. París, 1961.

Entre los países del mundo hispanoamericano casi nadie parece advertir en primer lugar la pertenencia a él del lejano archipiélago filipino, cuya cultura y cristianismo es el resultado de una de las tenaces genialidades del rey Felipe II, al que debe su existencia este enclave de cultura occidental y de fe católica en las puertas del Oriente. Tampoco se advierte la gran medida en la que la problemática social y política de Filipinas está propicia al nacimiento de un nuevo castrismo que, basándose en la existencia de grandes masas desposeídas, inicia el mismo camino de revolucionarismo demagógico que la isla cubana.

Para este peligro, los supuestos se pueden observar prácticamente en cuanto se da en primer lugar la existencia de un proletariado campesino y un proletariado intelectual, que pueden constituir un importante fundamento de desequilibrio, y en segundo lugar, en cuanto que existen unas minorías comunistas, en su mayor parte pasadas por las experiencias pedagógicas de Moscú y Pekín, que pueden conocer sus oportunidades y saberlas aprovechar en cualquier momento.

Por esta razón, el conocimiento de los problemas sociales y políticos de Filipinas y de las contradicciones que los afectan no es en absoluto un trabajo de mera especulación intelectual, sino una empresa de conocimiento de extraordinario interés.

A ella contribuye en gran parte el libro de Gastón Villoquet, antiguo embajador de Francia en Manila, y al que, pese a participar de un cierto parcialismo en sus posiciones, cabe agradecer su interesante aportación informativa y crítica al estudio de los problemas filipinos.

El libro, que tiene como fundamento el proporcionar una información elemental pero suficiente, empieza con una introducción geográfica, en la que se destacan algunos de los detalles más importantes de los que se sigue la originalidad de la nación filipina. Por razón de ser las Filipinas el único país católico de Extremo Oriente, con mayoría de un 80 por 100; por ser también uno de los países que ha tenido una historia más pródiga en esfuerzos por la independencia y, sobre todo, por ser las Filipinas el país de más fuerte natalidad (12 millones de habitantes en 1930, 27 millones en 1960), son todas estas causas que hacen derivar hacia las Filipinas la atención de los observadores modernos del Extremo Oriente.

La obra está dividida en dos partes: dedicada la primera a la evolución histórica, y la segunda, a las instituciones políticas y económicas y a los problemas que éstas experimentan.

La primera parte se analiza en un capítulo dedicado a dar detalles generales sobre el país, el clima, la población y sus recursos; sigue con un segundo capítulo dedicado a glosar la historia filipina anterior a la conquista española.

El tercer capítulo está dedicado a estudiar el dominio español en las Filipinas, de 1521 a 1898, y el resurgimiento del nacionalismo filipino. El capítulo cuarto estudia la experiencia americana, la Ley Jones de 1916 y el Estado libre asociado de Filipinas de 1935. El capítulo quinto va dedicado a estudiar el papel de las Filipinas en la segunda guerra mundial, y el capítulo sexto estudia la evolución de la República filipina desde 1946.

La segunda parte analiza cuatro cuestiones: el desarrollo económico, la cuestión agraria y el problema de las partidas comunistas, los llamados Huks, la política extranjera y la cuestión escolar. Entre estos aspectos vale la pena destacar la amenazadora fuerza que representa la acción del comunismo en los medios agrícolas.

En general, y salvo excepciones, la miseria del campesino filipino se hace angustiosa, ya que la mayoría de las propiedades no tienen más de tres hectáreas, superficie insuficiente para alimentar una familia, y todavía el arrendatario debe dar más de la mitad de sus cosechas al propietario, y por esta razón se ve obligado a suscribir préstamos usurarios hasta el 500 por 100.

Frente a este problema, la ley agraria de 1946, que establecía el 70 por 100 de la cosecha para el granjero a cambio de que él se encargara de los gastos de explotación, ha sido absolutamente un precepto de papel mojado, puesto que, sin capital, el granjero no puede comprar ni abonos ni materiales modernos, con los que prácticamente los deseos de los propietarios siguen siendo ley en todos estos parajes.

En estas condiciones, el comunismo está personificado en los Huks: los veteranos guerrilleros frentepopulistas, que se consideran ganadores de la guerra contra el Japón, separados del fruto de su esfuerzo por la «maldad» de los norteamericanos. Estos guerrilleros encuentran su primer aliado en la injusticia social, en este mísero ambiente campesino; pero junto a la injusticia social de corte rural existe también un problema social curiosamente semejante al que se encontraba en la Rusia zarista de los años 17, caracterizado por el hecho de que las Universidades, auténticas fábricas de diplomas, producen gran número de titulados que no encuentran acomodo en una sociedad oligárquica de limitadas oportunidades; de aquí se sigue el que, junto al proletariado agrario, surja un proletariado universitario e intelectual, cuyo valor a efecto de la agitación comunista no puede ser más interesante.

Otro importante factor pro-comunista es la propia economía filipina, de sistema terriblemente atrofiado y prácticamente limitado a las grandes ciudades, en donde se da el caso de que el dinero casi no llega jamás al pueblo, y en los medios rurales casi todo el comercio se verifica por trueque, con lo que no puede existir ni desarrollarse ni el ahorro popular ni las clases medias.

Ante la existencia de estos problemas, los Huks no cesan en su actividad. Expulsados por los norteamericanos, se mantuvieron algún tiempo en las guerrillas, conservándose prácticamente dueños del centro de la isla de Luzón. El Presidente Rosas les hizo objeto de una caza implacable, pero no consiguió suprimir la revolución. Posteriormente, el Presidente Quirino llegó a un armisticio con el jefe de los Huks, Luis Taruc, que aceptó un puesto de diputado, incorporándose en forma pacífica a la vida política; pero más tarde desapareció y la lucha volvió a comenzar.

Los Huks se dedicaron a atacar por todas partes, quemando edificios públicos y fusilando propietarios y llegando incluso a asesinar a la viuda del Presidente Quezón. La táctica más inteligente contra los Huks fué desarrollada por el presidente Magsaysay, que puso precio a la cabeza de los jefes, ofreciendo a los que se rendían comprar sus armas a buen precio y darles tierra, haciendo real el adagio de que para suprimir a los comunistas lo más práctico es convertirlos en capitalistas.

El movimiento de los Huks ha cambiado de nombre y de rostros. Se ha introducido en las Universidades y se ha infiltrado entre el pueblo. Su propaganda de hoy no se dedica a exigir el triunfo del marxismo, sino a pedir un nacionalismo de buena voluntad, y en nombre del más puro «nacionalismo filipino» denuncia al imperialismo y capitalismo americano y hace constantes apologías de la experiencia política de la China popular, poniéndola como espejo ante los ojos filipinos.

Para cualquier observador agudo, las comparaciones entre el sistema filipino, las realidades estructurales de su sociedad, las condiciones que ofrece y los precedentes revolucionarios más próximos hacen pensar que el archipiélago puede en cualquier momento convertirse en un volcán político que tienda a hacer todavía más incómoda e insegura la situación internacional de estas horas angustiosas.—RAÚL CHÁVARRI PORPETA.

INDICE

Páginas

ARTE Y PENSAMIENTO

LO ESPAÑOL EN EL MUNDO

BRÚJULA DE ACTUALIDAD

Sección de Notas:

Sección Bibliográfica:

Portada y dibujos del dibujante español: Muniesa.

CUADERNOS HISPANOAMERICANOS

REVISTA MENSUAL DE CULTURA HISPANICA

Desde 1948 esta Revista viene integrando el mundo hispánico en la cultura de nuestro tiempo • Por su atención a las manifestaciones profundas del sentir, del pensar y del crear hispanoamericano, y por su reflejo claro y español del latido espiritual de Europa, CUADERNOS es y seguirá siendo:

LA REVISTA DE AMERICA PARA EUROPA

LA REVISTA DE EUROPA PARA AMERICA

DIRECCION, SECRETARIA LITERARIA Y ADMINISTRACION

Avenida de los Reyes Católicos

Instituto de Cultura Hispánica

Teléfono 2440600

Dirección...	Extensión 250
Secretaría...	— 249
Administración...	— 221

MADRID

PRECIOS DE SUSCRIPCION

	Pesetas
Seis meses...	100
Un año...	190
Dos años...	350
Cinco años...	800
Ejemplar suelto...	20

COLECCION CODIGOS CIVILES DE HISPANOAMERICA, PORTUGAL, BRASIL Y FILIPINAS

El Instituto de Cultura Hispánica está publicando, en uniforme y completa colección, los Códigos civiles de Hispanoamérica, Portugal, Brasil y Filipinas. Aspira con ello no sólo a dotar de útil instrumento de consulta y de trabajo a estudiosos, profesionales y personas interesadas por sus normas, sino, además, a facilitar las tareas de Derecho comparado, dando así un paso importante en el estudio de la posible unificación civil legislativa de las naciones hispánicas.

Cada tomo de la colección comprenderá el texto, puesto al día, de un Código, precedido de estudio redactado por prestigioso civilista de la nación correspondiente.

VOLUMENES PUBLICADOS

I. Código Civil de Argentina.
II. Código Civil de Bolivia.
X. Código Civil de España.
XX. Código Civil de Puerto Rico.
XXI. Código Civil de El Salvador.

INSTITUTO DE CULTURA HISPANICA

Avenida de los Reyes Católicos (Ciudad Universitaria). MADRID (España)

EDICIONES CULTURA HISPANICA

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS

Domingo de Soto. Estudio biográfico documentado, por el R. P. VICENTE BELTRÁN DE HEREDIA, O. P., Madrid, Ediciones Cultura Hispánica, 1961. 17 × 20. 200 pesetas.

Es esta obra fruto del esfuerzo investigador del R. P. BELTRÁN DE HEREDIA, quien ha dedicado buena parte de su vida a estudiar la de su hermano de Orden, gloria de la escuela teológico-jurídica española del siglo XVI. Consta de dos partes: una, de exposición histórica, y otra, exclusivamente documental. Con este libro, el R. P. BELTRÁN DE HEREDIA ha hecho una importante contribución al conocimiento de la vida y del tiempo de una de las más insignes figuras de España y de la Orden dominicana, justamente en el curso del centenario de su muerte.

Estudios de Derecho Constitucional americano comparado, por RICARDO GALLARDO. Madrid, Ediciones Cultura Hispánica, 1961. 295 páginas. 21 × 15. 100 pesetas.

El conocido jurista salvadoreño Dr. RICARDO GALLARDO ha reunido en este volumen tres estudios de Derecho Público comparado, en los que aborda temas de gran interés científico. En el primero se contiene un estudio comparativo entre la Constitución Federal de los EE. UU. de Norteamérica y una de las más efectivas, dentro del tipo federativo, que tuvo Hispanoamérica, la de Centroamérica (1824-1839). El segundo está consagrado a un análisis comparativo entre aquella primera Constitución centroamericana y la primera Constitución del Estado de El Salvador, que le sirve para plantearse el problema de cómo el fenómeno típico hispanoamericano de los golpes de Estado trasciende a la esfera de las relaciones jurídicas y se convierte en un factor de Derecho. El último estudio examina las actuales tendencias constitucionales en Hispanoamérica, concediendo muy especial atención a la reglamentación del derecho de insurrección. Completa esta obra una muy rica bibliografía, ordenada sistemáticamente.

CUADERNOS HISPANOAMERICANOS

BOLETIN DE SUSCRIPCION

D. ....

con residencia en ....

calle de ...., núm. ....

se suscribe a la Revista CUADERNOS HISPANOAMERICANOS por el tiempo de .... a partir del número ...., cuyo importe de .... pesetas se compromete a pagar contra reembolso / a la presentación de recibo (1).

Madrid, ... de .... de 196.......

El suscriptor,

La Revista tendrá que remitirse a las siguientes señas: ....

....

(1) Táchese lo que no convenga.

MUNDO HISPANICO

Una revista en español para todos los países

NUMERO 167. FEBRERO DE 1962

SUMARIO

Cervantes, Corregidor de La Paz, por Juan Antonio Cabezas.—*Vivieron hace 50.000 años,* por A. F.—*Barcelona de luna a luna,* por M. J. Echevarría.—*Una imprenta madrileña de libros para ciegos,* por A. G. Pintado. *La obra ingente de Martín Alonso,* por Nelly Cortés.—*Realidad, cultura hispánica en Escandinavia,* por Jaime Peralta.—*Suecia: Ciento cincuenta años de paz, por* Carmen Payá.—*Alaska, Estado número 49,* por Felipe González Ruiz. — *Elena Gandía, solista de los Ballets de Puerto Rico,* por R. M.—*Segóbriga, cabeza de la Celtiberia,* por Julio Martínez Santa-Olalla.—*El Consejo Superior de Investigaciones Científicas,* por Fray Juan Zarco de Gea.—*Duperier, el sabio de los rayos cósmicos,* por el doctor Octavio Aparicio.—*Público de estreno,* por Fernando Fernán-Gómez.—*Cien profesores costarricenses estuvieron en Madrid.—Miembro de honor del Instituto de Cultura Hispánica.—La bacanal del Toro Negro,* por Aarni Krohn. *Relevo en el Instituto de Cultura Hispánica.—Molinos cartageneros,* por Carmen Conde.—*Breve noticia de la «Exco»,* por Helia Escuder.—*Con el profesor español Pérez de Vega,* por N. C. Vieyra.—*Reloj de sol.—Heráldica,* por Julio Arienza.—*Estafeta.—Consultorio de decoración,* por José María Toledo

Además de otros reportajes de los citados, Mundo Hispánico publica sus habituales secciones: Portada: Febrerillo loco (fotocolor de Zardoya)

Precio del ejemplar: 15 pesetas

Dirección, Redacción y Administración: Avenida de los Reyes Católicos (Instituto de Cultura Hispánica). - MADRID

AMERICA AL ALCANCE DE SU MANO

La Colección NUEVO MUNDO...

ofrece en un alarde editorial TODO lo que debe saberse sobre HISPANOAMERICA, en forma de libros sencillos, interesantes, amenos, cómodos y económicos

- ☆ LAS AVENTURAS FABULOSAS DE DESCUBRIDORES Y COLONIZADORES.
- ☆ LOS SECRETOS DE LA HISTORIA.
- ☆ LA VIDA Y OBRA DE LOS POLITICOS, CAUDILLOS, POETAS, NOVELISTAS, ARTISTAS, ETC.
- ☆ LOS PROBLEMAS DE MAS PALPITANTE ACTUALIDAD.
- ☆ LAS MARAVILLAS DE LA GEOGRAFIA.
- ☆ EL PANORAMA GEOLITICO DE HISPANOAMERICA ANTE EL RESTO DEL MUNDO.

TITULOS APARECIDOS

La Independencia Hispanoamericana, por JAIME DELGADO.
Noticia sobre Alvar Núñez Cabeza de Vaca (hazañas americanas de un caballero andaluz), por CARLOS LACALLE.
Escritores hispanoamericanos de hoy, por GASTÓN BAQUERO.
Bosquejos de Geografía americana (dos tomos), por FELIPE GONZÁLEZ RUIZ.
Pedro de Valdivia, el capitán conquistado, por SANTIAGO DEL CAMPO.

TITULOS DE INMEDIATA APARICION

Bolívar, por JUAN ANTONIO CABEZAS.
Drama y aventura de los españoles en Florida, por DARÍO FERNÁNDEZ-FLÓREZ.
San Martín, por JOSÉ MONTERO ALONSO.
La música y los músicos españoles del siglo XX, por ANTONIO FERNÁNDEZ CID.
Cincuenta poemas hispanoamericanos (hasta Rubén Darío). Selección y prólogo de JOSÉ GARCÍA NIETO y FRANCISCO TOMÁS COMES.

PRECIO DE CADA EJEMPLAR:

España: 15 pesetas - Resto del mundo: 0,50 dólares

Colección Nuevo Mundo

Boletín de suscripción

Don ....

con residencia en ...., calle de

...., núm. ...., desea recibir

...........ejemplares de los títulos siguientes (1):

- La Independencia Hispanoamericana.
- Bolívar.
- Noticia sobre Alvar Núñez Cabeza de Vaca.
- Drama y aventura de los españoles en Florida.
- San Martín.
- Escritores hispanoamericanos de hoy.
- Bosquejos de Geografía americana.
- Cincuenta poemas hispanoamericanos.
- La música y los músicos españoles del siglo XX.
- Pedro de Valdivia, el capitán conquistado.

cuyo importe abonará ....
Indicar la forma de pago

.... de .... de 196.......
FIRMA

(1) Táchese lo que no interese.

REMITE
....
....
....

Rellene el presente Boletín y remítalo a: Distribución de Ediciones INSTITUTO DE CULTURA HISPANICA. Avenida de los Reyes Católicos (Ciudad Universitaria). MADRID-3

INDICE CULTURAL ESPAÑOL

PUBLICACION MENSUAL

EDICION ESPAÑOLA, ALEMANA, FRANCESA E INGLESA

DIRECCION GENERAL DE RELACIONES CULTURALES

Plaza de la Provincia, 1 — MADRID

REVISTA DE DERECHO ESPAÑOL Y AMERICANO

Director: Dr. Federico Puig Peña

Estudios jurídicos ☆ Comentarios a los principios generales del Derecho Derecho jurisprudencial europeo y americano ☆ Publicaciones jurídicas Ficheros de Jurisprudencia

Suscripción anual: 150 pesetas — Ejemplar: 30 pesetas

Dirección y Administración: Covarrubias, 4. MADRID

ARBOR

REVISTA GENERAL DE INVESTIGACION Y CULTURA

Redacción y Administración:

Serrano, 117 -:- Teléfonos 2333900 y 2336844 -:- MADRID

Estudio ☆ Notas ☆ Información cultural del extranjero
Información cultural de España ☆ Bibliografía

Suscripción anual, 160 pesetas

Número suelto, 20 pesetas -:- Número atrasado, 25 pesetas

Pídalo a su librería o a la

LIBRERIA CIENTIFICA MEDINACELI

Medinaceli, 4 — MADRID

② REVISTA DE ESTUDIOS POLITICOS

(BIMESTRAL)

DIRECTOR: MANUEL FRAGA IRIBARNE, Director del Instituto de Estudios Políticos

CONSEJO DE REDACCION

SALUSTIANO DEL CAMPO URBANO, MANUEL CARDENAL IRACHETA, JOSÉ CORTS GRAU, LUIS DÍEZ DEL CORRAL, MELCHOR FERNÁNDEZ ALMAGRO, TORCUATO FERNÁNDEZ MIRANDA, JESÚS F. FUEYO ALVAREZ, LUIS JORDANA DE POZAS, LUIS LEGAZ LACAMBRA, ANTONIO LUNA GARCÍA, JOSÉ ANTONIO MARAVALL CASESNOVES, ADOLFO MUÑOZ ALONSO, MARIANO NAVARRO RUBIO, CARLOS OLLERO GÓMEZ, CARLOS RUIZ DEL CASTILLO, JOAQUÍN RUIZ-JIMÉNEZ CORTÉS, LUIS SÁNCHEZ AGESTA, ANTONIO TOVAR LLORENTE

SECRETARIO: ALEJANDRO MUÑOZ ALONSO

SUMARIO DEL NUMERO 121
(Enero-febrero de 1962)

PRECIOS DE SUSCRIPCION ANUAL

	Pesetas
España	175
Portugal, Iberoamérica y Filipinas	200
Otros países	225
Número suelto	45

INSTITUTO DE ESTUDIOS POLITICOS, plaza de la Marina Española, 8. MADRID-13 (España)

REVISTA DE POLITICA INTERNACIONAL

(BIMESTRAL)

Estudios ☆ *Notas* ☆ *Cronología internacional* ☆ *Bibliografía*

Documentación internacional

CONSEJO DE REDACCION

Director: MANUEL FRAGA IRIBARNE

CAMILO BARCIA TRELLES
JOSÉ MARÍA CORDERO TORRES

ALVARO ALONSO CASTRILLO, EMILIO BELADÍEZ, EDUARDO BLANCO RODRÍGUEZ, JUAN MANUEL CASTRO RIAL, JULIO COLA ALBERICH, LUIS GARCÍA ARIAS, RODOLFO GIL BENUMEYA, ANTONIO DE LUNA GARCÍA, ENRIQUE LLOVET, ENRIQUE MANERA, JAIME MENÉNDEZ, BARTOLOMÉ MOSTAZA, JAIME OJEDA EISELEY, MARCELINO OREJA AGUIRRE, ROMÁN PERPIÑÁ GRAU, JUAN DE ZAVALA CASTELLA

Secretaría: CARMEN MARTÍN DE LA ESCALERA
FERNANDO MURILLO RUBIERA

PRECIOS DE SUSCRIPCION ANUAL

	Pesetas
España...	120
Portugal, Iberoamérica y Filipinas...	150
Otros países...	200
Número suelto...	40

INSTITUTO DE ESTUDIOS POLITICOS
Plaza de la Marina Española, 8. MADRID-13 (España)

CONVIVIUM

ESTUDIOS FILOSÓFICOS

UNIVERSIDAD DE BARCELONA

Director: JAIME BOFILL BOFILL, Catedrático de Metafísica

Revista semestral

SECCIONES

Estudios ☆ *Notas y discusiones* ☆ *Crítica de libros* ☆ *Indice de revistas*

Precio	Un ejemplar	Suscripción
España	60 pesetas	100 pesetas
Extranjero	U. S. $ 2,40	U. S. $ 4

Dirección postal:

Sr. Secretario de CONVIVIUM. ESTUDIOS FILOSÓFICOS
Universidad de Barcelona. BARCELONA (España)